

425290872
787607119



TOMÁS H. REDONDO

MANUAL DE
GRAMÁTICA
ESPAÑOLA

PRIMER CURSO

Imp. de Francisco Román. Granada, 1936

Obsequio del Autor

R. 36.826

MANUAL
DE
Gramática Española

(Según el Plan cíclico del actual Bachillerato)

PRIMER CURSO

ADAPTADO A LOS CUESTIONARIOS OFICIALES

POR

TOMÁS H. REDONDO

Catedrático de Lengua española en la Universidad
de Granada y ex Catedrático de la misma
materia en el Instituto de Gerona

—
PRIMERA EDICIÓN
—

Sección	C
Subsección	55
Número	70

Imp. de Francisco Román Camacho

Granada : Horno Haza, 4 : Año 1936

Al lector :

El presente *MANUAL DE GRAMÁTICA ESPAÑOLA* está dedicado a los alumnos del primer curso de Bachillerato en el plan actual y excusado está decir que para su redacción he tenido presentes las cuestiones o enunciados que prescriben las disposiciones oficiales, sin extralimitarme en lo más mínimo.

Es propiedad del autor.

Queda hecho el depósito que marca la Ley

Son diez y seis los temas que deben desenvolverse en dicho curso, según el cuestionario oficial, a saber:

- 1.º La oración simple y sus elementos: sujeto y predicado.
- 2.º Oraciones atributivas y predicativas.
- 3.º Oraciones predicativas, transitivas e intransitivas.
- 4.º Los complementos directos, indirectos y circunstanciales en las oraciones transitivas.
- 5.º Nomenclatura de los tiempos del verbo.
- 6.º Reconocimiento de modos y personas.
- 7.º Verbos auxiliares. Uso activo y pasivo de los verbos.
- 8.º Substantivo: género y número.
- 9.º Adjetivos calificativos y determinativos.
- 10.º Grados de comparación del adjetivo. Numerales.

- 11 Clases de pronombres.
- 12 El artículo.
- 13 El adverbio.
- 14 Reconocimiento de preposiciones, conjunciones e interjecciones sin entrar en clasificación alguna.
- 15 Sílabas y diptongos.
- 16 Palabras agudas, llanas y esdrújulas.

Todos estos temas, aunque no por este orden, sino por el tradicional o corriente, se presentan desarrollados en este MANUAL, como podrá apreciar el que lo leyere o estudiare. Y como los estudios gramaticales deben ser eminentemente prácticos, a fin de que el alumno comprenda o interprete mejor lo que la Gramática enseña, he puesto al final de cada lección dos fragmentos o modelos literarios, uno en prosa y otro en verso, de autores modernos o contemporáneos consagrados por la crítica, para que los alumnos, sabiamente dirigidos, puedan desarrollar después por su cuenta los ejercicios prácticos que se insertan a continuación, en los que hay amplio margen, por lo elásticos, para subdividirlos según el criterio del profesor, en otros ejercicios más limitados o concretos.

Teniendo en cuenta también el carácter cíclico de estos estudios, en cursos sucesivos iré publicando nuevos Manuales en los que se recojan, además de las cuestiones ya estudiadas, las nuevas o peculiares del curso en particular, procurando siempre presentarlas con la mayor claridad y sencillez posibles y

ateniéndome a las normas establecidas en las disposiciones vigentes.

¡Quiera Dios que haya acertado en la empresa y pueda contribuir con mi modesto esfuerzo a hacer gratos los estudios gramaticales, que tan áridos e insoportables resultan a veces para los alumnos!

En la consecución de este buen deseo será siempre factor importantísimo—seguramente el principal—la buena voluntad y dotes de competencia que por lo general adornan a la mayor parte del profesorado español, tanto público como privado, y al que desde estas páginas rindo complacido mi homenaje de fervorosa gratitud.

T. H. R.

Granada, Abril de 1936.



GRAMÁTICA

DE LA

LENGUA ESPAÑOLA



INTRODUCCIÓN

Gramática: su definición y división.—Ciencias auxiliares.—El lenguaje.—Idioma y dialecto.—Clasificación de las lenguas.

Gramática. —Suele definirse la Gramática como *el arte de hablar y escribir correctamente una lengua*. Y tratándose de la española, sería *el arte de hablar y escribir con corrección el idioma español*.

Sin embargo, esta definición resulta incompleta, pues se excluye el carácter científico que puede tener y tiene la Gramática. Por eso nos parecería más acertada aquella definición que dijera: Gramática es la ciencia que estudia la formación de leyes fundamentales de una lengua y el arte de hablarla y escribirla con la mayor corrección, esto es, conforme al buen uso, que es el de las personas cultas.

División de la Gramática. — Tradicionalmente se dividía la Gramática en cuatro partes: Analogía, Sintaxis, Prosodia y Ortografía; pero esta división resulta hoy insuficiente, pues dentro de ella caben otras modalidades y estudios relacionados con la Gramática.

Así tenemos la *Fonética* o Fonología, que estudia los sonidos aislados y la evolución e historia de los mismos; la *Morfología*, que estudia las formas o partes aisladas del discurso, esto es, las palabras separadamente; la *Sintaxis*, que trata de las palabras relacionadas entre sí y formando oraciones; la Ortografía, que da reglas para el adecuado empleo de las letras y signos ortográficos; la *Lexicogenesia* o *Lexiología*, que estudia la formación de nuevas palabras, y la *Semántica*, que investiga los cambios de significación que sufren los vocablos.

Ciencias auxiliares. — Como ciencias auxiliares de la Gramática pudieran señalarse varias, pero especialmente la *Lingüística*, la *Geografía*, la *Fisiología* y la *Literatura preceptiva*.

La *Lingüística* estudia el origen y clasificación de las lenguas; la *Geografía* señala los límites de un fenómeno gramatical, ya fonético, ya morfológico, dentro de determinado territorio; la *Fisiología*, que explica la naturaleza y génesis de muchos de los fenómenos fonéticos, y la *Literatura Preceptiva*, que aporta al arte de la Gramática un

nuevo elemento, la belleza, y expone las reglas para componer las obras literarias.

De todas ellas, la que más afinidad tiene con la Gramática es la *Lingüística*, que hemos dicho que estudia el origen y clasificación de las lenguas.

El lenguaje. — Es la manera de expresar nuestros estados interiores del alma. Puede ser mímico y fónico, y éste oral y escrito. Lenguaje mímico es el expresado por medio de gestos, como lo realizan los mudos. Lenguaje fónico es el representado por sonidos.

El lenguaje oral es la manera de expresar nuestras ideas por medio de la palabra. Sin detenernos a estudiar el origen filosófico y las teorías que lo explican, diremos solamente que es el lenguaje *una facultad conatural al hombre para expresar al exterior sus estados de conciencia*.

Idioma y dialecto. — Idioma o lengua es el modo peculiar de hablar un pueblo o nación. Dialecto es la modalidad que ofrece un idioma en determinada región. Ejemplo de idioma, el español, y de dialecto, el andaluz.

Clasificación de las lenguas. — Varias son las clasificaciones que pueden hacerse, atendiendo a diferentes motivos, como son el uso, la extensión, antigüedad, estructura, etc.

Atendiendo al uso, se clasifican en *vivas* y *muertas*. Se llaman *vivas* aquellas que se hablan actualmente, como el francés, italiano, portugués, etc.,

y muertas, aquellas que han dejado de hablarse como el griego antiguo y el latín.

Se clasifican también por su estructura en *monosilábicas*, *aglutinantes* y *flexionales*. Lenguas *monosilábicas* son las que constan de palabras raíces, o de una sola sílaba, como el chino o el tibetano; *aglutinantes* son aquellas en que las palabras constan de dos o más raíces yuxtapuestas, como el vascuence; y *flexionales*, o de flexión, son las que a una raíz añaden elementos desinenciales que permiten la formación de nuevas voces. Por ejemplo, casi todas las lenguas indoeuropeas y semíticas.

Se llaman lenguas *indoeuropeas* las de flexión perfecta que se hablan en la parte occidental de Asia y en casi toda la Europa. Así tenemos el sánscrito, el zendo y el persa, entre las asiáticas, y el galo antiguo, gótico, alto y bajo alemán, las lenguas eslavas, el griego, el latín y las lenguas romances, entre las europeas. Estas últimas son: el rumano, dálmata, sardo, provenzal, francés, italiano, portugués y español.

Lenguas *semíticas* son las de flexión imperfecta, ya que ésta obedece más bien al cambio de las maciones o sonidos vocálicos, conservando las letras llamadas radicales. Tales son el árabe, el hebreo, el caldeo, el siriaco, etc.

CAPITULO PRIMERO

Prosodia

Definición.—De las sílabas.—Diptonges y triptongos. Cantidad y acento prosódicos.—División de las palabras por el acento.—El acento ortográfico: su uso.—Acento principal y secundario.—Enclíticos y proclíticos.

Prosodia es la parte de la Gramática que se ocupa de la recta pronunciación de las palabras. Estas no constan solamente de sonidos aislados o fonemas, sino de otro elemento esencial, como es la sílaba.

Sílaba es la pronunciación en una emisión de voz, ya de un sonido vocal, ya de un grupo de sonidos vocales y consonantes. En español pueden formarse sílabas con una, dos, tres, cuatro y cinco letras. Ejemplo: *A-ni-mal bien trans-portado*.

Se dividen las sílabas en simples y compuestas. Simples, si constan de vocal y consonante o de una sola vocal, y compuestas, si tienen dos o más con-

sonantes. En el ejemplo citado, las dos primeras son sílabas simples, y las tres siguientes, compuestas.

Por el número de sílabas, se dividen las palabras en *monosílabas*, *bisílabas*, *trisílabas*, *tetrasílabas*, *pentasílabas*, etc., y, en general, *polisílabas*, según que consten de una, dos, tres, cuatro, cinco o más sílabas.

Ejemplo de palabras monosílabas: *si*, *no*, *bien*, *ya*, *en*, *sin*, *con*, etc.

De palabras bisílabas: *mo-ro*, *cu-na*, *sa-lud*, *que-rer*.

De palabras trisílabas: *cán-ta-ro*, *er-ci-na*, *pe-che-ra*.

De palabras tetrasílabas: *es-plén-di-do*, *me-ren-de-ro*.

De palabras pentasílabas: *en-juí-cia-mien-to*, *Cons-tan-ti-no-pla*.

Diptongos y triptongos.—Se llama así a la unión de dos o tres vocales que se pronuncian en una sola emisión de voz, esto es, en un solo tiempo.

La Academia Española reconoce en nuestra lengua catorce diptongos, que son los siguientes: *ai*, *au*, *oi*, *ou*, *ei*, *eu*, *ia*, *io*, *ie*, *iu*, *ua*, *uo*, *ue*, *ui*. Así encontramos esos diptongos en las siguientes voces: *andáis*, *gaucho*, *sois*, *bou* (única voz castellana que tiene *ou*), *estéis*, *deuda*, *tiara*, *miope*, *tierra*, *ciudad*, *cuando*, *cuota*, *abuelo* y *buitre*.

De los triptongos, sólo existen cuatro, que son:

iai, *iei*, *uai*, *uei*, como se ve en: *despreciáis*, *apreciáis*, *averiguáis*, *amortiguáis*.

Cantidad y acento.—En la pronunciación de las palabras hay que distinguir la cantidad y el acento prosódicos.

Cantidad prosódica es el tiempo que se emplea en la pronunciación de los sonidos. En las lenguas antiguas tenía gran importancia este elemento; de ahí la división de las vocales y de las sílabas en breves y largas. En las lenguas modernas o romances se sustituyó la cantidad por la calidad, esto es, por la mayor o menor abertura del tubo de resonancia bucal. De ahí la división de las vocales en abiertas y cerradas que estudia la Fonética.

Acento prosódico es la elevación o intensidad del sonido en la vocal que lo lleva.

División de las palabras por el acento.—Las palabras españolas se dividen, en cuanto al acento, en agudas u *oxítonas*, graves o *paroxítonas* y esdrújulas o *proparoxítonas*, según que lleven el acento tónico en la última, penúltima o antepenúltima sílaba; como en *ratón*, *cárcel*, *pájaro*. Existen también palabras llamadas *sobresdrújulas*, que son las que llevan el acento en una sílaba anterior a la antepenúltima; por ejemplo: *cómetelo*, *lindísimamente*.

Enclíticos y proclíticos.—Las voces monosílabas son en general agudas, pero a veces son átonas; esto es, pierden el acento por ir inmediatamente

unidas fonéticamente con la palabra anterior o la siguiente. En el primer caso tenemos los *enclíticos* y en el segundo los *proclíticos*. Ejemplo de proclisis: *De amores me muero—Mi madre acudid*. De enclisis: *Dejadme llorar—orillas del mar*.

Acento principal y secundario.—En las palabras de muchas sílabas, o polisílabas, además del acento principal, que lleva la sílaba tónica, existen otros secundarios que hieren las sílabas pares a partir de la tónica. Así, en la palabra *sin-gu-laridad*, además del acento tónico que recae en la última sílaba, *dad*, y es el principal, tenemos un acento débil, secundario, que recae en la inicial, *sin*, y en la sílaba *la*, que ocupan posición par con respecto a la última sílaba acentuada.

Acento ortográfico.—Se llama así a una rayita oblicua (´) que se coloca encima de la vocal donde se carga la fuerza de la pronunciación.

Se deben acentuar en español:

1.º Las voces *agudas* que terminen en vocal o en consonante *n* o *s*. Como *café*, *comió*, *balcón*, *Tomás*.

2.º Las voces *graves* o llanas que terminen en consonante que no sea *n* o *s*, como *azúcar*, *mártir*, *Hernández*, *cárcel*, *mármol*, etc., y las terminadas en dos vocales no diptongadas, como *alegría*, *dúo*, *falúa*.

3.º Todas las voces *esdrújulas*, como *Lábaro*, *tórtola*, *música*, *témpano*, *Cáceres*.

4. La palabra *sólo*, cuando es adverbio y equivale a *solamente*.

5.º La conjunción *ó*, cuando está entre dos cifras numéricas, para no confundirla con un cero. Así: 22 ó 24.

6.º Los proombres personales *tú* y *él* y los demostrativos e interrogativos empleados enfáticamente: *ése*, *ésta*, *cuál*, *cuánto*, *cuán*, *quién*, *cuyo*, *dónde*, *cuándo*.

Las voces compuestas conservan su acentuación prosódica y deben llevar el acento en la sílaba en que le lleva el elemento principal: como *cortésmente*, *hirióme*, *llevóse*.

Las demás voces no se acentúan, o sea:

1.º Las voces *agudas* que terminen en consonante que no sea *n* o *s*, como *amor*, *doncel*, *salud*.

2.º Las *graves* o llanas cuando acaben en vocal o en consonante *n* o *s*, como *cielo*, *ladrones*, *crisis*, *tengan*.

3.º La preposición *a* ni las conjunciones *e* o *u*, salvo la *o* entre los numerales.

4. Los monosílabos como *bien*, *muy*, *rey*, *sol*, salvo los procedentes de verbo, como *fué*, *vió*, *dé* (del verbo *dar*).

MODELOS LITERARIOS

JOSE M.^a DE PEREDA

Escenas montañesas. — LA NOCHE DE NAVIDAD.

III

Comoquiera que no sea el objeto principal de este artículo retratar al hijo mayor del tío Jeromo, hago caso omiso de todo el diálogo promovido por su despecho contra el mayorazgo, y vamos a seguir con nuestro asunto comenzado, asistiendo a la cena de esta honrada familia en la noche de Navidad.

Después que el estudiante retira del fuego el puchero del guisado para que el calor de la lumbre le seque a él el lodo de los pantalones, y cuando su hermana ha recogido con gran esmero el balandrán y las camisas, toma aquél el jarro de la leche, ya que el papel del azúcar le tiene su padre, y se dispone a auxiliar a su madre y a su hermana en la preparación de las tostadas, amenizando el trabajo con el relato de sus proezas y aventuras de estudiante.

Cuando cada manjar "le puede comer un ángel" de bien sazonado que está, como dice la tía Simona, y todos ellos cuidadosamente arrimados a la lum-

bre para que se conserven en buena temperatura, procédese a otra operación no menos solemne que la cena misma: poner la mesa *perezosa*.

Esta mesa se reduce a un tablero rectangular sujeto a una pared de la cocina por un eje colocado en uno de los extremos; el opuesto se asegura a la misma pared como el rastrillo de una fortaleza, y se fija en la posición horizontal por medio de un pie, o tentemozo, que pende del mismo tablero.

La *perezosa* no se usa en las aldeas más que en el día del santo patrono, en la noche de Navidad, en la de Año Nuevo y en la de Reyes, o cuando en la casa hay boda.

Por eso no debemos extrañarnos del estrépito que se arma en la cocina del tío Jeromo al hacerse esta operación. "¡Que no se te caiga!—¡Ayúdame por esta banda!—¡Quita ese banco!—¡Apañá esa cuchara!—¡Allá va!—¡Que está *torcíá!*—¡Calza de allá!—¡Fuera esa pata!"

Poco menos alboroto y mayores precauciones que si se botara al agua un navío de tres puentes.

Puesta la mesa y sobre ella los manjares, y echada la bendición por el estudiante, dejaremos a la familia cenar con toda libertad: es operación, salvas algunas leves diferencias de forma en los cubiertos y de fuerza de masticación, que todos hacemos lo mismo. Además, nuestra presencia tal vez impidiera al buen Jeromo sorber la salsa que queda en la cazuela del guisado, y a su mujer, pasar el dedo por la tartera de las tostadas para rebañar el

azúcar, y al seminarista, apurar "hasta verte; Jesús mío", el vaso del vino blanco.

Volvamos a la misma cocina una hora más tarde.

Todos están más locuaces que antes, y hasta el viejo labrador ha desarrugado su habitual entrecejo. El rapazuelo ronca tendido sobre un banco, y el estudiante habla en latín y asegura que si entonces pillara al mayorazgo, ¡ira de Dios...! La tía Simona canta por lo bajo:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad;
está la Virgen de parto
y a las doce parirá.

Su hija se dispone a hacerle dúo, cuando se oye en el corral un coro de relinchos y un ruido sobre los morrillos, como si avanzaran veinte caballos.

—¡Ahí están los ladrones!—diría en tal caso un ciudadano alarmado.

Pues no, señor; son los *marzantes*, es decir, dos docenas de mocetones del lugar que andan recorriéndole de casa en casa. El ruido sobre los morrillos y los relinchos los producen las almadreñas y los pulmones de los mozos.

Este acontecimiento hace en los personajes de la cocina un efecto agradabilísimo; callan todos como estatuas y se disponen a escuchar.

—Vaya, señor don Jeromo—dice una voz en falsete para disfrazar la verdadera, desde el por-

tal—: a ver esas costillas que se están curando en el *varal*; esos ricos huevos de la gallina pinta que cacareaba en el corral, por, por, por, poner, por, poner!... ¡Que sí!... ¡Vaya, que sí!...

El coro contesta con relinchos a esta primera tirada de *algarabía*, que así se llama técnicamente la introducción de los marzantes, y vuelve a continuar la voz pidiendo "morcillas en blanco, o aunque sea en negro", y otras cosas por el estilo, hasta que concluye diciendo:

—¿Qué quiere usted? Que cantemos, o que recemos?

—Que recen—dice Jeromo.

—¡Que canten, cóncholes!—replica el estudiante—, que a mí me gustan mucho las marzas... ¡Ea, a cantar!—añade luego, abriendo una rendijilla, nada más, de la ventana.

Esta orden es acogida afuera con otro coro de relinchos, y al punto comienzan a cantar los marzantes, en un tono triste y siempre igual, un larguísimo romance que empieza:

En Belén está la Virgen
que en un pesebre parió;
parió un niño como un oro,
relumbrante como un sol...

y concluye:

A los de esta casa
Dios les dé victoria,
en la tierra gracia
y en el cielo gloria.

Esta copleja tiene otra variante que los marzantes suelen usar cuando no se les da nada, o cuando se les engaña con morcillas llenas de ceniza

A los de esta casa
sólo les deseo
que sarna perruna
les cubra los huesos.

Los pesados lances a que esta jaculatoria suele dar lugar, y los nada ligeros que se suscitan siempre al fin de la velada, cuando van los mozos a comer las marzas a la taberna, ya encontrándose con los marzantes de otro barrio, o ya provocando a algún vecino, es, sin duda, la causa de que disfrace la voz el que pide y de que guarden asimismo el incógnito todos sus compañeros.

Pero en casa de Jeromo no se engaña a nadie, y la tía Simona alargaba media morcilla de manteca a los marzantes; y éstos, después de echar la primera copla, se marchan relinchando de placer.

La familia tira los últimos golpes a la cena, agótanse los jarros de vino, y el chicuelo despierta preguntando por los marzantes. Cuando sabe que se han marchado, alborota la cocina a berridos, dale su padre un par de guantadas, interpónense el seminarista y su madre, apágase la lumbre, oscila la luz del candil, dormita la moza, maya perezoso el gato, cáesele la pipa de una vez de la boca al tío Jeromo, habla torpe sobre los fenómenos de la luz el seminarista; y cuando los relinchos de

los marzantes se escuchan lejanos, hacia el fin de la barriada, desfila a paso tardo y vacilante la familia del tío Jeromo, a buscar en el reposo del lecho el fin de tan risueña y placentera velada.

La tía Simona sale la última, y mientras se lamenta de haber dejado de rezar el rosario por causa del jaleo, y jura que al día siguiente ha de rezar dos, guarda en el arcón que ya conocemos los despojos del pan, del azúcar y de la manteca, para que en el primer día de Pascua pueda la familia, "manipulándose bien", recordar, con algo más que la memoria, la noche de Navidad.

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA

(Fábula)

Un labrador cansado
en el ardiente estío,
debajo de una encina
reposaba pacífico y tranquilo.
Desde su dulce estancia
miraba agradecido
el bien con que la tierra
premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones
hijas de su cultivo,
veía calabazas
melones por los sueños esparcidos.

¿Por qué la Providencia

(decía entre sí mismo)
 puso a la ruin bellota
 en elevado y prominente sitio?
 ¿Cuánto mejor sería
 que, trocando el destino,
 pendiesen de las ramas
 calabazas, melones y pepinos?
 Bien oportunamente,
 al tiempo que esto dijo,
 cayendo, una bellota
 le pegó en las narices de improviso.
 —¡Pardiez!—prorrumpió entonces
 el labrador sencillo—:
 si lo que fué bellota
 algún gordo melón hubiera sido,
 desde luego pudiera
 tomar a buen partido,
 en caso semejante,
 quedar desnarigado, pero vivo.

*Aquí la Providencia
 manifestarle quiso
 que supo a cada cosa
 señalar sabiamente su destino.
 A mayor bien del hombre
 todo está repartido,
 preso el pez en el agua
 y libre por el aire el pajarillo.*

Samaniego.

EJERCICIOS PRACTICOS

- 1.º Léase con claridad y recítese con soltura cada una de las anteriores composiciones.
- 2.º Hágase un resumen de la narración de Pareda.
- 3.º Redáctese en prosa la fábula de Samaniego.
- 4.º Señalar las palabras de mayor número de sílabas que se encuentren en ambos trozos.
- 5.º Distinguir los diptongos y triptongos si los hubiere.
- 6.º Indíquese alguna de las palabras agudas y graves y todas las esdrújulas que aparezcan en los trozos reseñados.
- 7.º Explíquese el significado de las palabras más raras que se encuentren en ambas composiciones.
- 8.º Señalar con precisión las palabras que deben llevar acento ortográfico y por qué.
- 9.º Conjugación del verbo *amar* en los tiempos simples.

CAPITULO II

Morfología

**Del nombre sustantivo.—Definición y clasificación.
Accidentes gramaticales.—Del género.—Del número.—Nombres que carecen de singular.—Nombres que carecen de plural.**

Morfología es la parte de la Gramática que estudia las formas u oficios que desempeñan las palabras en la oración. Tres son las verdaderas categorías gramaticales reconocidas universalmente por todos los gramáticos: *Nombre, verbo y partículas*. Bajo la denominación de *nombre* se pueden agrupar el sustantivo, el adjetivo, el pronombre y el artículo; con el *verbo* se puede estudiar el participio; y como *partículas* pueden considerarse el adverbio, la preposición y la conjunción. La interjección no es en realidad una parte de la oración.

DEL NOMBRE SUSTANTIVO

Definición.—*Nombre* es la parte de la oración que sirve para indicar la esencia o cualidades de los seres. En el primer caso el nombre se llama *sustantivo* y en el segundo *adjetivo*.

Clasificación.—El sustantivo puede ser *común* y *propio*. Sustantivo común o genérico es el que se refiere a todas las personas o cosas de un mismo género, como *bastón, villa, caballo*. Nombre sustantivo propio es el que se refiere a una persona o cosa individualizada, como *Pedro, Madrid, Duero*.

Pueden ser también los sustantivos simples y compuestos; abstractos y concretos; primitivos y derivados; colectivos, partitivos, multiplicativos, aumentativos, diminutivos, despectivos, gentilicios y patronímicos.

Nombre *simple* es el que consta de una sola palabra, como *carro, guardia, coche, y compuesto*, el que se halla formado de dos o más, como *carri-coche, guardia-civil, correveidile*.

Nombre *abstracto* es el que indica una idea procedente de una cualidad de los seres, como *belleza, de bello; bondad, de bueno*. Nombre *concreto* es el que expresa un ser que existe realmente, como *caballo, mesa, tenor*.

Nombre *primitivo* es el que no deriva de ningún otro y tiene estructura propia, como *negro, agua, noche*. Nombre *derivado* es aquel que procede de otro, y se forma mediante afijos que se añaden al primitivo, como *negrero, aguador, no-cherniego*.

Nombre *colectivo* es el que expresa un todo o conjunto de cosas individuales, como *herramienta* (conjunto de útiles para el trabajo), *muchedumbre* (conjunto de personas), *rebaño* (conjunto de animales).

Nombre *partitivo* es el que indica parte de la unidad, como *ochavo, cuarto, diezmo, céntimo*.

Aumentativo es el que expresa la idea de gran tamaño o de alto grado, como *mujerona, hombrón, librote*.

Diminutivo, el que significa pequeñez, como *hijito, florecilla, ratonzuelo*.

Despectivo, el que denota idea de desprecio, como *papelucho, mujerzuela, poetastro*.

Gentilicio, el que se refiere a individuos de algún pueblo o nación, como *catalán, italiano, madrileño, ovetense*.

Patronímico, el que indica el nombre de padre o sea el apellido, como *Rodríguez* (hijo de Rodrigo), *Fernández* (hijo de Fernando).

MODELOS LITERARIOS

JUAN VALERA

BONDAD DE LA PLEGARIA

El boticario del lugar era un filósofo racionalista y descreído. Apenas había acto piadoso que él no condenase como superstición o ridícula impertinencia. Contra lo que más declamaba era contra el rezo en que se pide a Dios o a los santos que hagan alguna cosa para cumplir nuestro deseo. La censura del boticario subía de punto cuando trataba de plegarias que iban acompañadas de promesas.

Según es costumbre en los lugares, en la trastienda de nuestro boticario filósofo había tertulia diaria. Allí se jugaba al tresillo, a la malilla y al tute, se leían los periódicos y se hablaba de religión, de política y de cuanto hay que hablar.

El señor cura asistía también en aquella tertulia, pero esto no refrenaba el prurito de impiedad del boticario, sino que le excitaba más en sus disertaciones, a fin de que el señor cura se lanzase a la palestra y disputase con él.

El señor cura distaba no poco de ser muy profundo en teología, y cuando no se preparaba es-

cribiendo de antemano lo que había de decir, como escribía los sermones, era mucho menos elocuente que el boticario, pero le aventajaba en dos excelentes cualidades: tenía fe vivísima y gran dosis de sentido común para resolver cuanto la fe no resuelve.

—Dios—decía el cura—no infringe ni trastorna las leyes de la naturaleza, cediendo a nuestras súplicas y para satisfacer nuestros antojos. Para Dios no hay milagros improvisados. Desde la eternidad los previó todos y los ordenó por infalible decreto, y en este sentido, tan conforme con la ley divina y tan de acuerdo está con el orden prescripto desde *ab eterno* que salga mañana el sol como que no salga. Y en cuanto a las súplicas que los hombres dirigimos a Dios, siempre deben agradarle como no sean contrarias a la moral, ya que dan testimonio de la fe que en El tenemos y de la esperanza y del amor que nos inspira.

El boticario solía replicar al cura que era necesidad pedir a Dios esto o aquello, y que era lo mismo. En apoyo de su opinión refirió un día la siguiente historia:

—Un caballero anciano tenía dos hijos. Había el uno comprado muchísimo trigo y contaba con ganar grandes riquezas, vendiéndole más caro porque fuese mala la futura cosecha. Para que esto se lograra recomendaba a su padre en sus oraciones pidiese a Dios que no lloviera. El otro hijo era labrador, había sembrado muchísima tierra de pan

llevar y deseaba y esperaba hacerse poderoso si aquel año había abundante cosecha. Recomendaba, pues, a su padre, que en sus oraciones pidiese a Dios buenas y oportunas lluvias. Como el padre amaba por igual a sus hijos, no sabía qué desear ni qué pedir. En tal estado de ánimo, elevaba al cielo la única plegaria que me parece razonable y que yo aplaudo. El padre decía:

¡Oh, soberano Dios omnipotente!,
llueva o no llueva, me es indiferente.

El señor cura replicó entonces:

—El cuento de usted viene en mi apoyo: demuestra que una plegaria por el estilo, que equivale a no hacer ninguna plegaria, nace del egoísmo más grosero; porque si el padre, que amaba por igual a sus dos hijos, hubiese amado también al prójimo, no hubiera juzgado indiferente que lloviera o que no lloviera, y en sus oraciones hubiera pedido a Dios buenas y oportunas lluvias.

De Cuentos y chascarrillos andaluces.

LA LLUVIA EN VERANO

(Fábula)

Muy de madrugada
sale de su aldea
Lucas para un viaje
de unas ocho leguas
No hay en todas ocho

parador ni venta,
no hay por el camino
árboles siquiera.
Gran calor aguarda,
porque Julio empieza:
va por eso Lucas
bien a la ligera.
De flexible paja
sombbrero lleva,
pantalón y chupa
son de primavera,
y alpargata leve
calza, que sujetan
lazos que le cruzan
sobre empeine y pierna.
Con lo cual, un palo
y un morral de jerga,
Lucas, diligente,
del lugar se aleja.
Aún el sol no asoma,
la mañana es fresca,
nubes aparecen,
se levanta niebla.
Horas van pasando;
la humedad aumenta:
ya menudas gotas
por el aire ruedan,
hasta que a torrentes
lanzan las esferas
lluvia que amenaza

inundar la tierra.
 Cuál estaba Lucas,
 júzguelo cualquiera:
 hízose una sopa
 de pies a cabeza.
 No era ciertamente
 grande su paciencia:
 enojóse y loca
 se soltó su lengua.
 —Luego quieren—dijo—
 que uno se someta
 dócil a las leyes
 de la Providencia.
 Esta condenada
 lluvia que no cesa,
 ¿qué motivo tiene,
 qué bien acarrea?
 Mala es y remala
 para la cosecha,
 y salud y vida
 puede que yo pierda—.

Esto hablaba el necio,
 cuando de unas peñas
 un ladrón armado
 sale y se le acerca.
 Lucas, imprudente,
 su garrote apresta,
 sin mirar que el otro
 tiene una escopeta.
 Del gatillo tira

el ladrón con fuerza;
 mas por dicha el tiro
 sin salir se queda.
 Lucas acomete
 con audacia nueva,
 y el malvado entonces
 huye entre las quiebras,
 y para que Lucas
 algo se detenga,
 la escopeta arroja
 porque ya le pesa.
 Nuestro caminante
 discurrió al cogerla:
 —No estará cargada,
 cuando así la suelta—.

Miróla, y entonces,
 ¡cuál fué su sorpresa!
 Carga doble dentro
 del cañón encuentra;
 pero entrambas cargas
 barro estaban hechas,
 y lo mismo el cebo
 de la cazoleta.
 —¡Diantre!—dijo Lucas,
 muerto de vergüenza—:
 Locamente al cielo
 dirigí mis quejas.
 Polvora excelente
 la del ladrón era,
 y ella se inflamara

si estuviera seca.
Niebla y lluvia hicieron
que se humedeciera;
si ellas me calaron
me salvaron ellas.

¡Gloria a Dios que riga
la Naturaleza!
No hay mal en el mundo
que por bien no venga.

Juan Eugenio Hartzenbusch.

EJERCICIOS PRACTICOS

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos.
- 2.º Redáctese en prosa el contenido de la fábula.
- 3.º Señálense los sustantivos que se encuentren, clasificándolos.
- 4.º Explíquense las palabras o locuciones más raras que aparezcan en ambos trozos.
- 5.º Ortografía de *b* y de *v*. Explíquese la razón de escribirse con *v* o con *b* las siguientes voces que aparecen en los textos: *llover, lluvia, soberano, labrador, boticario, vender, prever, aventajar, venta, niebla, estaba, etc.*
- 6.º Conjugación del verbo *temer* en los tiempos simples.

DEL NOMBRE SUSTANTIVO

(CONTINUACIÓN.)

Accidentes gramaticales.—Son tres según la Gramática tradicional, a saber: *género, número y caso*. Pero al perderse la verdadera declinación desinencial, puede decirse que los casos se uniformaron en cuanto a la estructura o forma de la palabra, siendo sustituidas las desinencias latinas por preposiciones, de suerte que perdieron su valor morfológico y pasaron al campo de la Sintaxis. Por eso en realidad son dos los accidentes gramaticales del nombre: el *género y el número*.

Del género.—Es el accidente gramatical que indica el sexo de las personas y animales o el que se atribuye a las cosas. Puede ser masculino, femenino o neutro; epiceno, común y ambiguo.

Masculino es el que se refiere a personas o animales machos, como *Juan, padre, perro*.

Femenino es el que se refiere a personas o animales hembras, como *Luisa, niña, mujer, paloma*.

Neutro, el que no pertenece ni a un sexo ni a otro. No existe en castellano, al no ser que se emplee adjetivamente, como en la frase "*Vivir a lo príncipe*".

Común es el que, refiriéndose a las personas, indica a la vez los dos géneros y sexos, como *mártir, testigo, etc.*

Epiceno, es el que, refiriéndose a los animales, indica a la vez los dos sexos, como *perdiz*, *rata*, *liebre*.

Ambiguo es el que, refiriéndose a las cosas, indica a la vez los dos géneros. Por ejemplo: el *punte* y la *punte*; el *calor* y la *calor*; el *mar* y la *mar*.

Reglas para la determinación del género.—Podemos atender a su significación o a su terminación.

Son masculinos por su significación:

1.º Los nombres propios de varón y animales machos, como *Pedro*, *gallo*, *lobo*.

2.º Los de oficios propios del varón, como *alcalde*, *carpintero*, *herrador*, etc.

3.º Los de ríos y mares u océanos, como el *Ebro*, el *Cantábrico*, el *Atlántico*.

4.º Los de meses y días de la semana, como *Mayo*, *Agosto*, el *lunes*, el *jueves*.

5.º Los de montes y volcanes, como el *Himalaya*, el *Vesubio*.

6.º Los de árboles, como el *peral*, el *naranja*, el *olivo*.

Son femeninos por sus significación:

1.º Los nombres propios de mujer y de animales hembras, como *Irene*, *gallina*, *oveja*.

2.º Los de ciudades y naciones según su terminación, como *España*, *Francia*, *Roma*.

3.º Los de oficios propios de mujer, como *modista*, *costurera*, *bailarina*, etc.

Atendiendo a su terminación:

1.º Son masculinos los terminados en *o*, a excepción de *mano*, *seo*, *nao*.

2.º Son femeninos los terminados en *a*, a excepción de *día*, *mapa*, el *cura*, el *trompeta*, el *crisma*, el *poema*, el *emblema*, etc.

3.º Los demás que terminan en otra letra distinta pueden ser, según su significado, masculinos o femeninos.

Por lo general, los terminados en *d* o *z* son femeninos, como *caridad*, *luz*, *merced*, *salud*, etc., y si terminan en otra vocal o consonante pueden ser unas veces masculinos y otras femeninos, sin que se pueda dar regla fija.

Los nombres compuestos siguen el género del elemento principal. Así, *vinagre* (compuesto de *vino-acre* o *agrio* es siempre masculino, en contra del uso equivocado del vulgo, que lo hace a veces femenino.

MODELOS LITERARIOS

BENITO PEREZ GALDOS

TRAFALGAR

VIII

No se puede describir el entusiasmo que despertó en mi alma la vuelta a Cádiz. En cuanto pude disponer de un rato de libertad, después que

mi amo quedó instalado en casa de su prima. salí a las calles y corrí por ellas sin dirección fija. embriagado con la atmósfera de mi ciudad querida.

Después de ausencia tan larga, lo que había visto tantas veces embelesaba mi atención como cosa nueva extremadamente hermosa. En cuantas personas encontraba al paso veía un rostro amigo y todo era para mí simpático y risueño: los hombres, las mujeres, los viejos, los niños, los perros. hasta las casas, pues mi imaginación juvenil observaba con ello no sé qué de personal y animado; se me representaban como seres sensibles; parecía-me que participaban del general contento por mi llegada, remedando en sus balcones y ventanas las facciones de un semblante alborozado. Mi espíritu veía reflejar en todo su exterior su propia alegría.

Corría por las calles con gran ansiedad, como si en un minuto quisiera verlas todas. En la plaza de San Juan de Dios compré algunas golosinas, más que por el gusto de comérmelas, por la satisfacción de presentarme regenerado a las vendedoras, a quienes me dirigí como antiguo amigo, reconociendo a algunas como favorecedoras en mi anterior miseria y a otras como víctimas, aún no aplacadas, de mi inocente afición al merodeo. Las más no se acordaron de mí; pero algunas me recibieron con injurias, recordando las proezas de mi niñez y haciendo comentarios tan chistosos sobre mi nuevo empaque y la gravedad de mi per-

sona, que tuve que alejarme a toda prisa, no sin que lastimaran mi decoro algunas cáscaras de frutas lanzadas por experta mano contra mi traje nuevo. Como tenía la conciencia de mi formalidad, estas burlas más bien me causaron orgullo que pena.

Recorrí luego la muralla y conté todos los barcos fondeados a la vista. Hablé con cuantos marineros hallé al paso, diciéndoles que yo también iba a la escuadra, y preguntándoles con tono muy enfático si había recalado la escuadra de Nelson. Después les dije que Mr. Cornets era un cobarde y que la próxima función sería buena.

Llegué por fin a la Caleta, y allí mi alegría no tuvo límites. Bajé a la playa, y quitándome los zapatos, salté de peñasco en pañasco; busqué a mis antiguos amigos de ambos sexos, mas no encontré sino muy pocos: unos eran ya hombres y habían abrazado mejor carrera; otros habían sido embarcados por la leva, y los que quedaban apenas me reconocieron. La movible superficie del agua despertaba en mi pecho sensaciones voluptuosas. Sin poder resistir la tentación, y compelido por la misteriosa atracción del mar, cuyo elocuente rumor me ha parecido siempre, no sé por qué, una voz que solicita dulcemente en la bonanza, o llama con imperiosa cólera en la tempestad, me desnudé a toda prisa y me lancé en él como quien se arroja en los brazos de una persona querida.

Nadé más de una hora, experimentando un pla-

cer indecible, y vistiéndome luego, seguí mi paseo hacia el barrio de la Viña, en cuyas edificantes tabernas encontré algunos de los más célebres perdidos de mi glorioso tiempo. Hablando con ellos yo me las echaba de hombre de pró, y como tal gasté en obsequiarles los pocos cuartos que tenía. Preguntéles por mi tío mas no me dieron noticia alguna de su señoría; y luego que hubimos charlado un poco, me hicieron beber una copa de aguardiente, que al punto dió con mi pobre cuerpo en tierra.

Durante el período más fuerte de mi embriaguez, creo que aquellos tunantes se rieron de mí cuanto les dió la gana; pero una vez que me serené un poco, salí avergonzado de la taberna. Aunque andaba muy difícilmente, quise pasar por mi antigua casa, y ví en la puerta una mujer andrajosa que freía sangre y tripas. Conmovido en presencia de mi morada natal, no pude contener el llanto, lo cual visto por aquella mujer sin entrañas, se le figuró burla o estratagema para robarle sus frituras. Tuve, por tanto, que librarme de sus manos con la ligereza de mis pies, dejando para mejor ocasión el desahogo de mis sentimientos ...

De los *Episodios Nacionales*

LOS DOS ESPOSOS Y EL VENENO

(Fábula)

Para matar ratones
hizo Guzmán algunas confecciones
las que encerradas con rigor tenía
en un lugar en el que escrito había:
“Ninguno, para cosa mala o buena,
me llegue a esta alacena”.
Su mujer, Blasa, que con él reñida
la mayor parte estaba de su vida
(porque según la vecindad pregona,
tanto como curiosa era gruñona),
presumió que su esposo allí encerraba
el tósico fatal con que trataba
de castigar su eterna impertinencia
(señal que le argüía la conciencia),
y buscando las viles confecciones,
encontró el solimán. ¡Qué imprecaciones!
—Un veneno!—frenética decía.
—¡¡Un veneno!! ¡¡un veneno!!—repetía;
y con verle y tocarle, aun no contenta,
llega, lo huele, pruébalo y revienta.

*Si lo ven por acaso,
atad a los curiosos corto el freno;
o apurarán el vaso
aunque escribais sobre él: “Aquí hay veneno”*

Ramón de Campoamor

EJERCICIOS PRACTICOS

- 1.º Lectura y recitado de los anteriores modelos.
- 2.º Hacer un resumen de las andanzas de Gabriel Araceli en Cádiz.
- 3.º Prosificar la fábula de Campoamor.
- 4.º Hacer una descripción de una ciudad conocida.
- 5.º Señalar los sustantivos que se hallan en uno de los trozos, indicando sus accidentes gramaticales de género y número.
- 6.º Ortografía de las letras mayúsculas. Señalar los nombres que deban escribirse con dicha letra inicial en los modelos reseñados.
- 7.º Conjúguense los tiempos simples del verbo *partir*.

DEL NOMBRE SUSTANTIVO

(Continuación.)

ACCIDENTES GRAMATICALES DEL NOMBRE

Del número. —Puede ser singular, dual y plural, según que indique uno, dos o más seres. El dual, que se conoció en las lenguas antiguas, se perdió ya en la flexión latina; así que en castellano

y en las demás lenguas romances sólo existen dos números: *singular* y *plural*.

El plural se forma en castellano agregando al singular la letra *s* o la terminación *es*, según los casos.

Si termina el nombre en vocal no acentuada, se añade una *s*, como *plumas*, *perros*. Pero si termina en vocal acentuada o en consonante, se agrega la terminación *es*, como de *jabalí*, *jabalíes*; de *tisú*, *tisúes*; de *león*, *leones*. Se exceptúan de la regla *papá*, *mamá*, *sofá*, *chacó*, que añaden sólo una *s* para formar el plural correspondiente. En cambio, las letras vocales del alfabeto se deben siempre pluralizar agregando la terminación *es*, y debe decirse las *aes*, las *oes*, las *úes* y las *íes*.

Nombres que carecen de plural.—Hay nombres que carecen de plural, como los apellidos patronímicos los Hernández, los Pérez; los abstractos, como la *soberbia*, la *lujuria*; los concretos de materia, como el *marfil*, el *cobre*, el *mercurio*; los de ciencias, como *Física*, *Retórica*.

Sin embargo, en sentido figurado pueden todos pluralizarse, incluso los apellidos, como los *Quinteros*, los *Tenorios*, las *bondades*, los *marfiles*; *retóricas*, en la frase: "no me venga usted con *retóricas*".

Nombres que carecen de singular.—Por el contrario, carecen de singular los nombres de objetos que acabando en *s* indican pluralidad, como *tí-*

jetas, gafas, calzoncillos, etc; los de cosas abstractas que igualmente terminan en *s*, como *exequias, albricias, tinieblas;* los de montes o islas que tienen esa terminación, como los *Alpes, las Canarias, las Azores,* y los que se usan adverbialmente precedidos de una preposición, como *a sabiendas, a ciegas, a hurtadillas.*

MODELOS LITERARIOS

PEDRO ANTONIO DE ALARCON

EL ANGEL DE LA GUARDA

—*El 1.º de Mayo entran los aviones, dicese en España desde que el mundo es mundo, para significar que todos los años, precisamente ese día, regresan a nuestra tierra, o sea, a nuestro aire, los aviones y los vencejos, después de su viaje invernal a África. Pero lo que nadie ha dicho hasta ahora, y yo me sé de muy buena tinta, es que ningún año habrán vuelto a ver los aviones las murallas de Taragona, ni tomado en ellas posesión de sus antiguos nidos, en día más hermoso, fulgente y embalsamado que el día 1.º de Mayo de 1814.*

El mar, tan azul y apacible como el mismo cielo, parecía, no un complemento de la limitada tierra, sino el comienzo de la eternidad y de lo infinito. El campo recibía sonriendo las caricias del

sol, y se las pagaba en vistosas flores, nuncio y promesa de regalados frutos. El ambiente, en fin, estaba impregnado de amor y vida, y en sus tibias ráfagas percibíase el fragante aliento de la primavera, enamorada ya del estío...

Pero no eran sólo de esta índole los encantos primaverales de aquel inolvidable día. El hombre en la ciudad, al pensar en el regreso de las aves viajeras, y en que había principiado el mes de las flores, y en que el día siguiente sería *Dos de Mayo*, experimentaba solemnes y gratas sensaciones morales y patrióticas, que hablaban también a su alma de resurrección y eflorescencia... ¡Apenas habían pasado quince días desde que la paz reinaba en España, después de seis años de incesante lucha! *La Guerra de la Independencia*, la epopeya de que fueron héroes nuestros padres, estaba completamente terminada. Los generales de Napoleón habían huído con sus huestes y con su pretendido rey a contarle al dominador de tantas naciones que era delirio pensar en la conquista de la nación española. ¡Ya no había en toda la península ni un solo soldado extranjero.

Nuestra desgraciada y enflaquecida patria descansaba, pues, a la luz de aquel sol esplendoroso, como un convaleciente que abandona el lecho después de lidiar largo tiempo con la muerte. ¡Momento melancólico y sublime! Las campanas llamaban de nuevo a los fieles a las incendiadas y saqueadas iglesias... El humo de los ensangrenta-

dos hogares volvía a elevarse al cielo por la serena atmósfera... Los antiguos cantos populares estremecían otra vez el viento... El esforzado patriota soltaba las armas y tornaba a sus trabajos, consolándose de haber perdido hijos, hermanos y padres, a la sola idea de que había conservado el suelo que los vió nacer y morir... ¡Todo era, en fin, santa tristeza y patético alborozo, desde San Sebastián a Cádiz, desde la Coruña hasta Gerona; todo era referirse grandes hazañas de una y otra provincia, de una y otra ciudad, de una y otra aldea, empeñadas de consuno en sacudir el yugo extranjero; todo era dar gracias a Dios por la victoria, conmemorar religiosamente a los difuntos, y restaurar ciudades o construirlas de nuevo, con la esperanza de alcanzar en ellas mejores y más dilatados días que los heroicos mártires de la Patria!

LA CLUECA

Todo en la siesta
se rinde al sueño,
menos las mozas
en los paseros;
 menos las mozas
y los polluelos,
que de la clueca
forman cortejo.
 De los tejados
por los aleros

de los chocines
bajo los techos,
 entre las uvas
de claro seno,
y por las pasas
y los fruteros,
 la avispa, el tábano,
la mosca, el terco
sutil mosquito,
de leve cuerpo,
 todo lo llenan
de varios ecos,
de alas vibrantes
y abejorrees.

Quieto el canario,
mira, suspenso,
del campo verde
la luz y el fuego.

La vid compone
con sus sarmientos
mustia corona
de rostro ebrio.

Las madre selvas
mecen sus flecos
cabeceando
de dulce sueño.

De las paredes
en los extremos
las lacias rosas
se dan los pétalos.

Cansancio lúbrico
 bate los pechos,
 el campo duerme,
 todo es silencio:
 sólo la clueca
 levanta un eco
 llamando a voces
 a sus polluelos.

La olla que hierve
 con ritmo lento,
 lanza a la vida
 su canto eterno.

El perro enarca
 su lomo crespo,
 y al lobo imita
 su desperezo.

Por la ventana
 se ve a lo lejos
 la tralla lenta
 de los barqueros;
 todos encorvan
 el torso recio,
 y tiran, tiran
 del copo inmenso.

De entre las olas,
 de tiempo en tiempo,
 salobres átomos
 conduce el viento.

Siguiendo el rumbo
 del manijero

van las cuadrillas
 a los paseros;
 y cuando pasan
 van esparciendo
 vigor robusto
 y olor de cuerpos.

La siesta aviva
 su fosco incendio,
 y entra en los ojos
 el blando sueño.

Las ramas tristes
 penden cual velos;
 el campo duerme;
 todo es silencio;
 sólo la clueca
 levanta el eco
 llamando a voces
 a sus polluelos.

SALVADOR RUEDA.

(De *Cantos de vendimia.*)

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitado de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Describir algún episodio de la Guerra de la Independencia a la que alude el cuento de Alarcón.

3.º Prosifíquese la poesía descriptiva de Salvador Rueda.

4.º Hágase una descripción de la vendimia o de la recolección de cereales.

5.º Señálense los sustantivos que haya en uno de los trozos citados indicando su género y número.

6.º Fórmese el plural de los nombres que aparezcan en singular.

7.º Indíquense los nombres que aparecen en los modelos que carecen de singular o de plural.

8.º Ortografía de la *g* y de la *j*. Señalar las palabras que se escriben con *g* o con *j* en los modelos reseñados.

9.º Conjugación del verbo *haber* en los tiempos simples.

CAPITULO III

Del adjetivo

Definición.—**Clasificación.**—**Accidentes gramaticales.**
Género del adjetivo.—**Grados del adjetivo.**—**Adjetivos determinativos: los numerales.**—**Adjetivos posesivos.**—**Adjetivos demostrativos e indefinidos.**

Definición.—Adjetivo es la palabra o parte de la oración que, unida al sustantivo sirve para calificarlo o para determinar su extensión.

Clasificación. — De la definición anterior se deduce que existen dos clases de adjetivos: *calificativos* y *determinativos*. Ejemplo de los primeros son *bueno, malo, blanco, rico, etc.*, y de los segundos *alguno, ninguno, ciento, primero*. Existen además *adjetivos sustantivados* que son los calificativos cuando van precedidos del artículo neutro *lo*, como *lo bueno, lo malo, lo justo, lo dulce, etc.*

Se pueden dividir también los adjetivos en: *primitivos y derivados, simples y compuestos, numerales, posesivos, demostrativos e indefinidos.*

Primitivos son los que no proceden de otro, como *bueno, dulce, amargo*.

Derivados son los que proceden de otro nombre, como los nacionales y gentiliscos, p. ej., *aragonés* de Aragón; *gallego* de Galicia; *vinoso*, de vino.

Simples, los que constan de un solo elemento como *agrío, dulce, rubio, negro*.

Compuestos, los que constan de dos, como *boquirrubio, agridulce, pelinegro*.

Numerales son los determinativos que indican la idea de número, como *ciento, tercero, octavo*.

Posesivos son los que denotan posesión o pertenencia, como *mi* bastón, *vuestro* sombrero.

Demostrativos, los que señalan o muestran el objeto al que se anteponen, como *este* paraguas, *aquella* silla, *esos* hombres.

Indefinidos son los que se refieren vagamente a alguna cosa, como *algún* niño, *ninguna* mujer, otro día.

Los posesivos, demostrativos e indefinidos, si no van precediendo a un nombre sustantivo, se usan entonces como pronombres.

Accidentes gramaticales.—Los adjetivos, como los sustantivos a los cuales se unen, son susceptibles de género y número. Respecto al género, pueden ser masculinos y femeninos, según la terminación y el significado. En cuanto a la terminación, hay dos tipos de adjetivos: unos con dos terminaciones, como *bueno* y *buena, sabio* y *sabia, lindo*

y *linda* (masculino y femenino) y otros con una sola terminación para los dos géneros, como *gentil, alegre, cortés*.

Existen, sin embargo, adjetivos con tres terminaciones, dos para el masculino y una para el femenino, como *san, santo, santa; primer, primero, primera*, etc. Esto obedece al apócope o pérdida de la sílaba o vocal final que pueden sufrir algunos adjetivos en el masculino cuando van precediendo a un sustantivo, como *San Antonio*, al *primer* vuelo, un *buen* hombre.

También pueden ser por su significación los adjetivos *neutros*, que son los que van precedidos del artículo neutro *lo*, como "*lo cortés* no quita *lo valiente*".

ADJETIVOS DETERMINATIVOS

Hemos dicho que son los que sirven para determinar la extensión del sustantivo al que se unen. Se dividen en: *posesivos, demostrativos, indefinidos y numerales*.

Posesivos son los adjetivos que indican idea posesoria y van siempre precediendo al sustantivo. Son *mi, tu, su*, para los dos géneros, con sus correspondientes plurales *mis, tus, sus*. Así: *mi* bastón, *tu* paraguas, *sus* plumas. Cuando son varios los poseedores, los adjetivos posesivos son *nuestro-a* y *vuestro-a*, con sus correspondientes plura-

les *nuestros-as, vuestros-as*. Por ej.: *nuestro padre, vuestras hermanas*.

Demostrativos son los adjetivos que señalan o muestran algún ser u objeto. Son *este, ese, aquel; esta, esa, aquella; y estos, esos, aquellos*, cuando van precediendo a un sustantivo. La forma neutra en o no se usa como adjetivo por no existir en español sustantivos de ese género. Ejemplos: *este libro, esa pluma, aquel sombrero, estas gallinas, esos perros, aquellas mujeres*.

Morfológicamente coinciden, pues, con los pronombres demostrativos, de los que se diferencian por ir los adjetivos *siempre* precediendo a un nombre y aquéllos no.

Indefinidos. — Los adjetivos indefinidos son: *cierto-a; algún-a; ningún-a; otro-a; cualquier-a; quinquier-a*, etc. Como *cierto día, algún dinero, ningún hombre, otro lugar*, etc., con sus correspondientes plurales: *ciertos-as; algunos-as; ningunos-as; cualesquiera, quienesquiera*, etc.

MODELOS LITERARIOS

JOSE M.^a GABRIEL Y GALAN

ES UN CUENTO

Lucio Castro, el poeta enamorado de las aguas, había dado la vuelta al mundo, cantándolas en estrofas resonantes y purísimas.

Era su patria una florida aldehuela ribereña, dulcemente ensordecida por un río caudaloso que bajaba iracundo y zumbador entre horriblos peñascos, destrozándose en desgarrones espumantes. Era su Musa una virgen transparente, del coro de las ondinas con cabellera de algas, lentes perlinos y azulosas pupilas abismáticas.

En su alma exquisita y clásica, como en gota de purísimo rocío, se espejaban los cuadros del mundo bello en divinas miniaturas...

Y eso hacía él cuando cantaba la bella naturaleza: poéticas miniaturas delicadas, de finísimos contornos, de ternura irreprochable, de ritmo clásico...; pero algo frías, hijas de un arte sin alma...

Mas cuando aquel hijo humano de las náyades, el eterno enamorado de la linfa, la cantaba soñolienta en el remanso, rezadora en la regadera del prado, besando flores o rugiente en la costa brava, abofeteando rocas, el alma idólatra del artista enamorado se erguía loca, se erguía bella, y acari-

ciada unas veces por el beso de la ondina inspiradora y otras veces flagelada por el látigo de las algas, derramaba en estrofas como arrullos sedantes de arroyuelo rodador o estallaba en musicales hervideros espumosos de torbellino oceánico...

Todas las tardes, en minúscula barquilla, penetraba hasta el centro del gran río, donde las aguas turbulentas dejaban apenas ver el remate de un granítico peñasco, junto al cual espumaban jugadoras. Y arrojando, para amarrar la barquilla, un débil cable alrededor de la cabeza granítica del bloque, saltaba luego sobre ella, y sentado en aquel trono de roca, hundía su mente en la suave contemplación abismática de los juegos de la linfa.

Una tarde moribunda de septiembre, a la hora del crepúsculo, las lluvias que derramó una tormenta en regiones de donde el río procedía, aumentaron de repente su caudal alborotado, que rompió la débil amarra y se llevó la barquilla. El poeta no vio aquello, ni advirtió que su atalaya musgosa iba a desaparecer en breve bajo las sábanas de espuma. Estaba absorto, cara al crepúsculo triste, escribiendo melancólicas estancias de una canción dolorida, inconsciente visión profética de una muerte ya cercana... Era un adiós a las aguas de su río, que iba a morir en los mares, como su alma, la del artista, que también iba a caer en lo infinito...

Y así, cantando la postrera de sus fogosas cantinelas al mismo amor, al mismo ídolo que le arran-

có la primera siendo niño...; extático, cuando el suave arrobamiento del divino paladeo de la belleza tocó las lindes del vértigo, amplio sudario de aguas azules con exquisitos encajes blancos de finísimas espumas envolvió para siempre el cuerpo del viejo cisne...

Y pasaron sobre el mundo muchos inviernos lluviosos.

.....

El sol radiante de un mes de Junio sorbió aguas, y al descender las del río hasta su ordinario límite..., ¡oh, qué embeleso de los ojos de los hombres!, el diente granítico del risco, pulido y cincelado por el agua enamorada, era una divina estatua, la estatua del poeta, que seguía contemplando el suave paso de la linfa, su amante agradecida, que ahora le lamía los pies y orlaba de rubíes y brillantes sus clásicas vestiduras...

LA PEDRADA

Cuando pasa el Nazareno
de la túnica morada,
con la frente ensangrentada,
la mirada del Dios bueno
y la sogá al cuello echada,
el pecado me tortura,
las entrañas se me anegan
en torrentes de amargura,

y las lágrimas me ciegan,
y me hiere la ternura...

Yo he nacido en esos llanos
de la estepa castellana,
cuando había unos cristianos
que vivían como hermanos
en república cristiana.

Me enseñaron a rezar,
enseñáronme a sentir
y me enseñaron a amar;
y como amar es sufrir,
también aprendí a llorar.

Cuando esta fecha caía
sobre los pobres lugares,
la vida se entristecía,
cerrábanse los hogares
y el pobre templo se abría.

Y detrás del Nazareno
de la frente coronada,
por aquel de espigas lleno
campo dulce, campo ameno,
de la aldea sosegada,

los clamores escuchando
de dolientes *Misereres*,
iban los hombres rezando,
sollozando las mujeres
y los niños observando ...

¡Oh, qué dulce, qué sereno
caminaba el Nazareno
por el campo solitario,
de verdura menos lleno
que de abrojos el Calvario!

¡Cuán suave, cuán paciente
caminaba y cuán doliente
con la cruz al hombro echada,
el dolor sobre la frente
y el amor en la mirada!

Y los hombres, abstraídos,
en hileras extendidos,
iban todos encapados,
con hachones encendidos
y semblantes apagados.

Y enlutadas, apiñadas,
doloridas, angustiadas,
enjugando en las mantillas
las pupilas empañadas
y las húmedas mejillas,
viejecitas y doncellas
de la imagen por las huellas
santo llanto iban vertiendo.
¡Como aquellas, como aquellas
que a Jesús iban siguiendo!

Y los niños, admirados,
silenciosos, apenados,
presintiendo vagamente
dramas hondos no alcanzados

por el vuelo de la mente,
 caminábamos sombríos
 junto al dulce Nazareno,
 maldiciendo a los judíos,
 "¡que eran Judas y unos tíos
 que mataron al Dios bueno!"

II

¡Cuántas veces he llorado
 recordando la grandeza
 de aquel hecho inusitado
 que una sublime nobleza
 inspiróle a un pecho honrado!

La procesión se movía
 con honda calma doliente.
 ¡Qué triste el sol se ponía!
 ¡Cómo lloraba la gente!
 ¡Cómo Jesús se affigía ...!

¡Qué voces tan plañideras
 el *Miserere* cantaban!
 ¡Qué luces, que no alumbraban,
 tras las verdes vidrieras
 de los faroles brillaban!

Y aquel sayón inhumano
 que al dulce Jesús seguía
 con el látigo en la mano,
 ¡qué feroz cara tenía!
 ¡qué corazón tan villano!

¡La escena a un tigre ablandara!

Iba a caer el Cordero,
 y aquel negro monstruo fiero
 iba a cruzarle la cara
 con el látigo de acero...

Mas un travieso aldeano,
 una precoz criatura
 de corazón noble y sano
 y alma tan grande y tan pura
 como el cielo castellano,
 rapazuelo generoso
 que al mirarla, silencioso,
 sintió la trágica escena,
 que le dejó el alma llena
 de hondo rencor doloroso,
 se sublimó de repente,
 se separó de la gente,
 cogió un guijarro redondo,
 miróle al sayón la frente
 con ojos de odio muy hondo,
 paróse ante la escultura,
 apretó la dentadura,
 aseguróse en los pies,
 midió con tino la altura,
 tendió el brazo de través,
 zumbó el proyectil terrible,
 sonó un golpe indefinible,
 y del infame sayón
 cayó botando la horrible
 cabezota de cartón.

Los fieles, alborotados

por el terrible suceso,
 cercaron al niño airados,
 preguntándole admirados:
 —¿Por qué, por qué has hecho eso?

Y él contestaba agresivo,
 con voz de aquellas que llegan
 de un alma justa a lo vivo:
 “¡Porque sí; porque le pegan
 sin hacer ningún motivo!”

III

Hoy, que con los hombres voy,
 viendo a Jesús padecer,
 interrogándome estoy:
 ¿Somos los hombres de hoy
 aquellos niños de ayer?

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

(De sus *Poesías religiosas*.)

EJERCICIOS PRACTICOS

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos.
- 2.º Señálense los adjetivos calificativos que contengan, indicando su género y número.
- 3.º Transcripción en prosa de la poesía de Gabriel y Galán *La pedrada*.

4.º Descríbase una procesión religiosa que haya presenciado el alumno.

5. Explicación de las palabras o giros más difíciles que se encuentren en los trozos reseñados.

6.º Ortografía de la *m* y la *n*.

7.º Conjugar los tiempos simples del verbo *ser*.

8.º Señálense los adjetivos posesivos, demostrativos e indefinidos que se hallen en los trozos reseñados.

DEL ADJETIVO

(Continuación.)

Grados del adjetivo.—Son tres: *positivo*, *comparativo* y *superlativo*.

El *positivo* indica una cualidad simplemente, como *bueno*, *justo*, *grande*; el *comparativo* se llama así porque indica comparación, como *mejor*, *peor*, *más dócil*; y el *superlativo* es el que denota una cualidad del positivo en grado sumo, como *grandísimo*, *muy rico*, *pulquérrimo*.

Los comparativos pueden ser *orgánicos* o *sin-téticos* y *perifrásticos*. Los orgánicos, o de una sola palabra, son cinco: *mejor*, *peor*, *mayor*, *menor* y *menos*, correspondientes a los positivos *bueno*, *malo*, *grande* y *pequeño*. Los *perifrásticos* o analíticos se forman anteponiendo al positivo los adverbios comparativos *tan*, *más* y *menos*, y pueden

ser, por tanto, de igualdad, de superioridad y de inferioridad. Así:

Pedro es *tan bueno* como Juan.

Pero es *más bueno* que Juan.

Pedro es *menos bueno* que Juan.

Los superlativos pueden ser *absolutos* y *relativos*. Los primeros se forman añadiendo al positivo las terminaciones *ísimo* o *érrimo*, como *buenísimo*, *utilísimo*, *integérrimo*, *paupérrimo*.

Existen, no obstante, algunos superlativos *orgánicos* que ya tenía la lengua latina, de la que derivan, como *óptimo*, superlativo de *bueno*; *máximo*, de *grande*; *mínimo*, de *pequeño*; *pésimo*, de *malo*; *ínfimo*, de *bajo*; y *supremo*, de *alto*.

Los demás se forman anteponiendo al positivo el adverbio de cantidad *muy* (o *mucho*), o bien con las terminaciones ya enunciadas. Como *muy devoto*, o *devotísimo*; *muy pobre*, o *paupérrimo*.

El superlativo relativo se construye anteponiendo al comparativo el artículo definido. Como "el *más devoto* de los creyentes".

Otra forma menos corriente de formar superlativos consiste en anteponer al positivo algunas partículas o preposiciones, como *superabundante*, *sobresaliente*, *requetebueno*, *muy mucho mejor*, etc.

ADJETIVOS DETERMINATIVOS

Los numerales.—Son los adjetivos que indican la idea de número o cantidad. Se dividen en car-

dinales, ordinales, partitivos, multiplicativos, distributivos y colectivos.

Los *cardinales* son en cuanto a su estructura sintéticos o simples, de una sola palabra, como *uno*, *dos*, *tres*, *cinco*, *quince*, *veinte*, *ciento*, *mil*, *millón*, y compuestos o analíticos, de dos o más palabras, como *diez y seis*, *treinta y nueve*, *ciento cuarenta y cinco*.

Los *ordinales* indican idea de ordenación, como *primero* o *primó*, *segundo*, *tercero* o *tercio*, *cuarto*, *quinto*, *sexto*, *séptimo*, *octavo*, *noveno* o *nono*, *décimo*, *duodécimo*, *décimo tercero*, *décimo cuarto*, etc., *vigésimo*, *trigésimo*, *cuadragésimo*, *quincuagésimo*, *sexagésimo*, *septuagésimo*, *octogésimo*, *nonagésimo*, *centésimo*, *milésimo*, etc. Todos ellos son susceptibles de terminación femenina y derivan, como los cardinales, del latín.

Partitivos son los que indican la parte de un todo, como *medio*, *tercio*, *cuarto*, *quinto*, *octavo* y *ochavo*, *décimo* y *diezmo*. Desde *doce*, por analogía con *octavo*, toman esta terminación y hacen *dozavo-a*, *catorzavo*, *treintavo*, *centavo*, etc. En general, se emplean los ordinales como partitivos, salvo los que tienen estructura propia, como *medio*, *diezmo*, *céntimo*, que equivalen a la mitad, la décima parte y la centésima parte, respectivamente.

Multiplicativos son: *doble* o *duplo* o *dúplice*; *triple*, *cuádruple* o *cuádruplo*, *quíntuple* o *quíntuplo*, *séxtuple* o *séxtuplo*, etc. En castellano an-

tiguo se empleaba la expresión *dos tanto, tres tanto, cuatro tanto*, etc., en vez de *doble, triple, cuádruplo*.

Distributivos.—De éstos tan sólo hay uno sintético, que es *serdos-as*, significando “uno a cada uno”. Los demás se forman con una perífrasis, y así se dice: de dos en dos, de tres en tres.

Colectivos son los que indican una colectividad o conjunto de cosas, como *septena, novena, decena, docena, catorcena, quincena, veintena, cuarentena, centena*, etc. Además, en poesía se usan *terceto, cuarteta, quintilla, sextina, octava, décima*, etc., según el número de versos de la estrofa.

MODELOS LITERARIOS

RICARDO LEON

LAZARÍN

Desde su ya remota niñez anduvo muy delicado de salud. Fruto primerizo y agraz de un matrimonio burgués, de muy holgada fortuna, pero cargado luego de copiosa prole, vino al mundo a los siete meses, tan endeble y ruín, con tan pocas señales de vida, que hubo que bautizarle con aguas de socorro y meterle entre estufas y algodones y mantener por medios artificiales aquel fragilísimo huelgo que, apenas nacido, parecía a punto de morir.

—Esta criatura—pronosticó un doctor, insigne por su “ojo clínico”—no se puede lograr.

Pero las madres suelen saber más que los médicos, y la madre de Lázaro Santacruz—que así se llamaba el tal—, muy empeñada en desmentir el “ojo clínico” del doctor, fué sacando adelante a su redrojo, día tras día, noche tras noche, disputándosele cara a cara a la muerte con ese heroísmo formidable, superior al tiempo y al destino, de que es eterno dechado la mujer.

Gracias a tan heroicas solicitudes pudo el pequeño Lazarín, no sin angustias y soponcios mor-

tales, trasponer las peligrosas fronteras de la niñez y de la pubertad. Pero en la ruin estampa del pobre sietemesino, hacillo de huesos y piltrafas; en su semblante paliducho, arrugado prematuramente por una mueca senil; en sus ojos mustios y tristonos, parecía leerse la oscura predestinación de los seres que nacen para morir muy temprano. Y nada más cruel, más paradógico y lamentable que la presencia de semejante alfeñique en un hogar feliz donde los padres y los hijos, a excepción de aquél, precisamente el primogénito, eran todos robustos y cabales, magníficos de lozanía y de salud.

Los accidentes comunes a la infancia, las crisis de una edad a otra, fueron para el triste Lázaro (y más aún para su madre) largas y dolorosas tragedias. Llegando a la juventud, cayó el pobre mozo, y era la quinta vez, en gran peligro de muerte, y con tal violencia entonces que, desahuciado, sacramentado, agonizante, ya todos le lloraron por difunto.

De nuevo la misericordia de Dios contuvo el frágil cuerpecillo de Lazarín al borde espantoso del abismo. Tornó la vida a él, pero su madre, quebrantada al cabo, golpe tras golpe, en las fuertes raíces de sus entrañas; desfallecida por tanto heroico sufrir a la cabecera de su hijo—de aquel que, por más débil y desgraciado, era su ojito derecho—, dió en padecer del corazón, y una noche se murió de repente, sin desvelar a nadie, sin proferir un grito ni una queja, silenciosa, inmóvil,

con los ojos muy abiertos, tal como había vivido muchos años a pie firme junto a su deber y su desventura.

Y fué precisamente Lazarín quien le cerró los ojos.

De Cuentos de antaño y hogaño.

LA MONA

(Fábula)

“Aunque se vista de seda
la mona, mona se queda.”

El refrán lo dice así,
yo también lo diré aquí,
y con eso lo verán
en fábula y en refrán.

Un traje de colorines,
como el de los matachines,
cierta mona se vistió;
aunque más bien creo yo
que su amo la vestiría
porque difícil sería
que tela y sastre encontrase.
El refrán lo dice: pase.

Viéndose ya tan galana,
saltó por una ventana
al tejado de un vecino,
y de allí tomó camino
para volverse a Tetuán.

Esto no dice el refrán,
pero lo dice una historia
de que apenas hay memoria,
por ser el autor muy raro
(y el poner el hecho en claro
no le habrá costado poco).

El no supo, ni tampoco
he podido saber yo,
si la mona se embarcó
o si rodeó tal vez
por el istmo de Suez.
Lo que averiguado está
es que por fin llegó allá.

Vióse la señora mía
en la amable compañía
de tanta mona desnuda,
y cada cual la saluda
como a un alto personaje,
admirándose del traje,
y suponiendo sería
mucho la sabiduría.
ingenio y tino mental
del petimetre animal.

Opinan luego al instante,
y *nemine discrepante*,
que a la nueva compañera
la dirección se confiera
de cierta gran correría
con que buscarse debía
en aquel país tan vasto

la provisión para el gasto
de toda la mona tropa.
(¡Lo que es tener buena ropa!)

La directora, marchando
con las huestes de su mando,
perdió, no sólo el camino,
sino lo que es más, el tino.
Y sus necias compañeras
atravesaron laderas,
bosques, valles, cerros, llanos,
desiertos, ríos, pantanos,
y al cabo de la jornada
ninguna dió palotada.
Y eso que en toda su vida
hicieron otra salida
en que fuese el capitán
más tieso ni más galán.
Por poco no queda mona
con vida de la intentona;
y vieron por experiencia
que la ropa no da ciencia.

*Pero sin ir a Tetuán,
también acá se hallarán
monos que, aunque se vistan de estudiantes,
se han de quedar lo mismo que eran antes.*

TOMÁS DE IRIARTE.

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los modelos transcritos.
- 2.º Hágase un resumen del cuento de Ricardo León.
- 3.º Redacción en prosa de la fábula de Iriarte.
- 4.º Redacte el alumno un pequeño trabajo en prosa sobre el tema: "Amor de los padres para con los hijos".
- 5.º Señálense los adjetivos determinativos que se encuentren en los trozos reseñados, haciendo su clasificación.
- 6.º Fórmese el comparativo y el superlativo de alguno de los adjetivos calificativos que encuentre en alguno de los modelos reseñados.
- 7.º Indíquense los numerales que haya en los trozos, clasificándolos.
- 8.º Fórmense los múltiplos y fraccionarios correspondientes.
- 9.º Ortografía de *c* y *z*.
- 10.º Conjúguense los tiempos compuestos del verbo *amar*.

CAPITULO IV

Del pronombre

Definición y clasificación.—Pronombres personales.
Pronombres posesivos.—Pronombres correlativos.—Los demostrativos, relativos e indefinidos.
El artículo.

Pronombre: su definición. —Es la parte de la oración que se pone en lugar del nombre para evitar su repetición.

Los pronombres conservan la declinación latina o desinencial mejor que el nombre. La causa de ello es que cada caso tenía una estructura propia y característica que le diferenciaba de los casos restantes.

Clasificación.—Se clasifican los pronombres en *personales, posesivos, correlativos e indefinidos*, comprendiendo los correlativos los *interrogativos, demostrativos y relativos*.

PRONOMBRES PERSONALES

Los pronombres personales son: *yo, tú, él, ella, ello*; plural, *nosotros-as, vosotros-as, ellos-as*, y se refieren a la primera, segunda y tercera persona, respectivamente.

DECLINACIÓN DE LA PRIMERA PERSONA, YO

Singular

Nominativo	Yo
Genitivo	De mí
Dativo	A o para mí, me
Acusativo	A mí, me
Vocativo	Carece.
Ablativo	De, en, con, por, etc. mi, conmigo.

Plural

Nominativo	Nosotros-as
Genitivo	De nosotros-as
Dativo	A o para nosotros-as, nos
Acusativo	A nosotros-as, nos
Vocativo	Carece
Ablativo	De, en, con, etc. nosotros-as.

DECLINACIÓN DE TU (SEGUNDA PERSONA)

Singular

Nominativo	Tú
Genitivo	De ti
Dativo	A o para ti, te

Acusativo	A ti, te
Vocativo	Carece
Ablativo	De, en, con, por, etc. ti, contigo.
	<i>Plural</i>
Nominativo	Vosotros-as
Genitivo	De vosotros-as
Dativo	A o para vosotros-as, os
Acusativo	A vosotros-as-vos
Vocativo	Carece
Ablativo	De, en, con, por, etc. vosotros-as

DECLINACIÓN DEL DE TERCERA PERSONA

EL, ELLA, ELLO

Singular

Nominativo	El, ella, ello
Genitivo	De él, de ella, de ello
Dativo	A o para él, le; a o para ella, la; a o para ello, lo.
Acusativo	A él, le, lo; a ella, la; a ello, lo
Vocativo	El, ella, ello
Ablativo	Con, de, en, por, etc. él, ella, ello.

Plural

Nominativo	Ellos, ellas
Genitivo	De ellos, de ellas
Dativo	A o para ellos, les; a o para ellas, las
Acusativo	A ellos, les; los; a ellas, las
Vocativo	Ellos, ellas
Ablativo	Con, de, en, por, etc. ellos, ellas.

REFLEXIVO (PARA AMBOS GÉNEROS)

Genitivo	<i>De sí</i>
Dativo	<i>A o para sí, se</i>
Acusativo	<i>A sí, se</i>
Ablativo	<i>Con, de, en, por, etc. sí, consigo.</i>

PRONOMBRES POSESIVOS

Expresan idea de posesión, propiedad o pertenencia, y son cinco: *mío, tuyo, suyo, nuestro y vuestro* con sus correspondientes femeninos y plurales.

Debemos distinguir entre los posesivos que se refieren a un sólo poseedor y los que se refieren a varios.

Los de un sólo poseedor se pueden clasificar en de primera, segunda y tercera persona. El posesivo *mío-a, míos-as* se refiere a la persona que habla; *tuyo-a, tuyos-as*, a la persona a quien se habla; y *suyo-a, suyos-as*, a la persona o personas de quienes se habla.

Si son varios los poseedores, tenemos *nuestro-a, nuestros-as* para la primera persona; *vuestro-a, vuestros-as* para la segunda, y *suyo-a suyos-as* o también *de ellos, de ellas*, para la tercera.

De *mío, tuyo y suyo* proceden, por apócope, los adjetivos posesivos *mi, tu su*, que ya hemos estudiado.

MODELOS LITERARIOS

ARMANDO PALACIO VALDÉS

MISTERIOS DOLOROSOS

Un lunes por la tarde iba yo a su casa; otro lunes por la tarde venía él a la mía; era día de mercado y no teníamos escuela, sino por la mañana. Lo pasábamos deliciosamente, como nadie podrá dudar, sabiendo que lo mismo la casa de mi amigo Juanito que la mía poseían un espacioso jardín, donde jugábamos a la peonza, al volante y al salto, donde trepábamos a los árboles y alcanzábamos ciruelas y peras en su más tierna infancia, donde ensayábamos nuestras aptitudes para la ingeniería y arquitectura, alzando edificios con tejas rotas, barro y arena, trazando canales, abriendo pantanos, donde nos ejercitábamos en el arte de conducir vehículos, haciendo alternativamente él y yo de caballo y cochero, donde encendíamos hogueras y asábamos patatas, donde, por fin, cuando llegaba el caso, nos dábamos de mojicones y nos tirábamos de los cabellos.

Su jardín era más dilatado que el mío; por tanto, los fogosos caballos podían correr y caracolear a su sabor; pero el mío tenía allá en el fondo

un hórreo y esto constituía una ventaja inapreciable. Porque debajo de este hórreo nos guarcíamos cuando hacía mal tiempo y nos divertíamos sin necesidad de meternos en casa y sufrir la presencia enfadosa de la familia. Además, nos servía de escondrijo para ocultar todos aquellos objetos que merecían ocultarse, particularmente la fruta verde, de la cual acumulábamos tal cantidad, que alguna vez se pudría sin comerla. Esta fruta verde era el negocio más interesante y reservado de nuestra existencia. Mi madre nos tenía prohibido, bajo penas severísimas, tocar a la fruta, y nos vigilaba bastante desde casa y nos hacía vigilar. Prodigios de ingenio y habilidad se necesitaban para burlar esta vigilancia. Los desplegábamos, y pocas veces éramos cogidos *in fraganti*.

Lo fuí, sin embargo, en cierta ocasión, pero no por mi madre. Pluguiese al cielo que ella hubiera sido, aunque me costase algunos coscorriones. Lindante con nuestra huerta o jardín había otro mucho mejor cuidado y provisto. Pertenecía a unos señores que vivían en la casa contigua: dos hermanos y dos hermanas, ya viejos y solteros, personas graves, correctísimas, pacíficas y silenciosas. No nos tratábamos; pero ellos y mis padres, en la calle, o desde el balcón, se saludaban muy ceremoniosamente.

Aquel su jardín rebosaba de fruta dulce y sazonzada, que tanto a mi amigo Juanito, como a mí, nos llevaba los ojos y nos tentaba. Había par-

ticularmente un árbol tan cargado de enormes peras, que era una verdadera bendición.

Las contemplábamos cierto día con avidez, cuando el diablo nos sugirió la idea de apoderarnos de algunas de ellas. La pared de nuestro jardín no era muy alta, y tenía un pretil que llegaba hasta la mitad; de modo que fácilmente lo dominábamos. Pero el de nuestros vecinos estaba mucho más bajo, por lo cual había que descolgarse para llegar a él, lo cual no era fácil. Mas como nuestro ingenio venía ya ejercitado de largo tiempo por otras empresas, se nos ocurrió el arbitrio feliz de servirnos de una de las astas de banderolas que allí teníamos pertenecientes a las obras de canalización de la ría, cuyo director era mi tío, como ya he dicho.

Después de cerciorarnos bien de que nadie había en los balcones de la casa contigua, ni desde la nuestra nos espiaban, apoyamos una punta del asta en nuestra pared y la otra en el jardín vecino, monté sobre ella y me deslicé fácilmente, atravesé el jardín en toda su anchura, pues el peral se hallaba en el extremo opuesto, arranqué dos peras, las oculté en los bolsillos y vuelvo rápidamente. Mas al atravesar de nuevo el jardín, dirijo una mirada a la casa y observo con espanto que en el amplio balcón de madera de nuestros vecinos se hallaban los cuatro hermanos contemplándome con ojos serios, más sorprendidos que irritados. Me acerqué a la pared y, ¡oh, rabia!, advierto que

no puedo escalarla. Como sucede casi siempre en los negocios de la vida, había visto la entrada, pero no la salida.

Esta era punto menos que imposible. Aunque procuro trepar por el asta que me había servido para deslizarme, pronto eché de ver que nunca lo lograría. Subir por la pared no había que pensarlo. Entonces, en el colmo de la angustia, llamé a Juanito, que se había ocultado cuando vió a nuestros vecinos en el balcón. Vino en mi ayuda me tendió una mano, y agarrándome a ella, pude, con muchísimo trabajo, montar sobre la pared.

Todas estas operaciones exigieron bastante tiempo y yo, sin volver la cabeza, veía posados sobre mí los ojos de aquellos respetables señores. Nadie puede figurarse la confusión y vergüenza que de mí se habían apoderado. Si hubiesen gritado, si me hubieran increpado, creo que sería cien veces menor; pero aquella grave tranquilidad, aquel silencio, me abrumaban y por largo tiempo después, cuando recordaba esta escena, sentía que me subían los colores al rostro...

De *La Novela de un Novelista*

CANCIÓN DEL PIRATA

Con diez cañones por banda
Viento en popa a toda vela,
No corta el mar, sino vuela,

Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman
Por su bravura, el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confín.

La luna en el mar ríela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia a un lado, al otro Europa,
Y allá a su frente Stambul.

“Navega, velero mío,
Sin temor;

Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza,

Tu rumbo a torcer alcanza,
Ni a sujetar tu valor.

“Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido
Sus pendones
Cien naciones
A mis pies.”

Que es mi barco mi tesoro...
Que es mi Dios la libertad,

Mi ley la fuerza y el viento,

Mi única patria la mar.

"Allá muevan feroz guerra

Ciegos reyes

Por un palmo más de tierra:

Que yo tengo aquí por mío

Cuanto abarca el mar bravío,

A quien nadie impuso leyes.

"Y no hay playa

Sea cualquiera,

Ni bandera

De esplendor,

Que no sienta

Mi derecho,

Y dé pecho,

A mi valor".

Que es mi barco mi tesoro...

"A la voz de "¡Barco viene!",

Es de ver

Cómo vira y se previene

A todo trapo escapar;

Que yo soy el rey del mar,

Y mi furia es de temer.

En las presas

Yo divido

Lo cogido

Por igual:

Sólo quiero

Por riqueza

La belleza

Sin rival."

Que es mi barco mi tesoro...

"Sentenciado estoy a muerte!

Yo me río:

No me abandone la suerte,

Y al mismo que me condena

Colgaré de alguna antena

Quizá en su propio navío.

Y si caigo,

¿Qué es la vida?

Por perdida

Ya la dí,

Cuando el yugo

Del esclavo,

Como un bravo,

Sacudí."

Que es mi barco mi tesoro...

"Son mi música mejor

Aquilones:

El estrépito y temblor

De los cables sacudidos,

Del negro mar los bramidos

Y el rugir de mis cañones,

Y del trueno

Al son violento

Y del viento

Al rebramar,

Yo me duermo

Sosegado,

Arrullado

Por el mar."

Que es mi barco mi tesoro

Que es mi Dios la libertad,

Mi ley la fuerza y el viento,

Mi única patria, la mar.

JOSÉ ESPRONCEDA

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos.
- 2.º Dar una nueva redacción, resumida, del fragmento de Palacio Valdés.
- 3.º Prosificación de la *Canción del Pirata* de Espronceda.
- 4.º Descripción en prosa de un jardín y huerta.
- 5.º Explicación de las frases o palabras más raras que aparezcan en alguno de los trozos reseñados.
- 6.º Señalar los pronombres personales y reflexivos que se encuentren en entrambos trozos.
- 7.º Indicar los pronombres posesivos que hubiere y los adjetivos posesivos.
- 8.º Ortografía de *b* y *v*, indicando las palabras que se escriben en los modelos con una u otra letra.
- 9.º Conjugación de los tiempos compuestos del verbo *temer*.

DEL PRONOMBRE

(Continuación.)

PRONOMBRES CORRELATIVOS

Responden a la idea de correlación que existe entre ellos y comprenden los *interrogativos*, *demonstrativos* y *relativos*. Los *interrogativos* se llaman así porque preguntan o interrogan y son: *¿Qué?* *¿cuál?* *¿quién?* *¿cuyo?* *¿cuánto?* Los *demonstrativos* son los que muestran o señalan. Así, a la pregunta *¿quién?* responden: *éste*, *ese*, *aquel*; *ésta esa*, *aquella*, con sus correspondientes plurales, o a la pregunta *¿qué?* responden los demostrativos: *esto*, *eso*, *aquello* y sus plurales respectivos. Por último, los *relativos* son los que hacen relación o referencia a una cosa ya dicha que se llama *antecedente*. Son *que*, *quien*, *cual*, *cuyo* y *cuanto*.

Para mejor comprender esta correlación, véase el siguiente cuadro:

INTERROGATIVOS	DEMONSTRATIVOS	RELATIVOS
¿quién o quienes?	Este, ese, aquel, esta, esa, aquella, estos, esos, aquellos	que, quien, quienes
¿qué?	Esto, eso, aquello	que
¿cuál?	Tal	cual
¿cuyo?	Mío, tuyo, suyo	cuyo
¿cuánto?	Tanto	cuanto

Los pronombres demostrativos *este* y *ese* pueden formar nuevos pronombres mediante su composición con otras palabras. Así tenemos *estotro-a*, *esotro-a*, *aqueste-a*, *aquese-a* y los plurales respectivos.

PRONOMBRES INDEFINIDOS

Son los que de una manera vaga o indeterminada indican las personas o las cosas. Son los principales: *uno*, *alguno*, *ninguno*, *alguien*, *nadie*, *cierto*, *cada*, *cualquiera*, *quienquiera*, *algo*, *nada*, *todo*, etc.

DEL ARTICULO

Definición.—El artículo es un verdadero demostrativo, puesto que señala, de modo determinado y preciso, el nombre al cual se antepone. Así, al decir: *trae la cesta*, no se refiere a ésta o aquélla, sino a una ya concreta que conoce de antemano la persona a quien se habla.

Se divide el artículo en *determinado* o definido e *indeterminado* o indefinido. El primero es el verdadero artículo y tiene tres formas: *el*, *la*, *lo* para el singular, y dos para el plural, *los*, *las*.

La forma masculina, *el*, puede contraerse al unirse a las preposiciones *de* y *a*, dando lugar a las formas contractas *del* y *al*, respectivamente.

La flexión del artículo definido es como sigue:

Singular

Nominativo	<i>El, la, lo.</i>
Genitivo	<i>Del, de la, de lo</i>
Dativo	<i>Al o para el, a la o para la; a lo, o para lo.</i>
Acusativo	<i>El, la, lo; al, a la, a lo</i>
Vocativo	Carece
Ablativo	<i>De, en, con, por, etc. el, la, lo.</i>

Plural

Nominativo	<i>Los, las</i>
Genitivo	<i>De los, de las</i>
Dativo	<i>A los, para los; a las, para las</i>
Acusativo	<i>Los o a los; las o a las</i>
Vocativo	Carece.
Ablativo	<i>De, en, con, por, etc. los, las.</i>

Uso del artículo.—Cuando comienza un nombre por *a* o *ha* se emplea, si es femenino, la forma *el* por *la*, y así se dice *el hacha*, *el arma*.

Artículo indefinido.—Al lado de este artículo definido o determinado, colocan los gramáticos otro indeterminado o indefinido, que no es sino el numeral *un*, *una*, y sus plurales *unos*, *unas*, y se emplea antepuesto a nombres tomados en un sentido vago o indeterminado.

Así, al decir: *tengo un sombrero nuevo*, no preciso cuál es, sino más bien indico la idea de número.

Cuando el femenino *una* se antepone a nombres

que comienzan con *a* o *ha*, pierde su final *a*; así se dice *un arma*, *un águila*.

Cuando este numeral *uno*, *una*, se emplea sin preceder a ningún nombre, es un verdadero pronombre indefinido, como *He visto a uno que te conoce*; *He encontrado a una en la calle*.

MODELOS LITERARIOS

GUSTAVO ADOLFO BECQUER

MAESE PÉREZ EL ORGANISTA

II

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas, que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de

la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en un aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era la hora de que comenzase la Misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras a media voz, y el arzobispo mandó a la sacristía uno de sus familiares a inquirir el porqué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la Misa de media noche.

Esta fué la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo, sería cosa imposible; baste decir que comenzó a notarse tal bullicio en el templo, que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundiendo entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento, un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura, se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado.

—Maese Pérez está enfermo, dijo; la ceremonia no puede empezar. Si queréis, yo tocaré el órgano en su ausencia; que ni maese Pérez es el primer organista del mundo, ni a su muerte dejará de usarse este instrumento por falta de inteligente...

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles, que conocían a aquel personaje extraño por un organista envidioso, enemigo del de Santa Inés, comenzaban a prorrumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el atrio un ruido espantoso...

¡Maese Pérez está aquí...! ¡Maese Pérez está aquí...!

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba, en efecto, en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerle en el lecho.

—No—había dicho—; ésta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Noche-

Buena. Vamos, lo quiero, lo mando; vamos a la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido; los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna y comenzó la Misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el introito, y el Evangelio, y el ofertorio y llegó el instante solemne en que el Sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla.

Una nube de incienso, que se desenvolvía en ondas azuladas, llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fué creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía.

Era la voz de los ángeles, que atravesando los espacios, llegaba al mundo.

Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, que al confundirse for-

maban uno solo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un girón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces, cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana, y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, aparecía la Hostia a los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que maese Pérez sostenía trinando se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde se desarrolló un tema: y unos cerca, y otros lejos, ésto brillantes, aquéllos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquél que levantaba en ellas, Aquél

a quien saludaban hombres y arcángeles era su Dios, era su Dios, y le parecía haber visto abrirse y transfigurarse la Hostia.

El órgano proseguía sonando; pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se pierde de eco en eco, y se aleja, y se debilita al alejarse, cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo, un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido discordante y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?—se decían unos a otros, y nadie sabía responder, y todos se empeñaban en adivinarlo; y crecía la confusión, y el alboroto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propio de la iglesia.

¿Qué ha sido eso?—preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministriles, fué uno de los primeros a subir a la tribuna, y que, pálido y con muestras de profundo pesar se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso como todos, por saber la causa de aquel desorden.

—¿Qué hay?

—Que maese Pérez acaba de morir.

En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron a la tribuna.

vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que aún vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos ...

De sus *Obras Completas*

RIMA

LXXIII

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos;
taparon su boca
con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho;
y entre aquella sombra
veíase, a intervalos,
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.

Despertaba el día,
y a su albor primero
con sus mil ruidos
despertaba el pueblo.
Ante aquel contraste
de vida y misterios,

de luz y tinieblas,
medité un momento:

"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"

De la casa en hombros
lleváronla al templo,
y en una capilla
dejaron el féretro.

Allí rodearon
sus pálidos restos
de amarillas velas
y de paños negros.

Al dar de las ánimas
el toque postrero,
acabó una vieja
sus últimos rezos;
cruzó la ancha nave,
las puestas gimieron
y el santo recinto
quedóse en silencio.

De un reloj se oía
compasado el péndulo,
y de algunos cirios
el chisporroteo.
Tan medroso y triste,
tan oscuro y yerto
todo se encontraba ...
que pensé un momento ...
"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"

De la alta campana
la lengua de hierro,
le dió, volteando,
su adiós lastimero.
El luto en las ropas,
amigos y deudos
cruzaron en fila,
formando el cortejo.

Del último asilo
oscuro y estrecho,
abrió la piqueta
el nicho a un extremo.
Allí la acostaron,
tapiáronla luego,
y con un saludo
despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
el sepulturero
cantando entre dientes
se perdió a lo lejos.
La noche se entraba,
reinaba el silencio;
perdido en las sombras,
medité un momento:

*"¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!"*

En las largas noches
del helado invierno
cuando las maderas
crujir hace el viento

y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo.
Del húmedo muro
tendida en el hueco,
acaso de frío
se hielan sus huesos!

.....
¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre o cieno?

No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo
al dejar tan tristes,
tan solos los muertos!

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos.
- 2.º Resumen del fragmento en prosa.

- 3.º Prosificación de la rima de Bécquer.
- 4.º Descripción del interior de una iglesia catedral.
- 5.º Señalar los pronombres correlativos que se encuentren en la leyenda becqueriana.
- 6.º Indicar los artículos definidos que haya en la rima.
- 7.º Declinación oral de *el, la, lo*.
- 8.º Señalar los artículos indeterminados que se encuentren en la mencionada leyenda.
- 9.º Ortografía de las mayúsculas y del acento ortográfico.
10. Conjugación de los tiempos compuestos del verbo *partir*.
11. Explicar las voces o locuciones raras que se hallan en la rima.

CAPITULO V

Del verbo

Su definición.—Accidentes verbales.—Nomenclatura de los tiempos del verbo.—Reconocimiento de modos, números y personas.—Los nombres postverbales.—Raíz, tema y desinencia.—Los verbos auxiliares.—Uso activo y pasivo de los verbos.

Definición.—Verbo (del latín *verbum*, palabra) es la parte de la oración que indica estado, acción o pasión de las personas en el tiempo.

Así como la flexión nominal se llama declinación, la flexión verbal es la *conjugación* o conjunto de formas que puede presentar un mismo verbo al tomar las desinencias de tiempo y persona.

Accidentes verbales.—Los accidentes del verbo son cinco: *voces, modos, tiempos, números y personas*.

Voz es el accidente que indica que el sujeto ejecuta o recibe la acción expresada por el verbo. En el primer caso tenemos la voz *activa*, como *yo*

engaño, y en el segundo, la *pasiva*, por ejemplo *yo soy engañado*. En otras conjugaciones existía la voz *media*.

Modo es el accidente verbal que indica la significación del verbo en relación con una palabra o frase a que esté o pueda estar subordinada. Son cuatro en español: *indicativo*, *condicional* o *potencial*, *imperativo* y *subjuntivo*. Algunos gramáticos señalan también el *optativo* y el *infinitivo* que más que modo es un nombre postverbal.

Modo *indicativo* es el que expresa la acción del verbo en relación con las ideas de saber y afirmar, que se sobrentienden. Así al decir: *tú amas* equivale a "yo sé o afirmo que *tú amas*".

Modo *condicional* o *potencial* es el que expresa la acción del verbo relacionándola con una condición, de la cual depende. Así: "*yo estudiaría... si tuviera tiempo*"; "*él sería bueno... si le educasen bien*".

Modo *imperativo* es el que indica la acción que debe ejecutar la persona a quien mandamos hacer algo. "*Ama al prójimo*"; "*lee el Quijote*"; "*huid de la ciudad*".

Modo *subjuntivo* es el que indica la acción del verbo haciéndole depender de frases que indican mandato, prohibición, ruego, deseo, permiso. Así: "*te mando que leas*"; *te prohibo que juegues*; *os ruego que os quedeis*; *deseamos que vengáis*; *querría que viniereis*", etc. Por depender a veces de la frase que indica mandato, coincide en cuanto a la

significación con el imperativo. Así la frase "*Ama al prójimo*" equivale a "te mando que *ames* al prójimo".

Nomenclatura de los tiempos del verbo. — El tiempo del verbo indica el momento de realizarse la acción. Son tres los esenciales: *presente*, *pretérito* y *futuro*. Estos dos últimos pueden ser simples o compuestos, según que su formación sea sintética o de una sola palabra, o analítica, esto es de dos palabras, que son el auxiliar y el participio pasivo del verbo que se conjuga.

El modo *indicativo* tiene los siguientes tiempos simples: *presente*, *pretérito imperfecto*, *pretérito indefinido* y *futuro imperfecto*. Compuestos son el *pretérito perfecto*, el *pretérito anterior*, el *pluscuamperfecto* y el *futuro perfecto*.

El modo *condicional* o *potencial* tiene un tiempo *simple* y otro *compuesto*.

El *imperativo* un solo tiempo que es el *presente* y el modo *subjuntivo* tiene tres simples: *presente*, *pretérito imperfecto* y *futuro imperfecto*. Y otros tres compuestos, que son el *pretérito perfecto*, el *pluscuamperfecto* y el *futuro perfecto*.

Números y personas. — Los números son dos: *singular* y *plural* y las personas tres para el singular, *yo*, *tú*, *él*, y otras tres para el plural, *nosotros*, *vosotros*, *ellos*, llamadas respectivamente primera, segunda y tercera persona.

MODELOS LITERARIOS

FERNAN-CABALLERO

(Doña Cecilia Böhl de Faber)

JUAN CIGARRÓN

Había un hombre que se llamaba Juan Cigarrón, que discurría ganar dinero haciéndose pasar por zahorí. Hizo su papel a la perfección; se dió tal importancia, gastó tanta fantasía, que alucinó a todo el mundo; porque habeis de saber, niños míos, que los hombres tienen una desgraciada propensión a creer lo que no deben creer..

Así fué que Juan Cigarrón cobró por entonces una fama parecida a la que en nuestros días alcanzan otros engañabobos como él.

Sucedió que en el palacio del Rey fué extraída una gran cantidad de plata labrada, y por más diligencias que se hicieron, no se pudo averiguar quienes habían sido los perpetradores del robo.

Por último recurso le aconsejaron al rey que mandase venir al famoso zahorí, para el que nada había oculto; advirtiéndole que este portento no siempre contestaba, sino que sólo lo hacía cuando estaba de humor de hacerlo.

El rey mandó venir a su presencia al zahorí, que, como pueden ustedes figurarse, se quedó muerto, y más muerto, cuando el rey le dijo que le iba a encerrar en un calabozo, y que si a los tres días no le había descubierto los autores del robo, lo mandaba ahorcar por embrollón y embustero.

—¡Ya puedo prepararme a bien morir! — pensó Juan Cigarrón cuando se halló en el calabozo. ¡Nunca me hubiera metido a zahorí, que me cuesta la torta un pan! Tres días de vida me quedan; ni uno más, ni uno menos. ¡Bien empleado te está, Juan Cigarrón!

Era el caso que la plata había sido robada por tres pajes del rey, y que estos estaban encargados de llevarle al preso la comida. Cuando el primero de ellos se la llevó, exclamó Juan Cigarrón, aludiendo a los tres días de término que le había señalado el rey:

¡Ay, señor San Bruno,
que de los tres ya vino uno!

Como el paje tenía mala conciencia y había oído decir que para aquel zahorí no había nada oculto, se sobrecogió y dijo a sus compañeros:

—¡Perdidos estamos! El zahorí sabe que somos nosotros los ladrones.

Los otros dos no le quisieron creer; pero al segundo día, cuando otro de los pajes entró en el calabozo a llevarle la comida, y oyó a Juan Cigarrón exclamar con dolor:

¡Ay, San Juan de Dios,
que de los tres he visto a dos!

salió más alarmado que el primero.

—Razón tenías—le dijo a su compañero—; nos conoce y somos perdidos.

Así fué cuando al día siguiente fué el tercero con la comida, y oyó a Juan Cigarrón que decía con desconsuelo:

¡Ay, San Andrés,
que ya los he visto a los tres!

se echó a sus pies, le confesó el delito, le ofreció devolver toda la plata robada y darle una gran regalo si no les delataba.

Pasados los tres días, el rey mandó que trajesen al zahorí a su presencia, el que se presentó tan orondo y tan erguido.

—Con que —preguntó el rey— ¿me traes las noticias que te he pedido?

—Señor —respondió Juan Cigarrón con mucha prosopopeya— soy muy noble y muy filántropo para que pueda delatar a nadie; pero confío en que Vuestra Majestad se contentará con que por mi arte y poder se le devuelva la plata robada.

—Sí, sí —respondió el rey—; con que parezca y vuelva a mi poder, me contento. ¿Dónde está?

Juan Cigarrón se irguió, y respondió haciendo un gesto majestuoso:

—Que vayan al calabozo en que he estado encerrado, y allí se encontrará.

Así se hizo, y se encontró la plata, que allí habían llevado los pajes.

El rey se quedó absorto y admirado, y se prendó de tal suerte de Juan Cigarrón, que le nombró zahorí mayor, adivino de cámara y acertador particular.

Pero todo esto no le hacía gracia al agraciado, que estaba temblando que se presentase otra ocasión en que recurriese Su Majestad a su ciencia, de la que temía no salir tan airoso como de la pasada.

Y no fueron vanos sus temores, porque un día que paseaba el Rey por sus jardines, deseoso Su Majestad de tener otra prueba más del saber de su zahorí mayor, le presentó de repente su mano cerrada, preguntándole qué era lo que en ella tenía.

Al oír esta apremiante pregunta, el pobre hombre perdió la cabeza y exclamó:

¡De esta hecha,

Juan Cigarrón cayó en la brecha!

El Rey abrió la boca, de la que se escapó un grito de admiración, y la mano, de la que se escapó un cigarrón, que era lo que en ella tenía. El Rey, en su entusiasmo, le dijo al feliz adivino que pidiera lo que quisiese, y fuese lo que fuese, le daba su palabra real de que se lo concedería, a lo que contestó enseguida:

—Pido, Señor, que
no me volváis a preguntar en la vida,
no sea que la tercera sea la vencida.

De Cuentos y adivinanzas.

EL MURCIÉLAGO ALEVOSO

Estaba Mirta bella
 Cierta noche formando en su aposento
 Con gracioso talento
 Una tierna canción, y porque en ella
 Satisfacer a Delio meditaba,
 Que de su fe dudaba,
 El fuego que en su casto pecho ardía.

Y estando divertida,
 Un murciélagos fiero, ¡suerte insana!,
 Entró por la ventana;
 Mirta dejó la pluma, sorprendida,
 Temió, gimió, dió voces, vino gente;
 Y al querer, diligente,
 Ocultar la canción, los versos bellos
 De borrones llenó, por recogerlos.

Y Delio, noticioso
 Del caso que en su daño había pasado
 Justamente enojado
 Con el fiero murciélagos alevoso,
 Que había la canción interrumpido,
 Y a su Mirta afligido,
 En cólera y furor se consumía,
 Y así a la ave funesta maldecía:
 "Oh, monstruo de ave y bruto,
 Que cifras lo peor de bruto y ave,
 Visión nocturna grave,
 Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,

De la luz enemigo declarado,
 Nuncio desventurado
 De la tiniebla y de la noche fría,
 ¿Qué tienes tú que hacer donde está el día?
 "Tus obras y figura
 Maldigan de común las otras aves,
 Que cánticos suaves
 Tributan cada día al alba pura;
 Y porque mi ventura interrumpiste
 Y a su autor afligiste,
 Todo el mal y desastre te suceda
 Que a un murciélagos vil suceder pueda.
 "La lluvia repetida,
 Que viene de lo alto arrebatada,
 Tan sólo reservada
 A las noches, se oponga a tu salida;
 O el relámpago pronto reluciente
 Te ciegue y amedrente;
 O soplando del Norte recio el viento,
 No permita un mosquito a tu alimento.
 "La dueña melindrosa
 Tras el tapiz do tienes tu manida,
 Te juzgue, inadvertida,
 Por telaraña sucia y asquerosa,
 Y con la escoba al suelo te derribe;
 Y al ver que bulle y vive
 Tan fiera y tan ridícula figura,
 Suelte la escoba y huya con presura.
 "Y luego sobrevenga
 El juguétón gatillo bullicioso,

Y primero medroso
 Al verte, se retire y se contenga
 Y bufe y se espeluce horrorizado,
 Y alce el rabo esponjado,
 Y el espinazo en arco suba al cielo
 Y con los pies apenas toque el suelo.
 "Mas luego, recobrado
 Y del primer horror convalécido,
 El pecho al suelo unido,
 Traiga el rabo del uno al otro lado,
 Y cosido en la tierra observe atento;
 Y cada movimiento
 Que en ti llegue a notar su perspicacia
 Le provoque al asalto y le dé audacia.
 "En fin, sobre ti venga,
 Te acometa y ultraje sin recelo,
 Te arrastre por el suelo,
 Y a costa de tu daño se entretenga;
 Y por caso las uñas afiladas
 En tus alas clavadas,
 Por echarte de sí con sobresalto,
 Te arroje muchas veces a lo alto.
 "Y acuda a tus chillidos
 El muchacho, y convoque a sus iguales,
 Que con los animales
 Suelen ser comúnmente desabridos;
 Que a todos nos dotó Naturaleza
 De entrañas de fiereza,
 Hasta que ya la edad o la cultura
 Nos dan humanidad y más cordura.

"Entre con algazara
 La pueril tropa, al daño prevenida,
 Y lazada oprimida
 Te echen al cuello, con fiereza rara;
 Y al oírte chillar alcen el grito
 ¡Y te llamen maldito!
 Y creyéndote al fin del diablo imagen,
 Te abominen, te escupan y te ultrajen.
 "Luego, por las telillas
 De tus alas te claven al postigo,
 Y se burlen contigo,
 Y al hocico te apliquen candelillas,
 Y se ríen con duros corazones
 De tus gestos y acciones,
 Y a tus tristes querellas ponderadas
 Correspondan con fiesta y carcajadas.
 "Y todos bien armados
 De piedras, de navajas, de agujones,
 De clavos, de punzones,
 De palos pos los cabos afilados
 (De diversión y fiesta ya rendidos),
 Te embistan atrevidos,
 Y te quiten la vida con presteza,
 Consumando en el modo su fiereza.
 "Te puncen y te sajen,
 Te tundán, te golpeen, te martillen,
 Te piquen, te acribillen,
 Te dividan, te corten y te rajen,
 Te desmiembren, te partan, te degüellen,
 Te hiendan, te desuellen,

Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen.

"Y las supersticiones
De las viejas creyendo realidades,
Por ver curiosidades,
En tu sangre humedezcan algodones,
Para encenderlos en la noche oscura,
Creuyendo sin cordura
Que verán en el aire culebrinas
Y otras tristes visiones peregrinas.

"Muerto ya, te dispongan
El entierro, te lleven arrastrando,
Gori, gori, cantando,
Y en dos filas delante se compongan
Y otros, fingiendo voces lastimeras,
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro tan gracioso
Al muladar más sucio y asqueroso.

"Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendiada tu historia
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO

"Aquí yace el murciélago alevoso
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día,

De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía:
No sigas, caminante, presuroso,
Hasta decir sobre esta losa fría:
Acontezca tal fin y tal estrella
A aquel que mal hiciere a Mirta bella."

Fray Diego González.

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos
- 2.º Resumen en prosa del cuento de *Fernán Caballero*.
- 3.º Redacción en prosa de la poesía de *Fray Diego González*.
- 4.º Explicación de los vocablos y locuciones raras que aparezcan en los trozos citados.
- 5.º Señalar los verbos que se hallen en la poesía con indicación de sus accidentes gramaticales.
- 6.º Conjugación del verbo *acribillar* en todos sus tiempos.
- 7.º Ortografía de la *d* y *z* finales.
- 8.º Señalar las palabras de más dudosa ortografía que aparezcan en el cuento.

DEL VERBO

(Continuación.)

Nombres postverbales.—Son el *infinitivo*, *gerundio* y *participio*.

El *infinitivo* es un derivado verbal que tiene la significación de un sustantivo neutro, y termina en *ar*, *er*, *ir*, como *cantar*, *querer*, *decir*. Por eso puede a veces pluralizarse y se dice: los *cantares*, los *quereres* y los *decires*.

El *gerundio* es el derivado verbal que hace oficio de *adverbio* y termina en *ando* o *iendo*. Así, de amar, *amando*; de temer, *temiendo*; de partir, *partiendo*. Cuando va unido a un verbo modifica su significación; por eso decimos que hace por lo general el mismo oficio de un adverbio. Así, al decir: “está *jugando*”, “vamos *viviendo*”, los verbos *estar* e *ir* son modificados por los gerundios *jugando* y *viviendo*, respectivamente.

El *participio* es el derivado verbal que participa de la índole del nombre y de la del verbo. Puede ser activo y pasivo. En el primer caso termina en *ante* o *iente* y se sustantiva a menudo, como *estudiante*, *teniente*. El pasivo termina en *ado* o *ido* si es regular o débil, y en *so*, *to*, *cho*, si irregular o fuerte. Ejemplo de los primeros, *amado*, *temido*, *partido*, y de los segundos, *confeso*, *roto*, *dicho*.

Raíz, tema y desinencias.—En toda forma ver-

bal hay que distinguir la raíz, el tema y las desinencias verbales. *Raíz* es el elemento fundamental; *tema*, es la raíz modificada según la característica temporal; y *desinencia*, la letra o letras añadidas al tema para la flexión verbal. Así, en *amaré*, la raíz es *am*, común a todos los tiempos; el tema es *amar*, propio del futuro y condicional, y la desinencia es *é*, característica de la primera persona del singular del futuro imperfecto.

Por esta analogía temática se pueden agrupar todos los tiempos del verbo español en tres grandes secciones:

1.º Tema de presente. Pertenecen a él los tres presentes de indicativo, imperativo y subjuntivo. Ej.: Yo *quiero*, *quiere* tú, yo *quiera*.

2.º Tema de pretérito imperfecto. Sólo este tiempo del indicativo. Ej.: Yo *quería*.

3.º Tema de perfecto. El que hoy llamamos pretérito *indefinido* de indicativo y sus afines, que son: el pretérito imperfecto y el futuro imperfecto de subjuntivo. Ej.: Yo *quise*, yo *quisiera* o *quisiese*, yo *quisiere*.

4.º Tema de futuro. Comprende el futuro imperfecto de indicativo y el condicional simple. Así: yo *querré*, yo *querría*.

MODELOS LITERARIOS

EUSEBIO BLASCO

MISA DE ALBA

¡Un calor!

No era posible dormir... Salté de la cama a eso de las cuatro; ya era de día.

La calle tan bulliciosa por las mañanas, es decir de las nueve de la mañana hasta las doce, está solitaria a las cuatro de la madrugada, y solo pasan por ella algún vicioso que se retira del garito, o algún lechero que va repartiendo sus cuartillos y golpeando a las puertas.

El sereno, que se durmió sentado en un portal, despierta y bosteza ruidosamente... uno de esos bostezos que parecen suspiros brutales. La codorniz de la vecina canta, saludando al día, y me recuerda la leyenda de mi madre cuando traducía ese canto.

—Bien claro lo dice—exclamaba.— ¿No lo oyes? ¿Cual caerá? ¿cual caerá? ¿cual caerá? porque la codorniz está temblando por los pájaros que se detienen en el alero.

—¿Cuál caerá?—repetía ayer a las cuatro.—¡Qué paz! ¡Qué silencio!

Y allá del otro lado del mar, a estas horas, habrá un ruido infernal de cañonazos y descargas...

caerán las bombas incendiarias de los pueblos civilizados sobre los techos de las casas... ¿Cual caerá de aquellos valientes?... ¡qué de estampidos, de explosiones, de ayes, de recuerdos a mil madres que a estas horas estarán rezando por sus hijos!..

¡Y aquí qué paz!

El lucero de la mañana, que alumbraba tranquilo el mundo de aquí, se habrá nublado con el humo del combate de allá...

Suena el *Angelus* de la mañana... Oyense golpes a las puertas, el sereno se despide despertando al comercio de la vecindad... ¡Pon! ¡pon! ¡Las cuatro y media! y el *Angelus* suena todavía. No ya no es eso. Es una campana que llama a misa.

¡La misa del alba!

Dos o tres viejas, vestidas de negro, pasan por la calle y doblan la esquina. Luego otras dos o tres, y un anciano apoyado en un palo. Esta es gente que durmió poco, y sin duda, vá a la iglesia cercana. Todo estudio de costumbres es curioso, y ya perdido el sueño, me decidí a salir.

En la calle van abriéndose puertas, y dos cocheros lavan con esponjas un coche, cantando coplas de jota a media voz. Toda una vecindad de canarios, mirlos y codornices canta al sol naciente, y pegado a una puerta hay un hombre borracho que aplica en vano la llave de la cerradura sin poder dar con el agujero. Y habla solo y dice tambaleándose:

—¡Yo entro... cuando me dá la gana! ¡Y si uno

bebe, bebe lo suyo! ¿y qué? ¿Qué *tienes* tú que decir? La paliza que te voy a dar... ¡Quién vive! ¡Vayan ustedes con Dios!

Y se cae.

Ya cesó de llamar la campana. La iglesia está muy oscura, y en el altar solo brillan las luces de las cuatro velas en fila. No hay en el templo más que cuatro personas, todas viejas. La vejez es devota, es medrosa, es rezadora...

Se oyen oraciones dichas en voz baja en todos los labios. En el confesonario de la derecha hay una mujer con el rostro pegado a la rejilla. El confesor tose. Conforme se va acostumbrando la visita a la oscuridad, personas y objetos aparecen más claros, y entonces se puede observar que entre las nueve personas no hay más que un hombre, un anciano, aquel que pasó por la calle apoyado en el palo. Oye toda la misa de rodillas sobre el duro suelo. Cuando el momento llega, toma la Comunión, y al volver a ocupar su puesto, llora.

¡Llora!

La curiosidad de un observador es tenaz. Ya el sacerdote dió la bendición. Las viejas, oída la misa, van recorriendo altares y haciendo sus oraciones a la Virgen, a San Antonio, a San José; algunas dejan una moneda en el cepillo. Salen todas y el hombre queda allí de rodillas todavía, rezando y llorando y la iglesia desierta; se oye el cuchicheo de sus oraciones... ¿Si le hablase? ¿Si le pregun-

tara cómo puede resistir una hora con las rodillas clavadas en el suelo?... Veo que quiere levantarse, y apenas puede. Corro a ayudarle...

—Muchas gracias, señor. Dios se lo pague a usted. Y apoyado en su palo, va a la capilla de la Virgen y la contempla en éxtasis, y con las manos cruzadas, vuelve a rezar, esta vez de pie...

De sus *Cuentos*.

A BUEN JUEZ, MEJOR TESTIGO

Legenda

Era entonces en Toledo,
 Por el rey, gobernador,
 El justiciero y valiente
 Don Pedro Ruiz de Alarcón.
 Muchos años por su patria
 El buen viejo peleó;
 Cercenado tiene un brazo;
 Mas entero el corazón.
 La mesa tiene delante,
 Los jueces en derredor,
 Los corchetes a la puerta
 Y en la derecha el bastón.
 Está como presidente
 Del tribunal superior,
 Entre un dosel y una alfombra
 Reclinado en un sillón
 Escuchando con paciencia

La casi asmática voz
 Con que un tétrico escribano
 Solfea una apelación.
 Los asistentes bostezan
 Al murmullo arrullador,
 Los jueces medio dormidos
 Hacen pliegues al ropón,
 Los escribanos repasan
 Sus pergaminos al sol,
 Los corchetes a una moza
 Guñan en un corredor,
 Y abajo, en Zocodover,
 Gritan en disorde son
 Los que en el mercado venden
 Lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,
 En faz de grande aflicción,
 Rojos de llorar los ojos,
 Ronca de gemir la voz,
 Suelto el cabello y el manto,
 Tomó plaza en el salón,
 Diciendo a gritos: "¡Justicia!
 ¡Jueces, justicia, señor!"
 Y a los pies se arroja humilde
 De don Pedro de Alarcón,
 En tanto que los curiosos
 Se agitan alrededor. —
 Alzóla, cortés, don Pedro,
 Calmando la confusión
 Y el tumultuoso murmullo

Que esta escena ocasionó,
 Diciendo: Mujer, ¿qué quieres?
 —Quiero justicia, señor.
 —¿De qué?
 —De una prenda hurtada
 —¿Qué prenda?
 —Mi corazón.
 —¿Tú le diste?
 —Le presté.
 —¿Y no te le han vuelto?
 —No.
 —¿Tienes testigos?
 —Ninguno.
 —¿Y promesa?
 —¡Sí, por Dios!
 Que al partirse de Toledo
 Un juramento empeñó.
 —¿Quién es él?
 —Diego Martínez.
 —¿Noble?
 —Y capitán, señor.
 —Presentadme al capitán,
 Que cumplirá si juró.
 Quedó en silencio la sala
 Y a poco en el corredor
 Se oyó de botas y espuelas
 El acompasado son.
 Un portero, levantando
 El tapiz, en alta voz
 Dijo: —El capitán don Diego.

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos
Llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán don Diego,
Díjole don Pedro, vos?
Contestó altivo y sereno
Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis a ésta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento
De ser su marido?

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí juro.

—Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés llorando
De despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!...

—Digo que miente, juró.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,
Y dispensad que, acusado,
Dudara de vuestro honor.

Tornó Martínez la espalda
Con brusca satisfacción,
E Inés, que le vió partirse,
Resuelta y firme, gritó:

—Llamadle, tengo un testigo.

Llamadle otra vez, señor.
Volvió el capitán don Diego,
Sentóse Ruiz de Alarcón,
La multitud aquietóse
Y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo a quien nunca
Faltó verdad ni razón.

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos
Nuestras palabras oyó,
Mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio
Donde ha tiempo que expiró.

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

¿Quién fué?

—*El Cristo de la Vega*

A cuya faz perjuró.

Pusiéronse en pie los jueces
Al nombre del Redentor,
Escuchando con asombro
Tan excelsa apelación.
Reinó un profundo silencio
De sorpresa y de pavor
Y Diego bajó los ojos
De vergüenza y confusión.
Un instante con los jueces
Don Pedro en secreto habló,

Y levántose diciendo
 Con respetuosa voz:
 "La ley es ley para todos,
 Tu testigo es el mejor,
 Mas para tales testigos
 No hay más tribunal que Dios.
 Haremos lo que sepamos;
 Escribano, al caer el sol
 Al Cristo que está en la vega
 Tomaréis declaración.

VI

Es una tarde serena,
 Cuya luz tornasolada
 Del purpurino horizonte
 Blandamente se derrama.
 Plácido aroma las flores
 Sus hojas plegando exhalan,
 Y el céfiro entre perfumes
 Mece las trémulas alas.
 Brillan abajo en el valle
 Con suave rumor las aguas,
 Y las aves en la orilla
 Despidiendo al día cantan.

Allá por el *miradero*
 Por el Cambrón y Visagra
 Confuso tropel de gente
 Del Tajo a la vega baja
 Vienen delante don Pedro
 De Alarcón, Ibán de Vargas,
 Su hija Inés, los escribanos,

Los corchetes y los guardias;
 Y detrás, monjes, hidalgos,
 Mozas, chicos y canalla.
 Otra turba de curiosos
 En la vega les aguarda
 Cada cual comentariando
 el caso según le cuadra.
 Entre ellos está Martínez
 En apostura bizarra,
 Calzadas espuelas de oro,
 Valona de encaje blanca,
 Bigote a la borgoñesa,
 Melena desmelenada,
 El sombrero guarnecido
 Con cuatro lazos de plata,
 Un pie delante del otro,
 Y el puño en el de la espada.
 Los plebeyos de reajo
 Le miran de entre las capas,
 Los chicos al uniforme
 Y las mozas a la cara.
 Llegado el gobernador
 Y gente que le acompaña,
 Entraron todos al claustro
 Que iglesia y patio separa.
 Encendieron ante el Cristo
 Cuatro cirios y una lámpara,
 Y de hinojos un momento
 Le rezaron en voz baja.

Está el Cristo *de la Vega*

La cruz en tierra posada,
 Los pies alzados del suelo
 Poco menos de una vara;
 Hacia la severa imagen
 Un notario se adelanta,
 De modo que con el rostro
 Al pecho santo llegaba.
 A un lado tiene a Martínez,
 A otro lado Inés de Vargas,
 Detrás al gobernador
 Con sus jueces y sus guardias.
 Después de leer dos veces
 La acusación entablada,
 El notario a Jesucristo
 Así demandó en voz alta:
 "—*Jesús, Hijo de María,*
 "Ante nós esta mañana
 "Citado como testigo
 "Por boca de Inés de Vargas:
 "¿Juráis ser cierto que un día
 "A vuestras divinas plantas
 "Juró a Inés Diego Martínez
 "Por su mujer desposarla?"
 Asida a un brazo desnudo
 una mano atarazada
 Vino a posar en los autos
 La seca y hendida palma,
 Y allá en los aires, "¡Sí juro!"
 Clamó una voz más que humana.
 Alzó la turba medrosa

La vista a la imagen santa...
 Los labios tenía abiertos,
 Y una mano desclavada.

CONCLUSIÓN

Las vanidades del mundo
 Renunció allí mismo Inés,
 Y, espantado de sí propio,
 Diego de Vargas también.
 Los escribanos temblando
 Dieron de esta escena fe,
 Firmando como testigos
 Cuantos hubieron poder.
 Fundóse un aniversario
 Y una capilla con él,
 Y Don Pedro de Alarcón
 El altar ordenó hacer,
 Donde hasta el tiempo que corre,
 Y en cada año una vez,
 Con la mano desclavada
 El crucifijo se ve.

José Zorrilla.

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Resumen prosificado de la leyenda de Zorrilla.
- 3.º Hacer la descripción de un amanecer en el campo.

4.º Explicar las voces y locuciones más raras que aparezcan en los trozos literarios transcritos.

5.º Distinguir los infinitivos que hubiere en ambos modelos.

6.º Idem de los gerundios y participio.

7.º Ortografía de *c* y *q*.

8.º Distinguir la raíz, el tema y las desinencias en las siguientes formas verbales: *estuviera*, *dañaría*, *partiré*, *andábamos*, *señalemos*, *comeremos*.

9. Conjugar el verbo *recoger* en todos sus tiempos.

DEL VERBO (Continuación.)

VERBOS AUXILIARES "HABER" Y "SER"

Se llaman así porque auxilian o ayudan a la flexión verbal o conjugación, empleándose el verbo *haber* para la formación de los tiempos compuestos, y el verbo *ser* para la formación de la voz pasiva.

Conjugación del verbo HABER

Además de como *auxiliar*, puede usarse también como transitivo y unipersonal. Su conjugación completa es como sigue:

<i>Infinitivo, presente</i>	Haber
<i>Infinitivo, pretérito</i>	Haber habido
<i>Infinitivo, futuro</i>	Haber de haber
<i>Gerundio simple</i>	Habiendo
<i>Gerundio compuesto</i>	Habiendo habido
<i>Participio activo</i>	Habiente
<i>Participio pasivo</i>	Habido

MODO INDICATIVO

Presente

Yo he	Nosotros hemos o habemos
Tú has	Vosotros habéis
El ha	Ellos han

Pretérito imperfecto

Yo había	Nosotros habíamos
Tú habías	Vosotros habíais
El había	Ellos habían

Pretérito indefinido

Yo hube	Nosotros hubimos
Tú hubiste	Vosotros hubisteis
El hubo	Ellos hubieron

Pretérito perfecto

Yo he habido	Nosotros hemos habido
Tú has habido	Vosotros habéis habido
El ha habido	Ellos han habido

Pretérito anterior

Yo hube habido	Nosotros hubimos habido
Tú hubiste habido	Vosotros hubisteis habido
El hubo habido	Ellos hubieron habido

Pretérito pluscuamperfecto

Yo había habido	Nosotros habíamos habido
Tú habías habido	Vosotros habíais habido
El había habido	Ellos habían habido

Futuro imperfecto

Yo habré	Nosotros habremos
Tú habrás	Vosotros habréis
El habrá	Ellos habrán

Futuro perfecto

Yo habré habido	Nosotros habremos habido
Tú habrás habido	Vosotros habréis habido
El habrá habido	Ellos habrán habido

MODO CONDICIONAL O POTENCIAL

Simple

Yo habría	Nosotros habríamos
Tú habrías	Vosotros habrías
El habría	Ellos habrían

Compuesto

Yo habría habido	Nosotros habríamos habido
Tú habrías habido	Vosotros habrías habido
El habría habido	Ellos habrían habido

MODO IMPERATIVO

Presente

He tú	Habed vosotros
-------	----------------

MODO SUBJUNTIVO

Presente

Yo haya	Nosotros hayamos
Tú hayas	Vosotros hayáis
El haya	Ellos hayan

Pretérito imperfecto

Yo hubiera o hubiese
Tú hubieras o hubieses
El hubiera o hubiese
Nosotros hubiéramos o hubiésemos
Vosotros hubierais o hubieseis
Ellos hubieran o hubiesen

Pretérito perfecto

Yo haya habido	Nosotros hayamos habido
Tú hayas habido	Vosotros hayáis habido
El haya habido	Ellos hayan habido

Pretérito pluscuamperfecto

Yo hubiera o hubiese habido
 Tú hubieras o hubieses habido
 El hubiera o hubiese habido
 Nosotros hubiéramos o hubiésemos habido
 Vosotros hubierais o hubieseis habido
 Ellos hubieran o hubiesen habido

Futuro imperfecto

Yo hubiere Nosotros hubiéremos
 Tú hubieres Vosotros hubiereis
 El hubiere Ellos hubieren

Futuro perfecto

Yo hubiere habido
 Tú hubieres habido
 El hubiere habido
 Nosotros hubiéremos habido
 Vosotros hubiereis habido
 Ellos hubieren habido

Conjugación del verbo SER

<i>Infinitivo, presente</i>	Ser
<i>Infinitivo, pretérito</i>	Haber sido
<i>Infinitivo, futuro</i>	Haber de ser
<i>Participio pasado</i>	Sido
<i>Participio de presente</i>	Carece (o ente)
<i>Gerundio simple</i>	Siendo
<i>Gerundio compuesto</i>	Habiendo sido

MODO INDICATIVO

Presente

Yo soy	Nosotros somos
Tú eres	Vosotros sois
El es	Ellos son

Pretérito imperfecto

Yo era	Nosotros éramos
Tú eras	Vosotros erais
El era	Ellos eran

Pretérito indefinido

Yo fui	Nosotros fuimos
Tú fuiste	Vosotros fuisteis
El fué	Ellos fueron

Pretérito perfecto

Yo he sido	Nosotros hemos sido
Tú has sido	Vosotros habéis sido
El ha sido	Ellos han sido

Pretérito anterior

Yo hube sido	Nosotros hubimos sido
Tú hubiste sido	Vosotros hubisteis sido
El hubo sido	Ellos hubieron sido

Pretérito pluscuamperfecto

Yo había sido	Nosotros habíamos sido
Tú habías sido	Vosotros habíais sido
El había sido	Ellos habían sido

Futuro imperfecto

Yo seré	Nosotros seremos
Tú serás	Vosotros seréis
El será	Ellos serán

Futuro perfecto

Yo habré sido	Nosotros habremos sido
Tú habrás sido	Vosotros habréis sido
El habrá sido	Ellos habrán sido

CONDICIONAL

Simple

Yo sería	Nosotros seríamos
Tú serías	Vosotros seríais
El sería	Ellos serían

Compuesto

Yo habría sido	Nosotros habríamos sido
Tú habrías sido	Vosotros habríais sido
El habría sido	Ellos habrían sido

MODO IMPERATIVO

Presente

Sé tú	Sed vosotros
-------	--------------

MODO SUBJUNTIVO

Presente

Yo sea	Nosotros seamos
Tú seas	Vosotros seáis
El sea	Ellos sean

Pretérito imperfecto

Yo fuera o fuese
Tú fueras o fueses
El fuera o fuese
Nosotros fuéramos o fuésemos
Vosotros fuerais o fueseis
Ellos fueran o fuesen

Pretérito perfecto

Yo haya sido	Nosotros hayamos sido
Tú hayas sido	Vosotros hayáis sido
El haya sido	Ellos hayan sido

Pretérito pluscuamperfecto

Yo hubiera o hubiese sido
Tú hubieras o hubieses sido
El hubiera o hubiese sido
Nosotros hubiéramos o hubiésemos sido
Vosotros hubierais o hubieseis sido
Ellos hubieran o hubiesen sido

Futuro imperfecto

Yo fuere	Nosotros fuéremos
Tú fueres	Vosotros fuereis
El fuere	Ellos fueren

Futuro perfecto

Yo hubiere sido
Tú hubieres sido
El hubiere sido
Nosotros hubiéremos sido
Vosotros hubiereis sido
Ellos hubieren sido

MODELOS LITERARIOS

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

LA CAPERUZA

Vivía ya entonces en el piso segundo y tenía por vecino en el primero a don Andrés García, fiscal de profesión, figura arrogante, con muchas canas en la barba, el más buen mozo de cuantos vestían toga con vuelillos en la Audiencia; un hombre, en fin, que realizaba en su físico ese ideal de la justicia majestuosa e imponente.

Todas las tardes, al bajar la escalera, oía los mismos gritos a través de la puerta: "¡Pilín...! ¡Vida mía...! ¡Rey de los pillos...! ¡Ven aquí, príncipe de Asturias...!"

Era la familia que se entregaba en cuerpo y alma al cultivo de su ídolo. El fiscal, que acababa de llegar, hambriento, anonadado por sus derroches de elocuencia, que enviaban gente a presidio, abrazaba a su mujer, y ambos reían y gritaban como unos locos en torno de la niñera, que mantenía en sus brazos al tirano de la casa, al único señor, a Pilín, un granuja que apenas tenía un año, y a quien bastaba un leve grito para que sus padres palidiesen de inquietud y las criadas corriesen

aturdidas, no sabiendo cómo cumplir a un tiempo tantas órdenes contradictorias.

¡Vaya un matrimonio especial! La mujer era casi una niña, una señorita algo boba, que aún no había salido de su asombro al verse madre. Miraba a su marido con respeto: era tímida, de carácter dúctil, y como sucede siempre en los matrimonios desiguales por la edad, donde la amistad suple al amor, don Andrés era padre y esposo a un tiempo, cuidando tanto de la madre como del niño.

Lo único que sacaba de su apatía característica a la joven señora era el pequeñín, juguete raro al que amaba con pasión inextinguible, y que no se parecía a ninguno de los que formaban sus delicias cinco o seis años antes...

Por la mañana, cuando el señor estaba en la Audiencia salvando a la sociedad a fuerza de oratoria indignada, la mamá se entretenía con Pilín, dando rienda suelta a sus aficiones de colegiala traviesa, que la maternidad no había extinguido. Madre e hijo tenían moralmente la misma edad. Pilín pataleaba como un gatito panza arriba sobre la alfombra del salón, mostrando sus rosadas desnudeces, lanzando aulliditos a falta de palabras, diciendo sin duda, en el misterioso lenguaje de la lactancia, que su mamá era una loca; y ella, ajando sus vestidos lujosos, que se llevaban la mitad de la paga del fiscal, moviendo grotescamente su linda cabecita despeinada, andaba a gatas en torno del bebé, hacía el perro para asustarle, y si sus

gracias arrancaban una risita al mimado "príncipe de Asturias", entonces llegaba a la demencia de su borrachera cariñosa, se arrojaba sobre él, le agarraba la cabezota enorme cubierta de pelillos rubios, su "bola de oro", según ella decía, y cuando Pilín gimoteaba, próximo a la sofocación, la caricia bajaba, tibia, cariñosa, y la infantil señora, con tanta unción como si adorase la Santa Faz, besuqueaba furiosa las nalgas de rosa del muñeco, con esa fuerza de estómago que sólo tienen las madres.

¿Y él...? Estaba sublimemente ridículo en la adoración de aquel monigote que le llegaba a los cuarenta y cinco bien cumplidos. La mamá y el niño salían a recibirle en la escalera y los vecinos veíamos cómo después de comerse a besos a Pilín se lo echaba al hombro y se metía dentro andando con majestad, como un San Cristóbal, con chistera y lentes. Y pensar que por debajo del bigote aún le revoloteaba "la vindicta pública, la espada vengadora de la ley, la acusación justa"..., todas aquellas frases con que regalaba veinte años de presidio al primero que caía bajo su mirada iracunda de acusador...!

Las noches eran terribles para don Andrés. Los pisos de cartón y tabiques de papel que fabrica la moderna arquitectura nos permitían a los vecinos oír sus paseos desesperados, las cancioncillas a media voz con que intentaba aplacar a aquel granuja que llevaba en brazo, sonriente de día, pero mal-

humorado de noche, y con el especial gusto de que nadie durmiera en la casa. ¡Pobre don Andrés! Recordando murmuraciones de las criadas, me lo imaginaba dando vueltas por el salón, en camisa, las piernas desnudas, los pies en pantuflos, y a pesar de todo grave y digno, luciendo su barba de apóstol y los brillantes lentes con la misma majestad que cuando, cruzándose la toga sobre el pecho, se sentaba en el terrible banco. Y en vez de reírme, infundíame respeto la santa paciencia de aquel hombre que se veía padre cuando ya caminaba a la vejez, y que para aplacar al energúmeno que llevaba en brazos pasaba la noche cantando cancioncillas con voz de falsete y recordando las óperas oídas cuando estudiante, mientras la señora roncaba cara a la pared...

De Cuentos Valencianos.

LAS DOS GRANDEZAS

Uno altivo, otro sin ley,
así dos hablando están;

—Yo soy Alejandro, el Rey.

—Yo soy Diógenes, el can.

—Vengo a hacerte más honrada
tu vida de caracol.

—¿Qué quieres de mí? —Yo, nada.

Que no me quites el sol.

—Mi poder es... —Asombroso,
 Pero a mí nada me asombra.
 —Yo puedo hacerte dichoso.
 —Lo sé; no haciéndome sombra.
 —Tendrás riquezas sin tasa,
 un palacio y un dosel.
 —¿Y para qué quiero casa
 más grande que este tonel?
 —Mantos reales gastarás
 de oro y seda.—¡Nada, nada!
 ¿No ves que me abriga más
 esta capa remendada?
 —Ricos manjares devoro.
 —Yo con pan duro me allano.
 —Bebo el Chipre en copas de oro
 —Yo bebo el agua en la mano.
 —Mandaré cuanto tú mandes
 —¡Vanidad de cosas vanas!
 —¿Y a unas miserias tan grandes
 las llamáis dichas humanas?
 —Mi poder, a cuantos gimen
 va con gloria a socorrer.
 —¡La gloria! capa del crimen.
 Crimen sin capa ¡el poder!
 —Toda la tierra, iracundo,
 tengo postrada ante mí.
 —¿Y eres el amo del mundo
 no siendo dueño de ti?
 —Yo sé que, del orbe dueño,
 seré del mundo el dichoso.

—Yo sé que tu último sueño
 será tu primer reposo.
 —Yo impongo a mi arbitrio leyes.
 —¿Tanto de injusto blasonas?
 —Llevo vencidos cien reyes
 —¡Buen bandido de coronas!
 —Vivir podré aborrecido,
 mas no moriré olvidado.
 —Viviré desconocido,
 mas nunca moriré odiado.
 —¡Adiós, pues, romper no puedo
 de tu cinismo el crisol!
 —¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo
 pues no me quitas el sol!
 Y al partir, con mutuo agravio,
 uno altivo, otro implacable,
 ¡miserable!, dice el sabio
 y el rey dice: ¡miserable!

Ramón de Campoamor

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Resumen del fragmento en prosa, haciendo resaltar el sacrificio de los padres para con los hijos.
- 3.º Transcripción en prosa de la poesía de Campoamor.

4.º Evocación histórica de Alejandro Magno y de sus famosas conquistas, siempre que el alumno las conozca.

5.º Explicación de las frases o giros más difíciles que aparezcan en los trozos reseñados.

6.º Distínganse los verbos auxiliares, especificando sus accidentes verbales y la función que realizan.

7.º Ortografía de la *s* y la *x* con demostraciones prácticas.

8.º Conjugación del verbo *referir* en todos sus tiempos.

DEL VERBO (Continuación)

VERBOS REGULARES

En español existen tres conjugaciones regulares según que el infinitivo termine, respectivamente, en *ar* para la primera como *amar*; en *er* para la segunda, como *temer* y en *ir* para la tercera, como *partir*.

Pero si nos fijamos un poco en las dos últimas conjugaciones, veremos que coinciden en todo, a excepción del infinitivo, de las personas *nosotros* y *vosotros* del presente de indicativo que hace *tenemos-partimos* y *tenéis-partís*; y de la persona *vosotros* del imperativo *temed-partid*. En todos los demás tiempos y personas la conjugación

es idéntica, de suerte que puede decirse que sólo existen dos conjugaciones: la primera o de verbos terminados en *er* como *amar* y la segunda o de verbos terminados en *er* o en *ir* como *temer*, *partir*.

Véase el paradigma de dichas tres conjugaciones.

Primera conjugación regular. Modelo AMAR

<i>Infinitivo presente</i>	Amar
<i>Infinitivo pretérito</i>	Haber amado
<i>Infinitivo futuro</i>	Haber de amar
<i>Gerundio simple</i>	Amando
<i>Gerundio compuesto</i>	Habiendo amado
<i>Participio de presente</i>	Amante
<i>Participio pasado</i>	Amado

MODO INDICATIVO

Presente

Yo amo	Nosotros amamos
Tú amas	Vosotros amáis
El ama	Ellos aman

Pretérito imperfecto

Yo amaba	Nosotros amábamos
Tú amabas	Vosotros amabais
El amaba	Ellos amaban

Pretérito indefinido

Yo amé	Nosotros amamos
Tú amaste	Vosotros amasteis
El amó	Ellos amaron

Pretérito perfecto

Yo he amado	Nosotros hemos amado
Tú has amado	Vosotros habéis amado
El ha amado	Ellos han amado

Pretérito anterior

Yo hube amado	Nosotros hubimos amado
Tú hubiste amado	Vosotros hubisteis amado
El hubo amado	Ellos hubieron amado

Pretérito pluscuamperfecto

Yo había amado	Nosotros habíamos amado
Tú habías amado	Vosotros habíais amado
El había amado	Ellos habían amado

Futuro imperfecto

Yo amaré	Nosotros amaremos
Tú amarás	Vosotros amaréis
El amará	Ellos amarán

Futuro perfecto

Yo habré amado	Nosotros habremos amado
Tú habrás amado	Vosotros habréis amado
El habrá amado	Ellos habrán amado

MODO CONDICIONAL O POTENCIAL

Simple

Yo amaría	Nosotros amaríamos
Tú amarías	Vosotros amaríais
El amaría	Ellos amarían

Compuesto

Yo habría amado	Nosotros habríamos amado
Tú habrías amado	Vosotros habríais amado
El habría amado	Ellos habrían amado

MODO IMPERATIVO

Presente

Ama tú	Amad vosotros
--------	---------------

MODO SUBJUNTIVO

Presente

Yo ame	Nosotros amemos
Tú ames	Vosotros améis
El ame	Ellos amen

Pretérito imperfecto

Yo amara o amase
Tú amaras o amases
El amara o amase
Nosotros amáramos o amásemos
Vosotros amarais o amaseis
Ellos amaran o amasen

Pretérito perfecto

Yo haya amado	Nosotros hayamos amado
Tú hayas amado	Vosotros hayáis amado
El haya amado	Ellos hayan amado

Pretérito pluscuamperfecto

Nosotros hubiéramos o hubiésemos amado
Yo hubiera o hubiese amado
Tú hubieras o hubieses amado
El hubiera o hubiese amado
Vosotros hubierais o hubieseis amado
Ellos hubieran o hubiesen amado

Segunda y tercera conjugación (tiempos simples)*Modelos TEMER y PARTIR**Presente*

<i>Infinitivo</i>	Tem-er, Part-ir
<i>Gerundio</i>	Tem-iendo, Part-iendo
<i>Participio activo</i>	Tem-iente, Part-iente
<i>Participio pasivo</i>	Tem-ido, Part-ido

MODO INDICATIVO

Presente

Yo tem-o	Yo part-o
Tú tem-es	Tú part-es
El tem-e	El part-e
Nosotros tem-emos	Nosotros part-imos
Vosotros tem-éis	Vosotros part-ís
Ellos tem-en	Ellos part-en

Pretérito imperfecto

Yo tem-ía	Yo part-ía
Tú tem-ías	Tú part-ías
El tem-ía	El part-ía
Nosotros tem-íamos	Nosotros part-íamos
Vosotros tem-íais	Vosotros part-íais
Ellos tem-ían	Ellos part-ían

Pretérito indefinido

Yo tem-í	Yo part-í
Tú tem-iste	Tú part-iste
El tem-ió	El part-ió
Nosotros tem-imos	Nosotros part-imos
Vosotros tem-isteis	Vosotros part-íeis
Ellos tem-ieron	Ellos part-ieron

Futuro imperfecto

Yo temer-é	Yo part-ir-é
Tú temer-ás	Tú part-ir-ás
El temer-á	El part-ir-á
Nosotros temer-emos	Nosotros part-ir-emos
Vosotros temer-éis	Vosotros part-ir-éis
Ellos temer-án	Ellos part-ir-án

MODO CONDICIONAL O POTENCIAL

Simple

Yo temer-ía	Yo part-ir-ía
Tú temer-ías	Tú part-ir-ías
El temer-ía	El part-ir-ía
Nosotros temer-íamos	Nosotros part-ir-íamos
Vosotros temer-íais	Vosotros part-ir-íais
Ellos temer-ían	Ellos part-ir-ían

MODO IMPERATIVO

Presente

Tem-e (tú)	Part-e (tú)
Tem-ed (vosotros)	Part-id (vosotros)

MODO SUBJUNTIVO

Presente

Yo tem-a	Yo part-a
Tú tem-as	Tú part-as
El tem-a	El part-a
Nosotros tem-amos	Nosotros part-amos
Vosotros tem-áis	Vosotros part-áis
Ellos tem-an	Ellos part-an

Pretérito imperfecto

Yo tem-iera o tem-iese
Tú tem-ieras o tem-ieses
El tem-iera o tem-iese
Nosotros tem-iéramos o tem-iésemos
Vosotros tem-ierais o tem-ieseis
Ellos tem-ieran o tem-iesen
Yo part-iera o part-iese
Tú part-ieras o part-ieses
El part-iera o part-iese
Nosotros part-iéramos o part-iésemos
Vosotros tem-ierais o tem-ieseis
Ellos part-ieran o part-iesen

Futuro imperfecto

Yo tem-iere	Yo part-iere
Tú tem-ieras	Tú part-ieras
El tem-iere	El part-iere
Nosotros tem-iéremos	Nosotros part-iéremos
Vosotros tem-iéreis	Vosotros part-ieréis
Ellos tem-ieren	Ellos part-ieren

MODELOS LITERARIOS

P. LUIS COLOMA

LAS DOS MADRES

Había un condesito bueno como un ángel y noble como un rey, que era el orgullo y la esperanza de sus padres. Una educación brillante había perfeccionado los sentimientos de su corazón y las ideas de su mente, como perfecciona un barniz precioso los ricos tallados de una moldura. Háblale inculcado su piadosa madre una profunda devoción a la Virgen Santísima, cuyo escapulario traía siempre consigo. Llevábale, cuando niño, ante un altar de la Purísima y le enseñaba a invocarla con el dulce nombre de Madre.

Así fué que el amor de esta Madre del cielo y el de su madre de la tierra crecieron juntos en el corazón del niño, unidos y enlazados como dos ángeles de salvación que hubieran de salvar al

mismo navío. Profesaba a la Virgen aquel amor tierno y confiado que le inspiraba su madre: amaba a ésta con aquel respeto y veneración santa que infundía en su corazón de niño la imagen de María.

Pasó la niñez con su inocencia y llegó la juventud con sus devaneos. El joven conde se separó de su madre para ir agregado a una embajada, a una corte extranjera. Su corazón, abierto como una rosa a todos los impulsos de la brisa, de nada desconfiaba: poco a poco trastornó su cabeza la lisonja y corrompieron su corazón el ocio y la opulencia.

Una a una se ajaron entonces sus creencias, y uno a uno se marchitaron sus sentimientos, como una a una caen también las hojas del azahar, perdidas ya su fragancia y su blancura. Sólo quedó en su corazón el recuerdo de su madre y el recuerdo de María, como queda en el fondo de la cala el lastre que salva a la nave del naufragio. Arrodillábase todas las noches junto a su lecho al tiempo de acostarse, y rezaba tres Avemarías a la Virgen Santísima, acabando con esta popular oración, que entre besos y caricias le había enseñado su madre:

Bendita sea tu pureza
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tu graciosa belleza.
A tí, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,

yo te ofrezco en este día
alma, vida y corazón;
mírame con compasión,
no me dejes, ¡Madre mía!

—No me dejes, ¡Madre mía!—repetía siempre al dormirse el infeliz conde; y una pena amarga y una angustia tristísima nacía entonces en su corazón y crecía y subía en él, como en las mareas del mar las olas amargas. ¡Era el remordimiento!

Mas al día siguiente volvía a sus devaneos, deslizábase sin sentir por esa resbaladiza pendiente que del vicio conduce a la degradación, y de la degradación al crimen. Un día marchó a una gran partida de caza, acompañado por un amigo infame que le había perdido: sorprendióles en el campo una tempestad horrible, y hubieron de guarecerse en una venta. Acostóse el compañero rendido por el cansancio, y el conde le imitó, después de rezar con más vergüenza y amargura que nunca su cotidiana oración a la Virgen.

Parecióle, a poco, que veía entre sueños el tribunal terrible en que juzga Jesucristo las almas de los muertos. Una acababa de ser condenada, y era la de su amigo. Vió entonces cómo era la suya conducida por la conciencia al pie del tribunal supremo: vió también a su madre que, postrada ante el juez divino, pedía misericordia para el hijo de sus entrañas.

Arrojó Luzbel, sonriendo, en la balanza eterna

innumerables pecados del conde, y el platillo bajó rápidamente hacia el abismo. Los ángeles se cubrieron el rostro con las alas; la madre lanzó un gemido de angustia; Luzbel, un grito de triunfo. El alma estaba perdida.

Apareció entonces María con doce estrellas por corona y la plateada luna a sus plantas. Postróse al lado de la condesa en ademán de súplica, y colocó en el lado opuesto de la balanza las tres Avemarías rezadas por el conde. Mas no por esto cedió el platillo fatal de las maldades, y siguió, con persistencia horrible, inclinado hacia el abismo.

Tomó entonces María las lágrimas que derramaba la condesa y las puso en el platillo de las buenas obras; mas éste permaneció inmutable. Los ángeles gimieron de nuevo: la infeliz madre se cubrió el rostro con las manos, perdida ya toda esperanza. Volvió entonces María hacia el Juez divino sus ojos purísimos, y dos lágrimas que de ellos se desprendieron fueron a unirse en el platillo salvador con el llanto de la madre y con la oración del hijo.

La balanza cedió al punto. Las lágrimas de sus dos madres salvaron el alma del hijo extraviado.

Un trueno horrible despertó entonces al conde. A dos pasos de su lecho vió inerte en el suyo y carbonizado por un rayo el cadáver de su amigo.

De los Cuentos para niños.

A ORILLAS DEL DUERO

Mediaba el mes de Julio. Era un hermoso día. Yo, solo, por las quiebras del pedregal subía, buscando los recodos de sombra, lentamente. A trechos me paraba para enjugar mi frente y dar algún respiro al pecho jadeante; o bien, ahincando el paso, el cuerpo hacia adelante y hacia la mano diestra vencido y apoyado en un bastón, a guisa de pastoril cayado, trepaba por los cerros que habitan las rapaces aves de altura, hollando las hierbas montaraces de fuerte olor—romero, tomillo, salvia, espliego— Sobre los agrios campos caía un sol de fuego.

Un buitre de anchas alas con majestuoso vuelo cruzaba solitario el puro azul del cielo. Yo divisaba lejos un monte alto y agudo, y una redonda loma cual recañado escudo, y cárdenos alcores sobre la parda tierra—harapos esparcidos de un viejo arnés de guerra— las serrezuelas calvas por donde tuerce el Duero para formar la corva ballesta de un arquero en torno a Soria—Soria es una barbacana hacia Aragón que tiene la torre castellana—. Veía el horizonte cerrado por colinas oscuras, coronadas de robles y de encinas; desnudos peñascales, algún humilde prado donde el merino paca y el toro arrodillado sobre la hierba rumia, las márgenes del río lucir sus verdes álamos al claro sol de estío,

y silenciosamente, lejanos pasajeros,
¡tan diminutos!—carros, jinetes y arrieros—,
cruzar el largo puente y bajo las arcadas
de piedra ensombrecerse las aguas plateadas
del Duero.

El Duero cruza el corazón de roble
de Iberia y de Castilla.

¡Oh, tierra triste y noble,
la de los altos llanos y yermos y roquedas,
de campos sin arados, regatos ni arboledas;
decrépitadas ciudades, caminos sin mesones,
y atónitos palurdos sin danzas ni canciones
que aún van, abandonando el mortecino hogar,
como tus largos ríos, Castilla, hacia el mar!

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus andrajos desprecia cuanto ignora.
¿Espera, duerme o sueña? ¿La sangre derramada
recuerda, cuando tuvo la fiebre de la espada?
Todo se mueve, fluye, discurre, corre o gira;
cambian la mar y el monte y el ojo que los mira.
¿Pasó? Sobre sus campos aún el fantasma v.rrr
de un pueblo que ponía a Dios sobre la guerra.

La madre en otro tiempo fecunda en capitanes
madrasta es hoy apenas de humildes ganapanes.
Castilla no es aquella tan generosa un día
cuando Mio Cid Rodrigo el de Vivar volvía,
ufano de su nueva fortuna y su opulencia,
a regalar a Alfonso los huertos de Valencia;
o que, tras la aventura que acreditó sus bríos,
pedía la conquista de los inmensos ríos

indianos a la corte, la madre de soldados
guerreros y adalides que han de tornar cargados
de plata y oro a España en regios galeones,
para la presa cuervos, para la lid leones.
Filósofos nutridos de sopa de convento
contemplan impasibles el amplio firmamento;
y si les llega en sueños, como un rumor distante,
clamor de mercaderes de muelles de levante,
no acudirán siquiera a preguntar ¿qué pasa?
Y ya la guerra ha abierto las puertas de su casa.

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos desprecia cuanto ignora.

El sol va declinando. De la ciudad lejana
me llega un armonioso tañido de campana
—ya irán a su rosario las enlutadas viejas—.
De entre las peñas salen dos lindas comadreas;
me miran y se alejan, huyendo, y aparecen
de nuevo, ¡tan curiosas...! Los campos se oscurecen.
Hacia el camino blanco está el mesón abierto
al campo ensombrecido y al pedregal desierto.

ANTONIO MACHADO.

(De *Campos de Castilla*.)

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Resumen del cuento del P. Coloma.

3.º Transcripción histórica de las hazañas del Cid.

5.º Señalar los infinitivos que se hallen en ambos trozos.

6.º Indicar todas las formas del modo subjuntivo que se encuentren en los modelos literarios.

7.º Explicación de las palabras o frases más difíciles que se hallen en ambos trozos.

8.º Ortografía de la *h*. Señalar las palabras en que aparece dicha letra como inicial o medial.

9.º Conjugación del verbo *cruzar* en los tiempos simples.

DEL VERBO (Continuación)

Desinencias de los tiempos simples en las conjugaciones españolas

<i>Infinitivos</i>	-ar	-er	-ir
<i>Gerundios</i>	-ando	-iendo	-iendo
<i>Participio activo</i>	-ante	-iente	-iente
<i>Participio pasivo</i>	-ado	-ido	-ido

MODO INDICATIVO

Presente

-o	-o	-o
-as	-es	-es
-a	-e	-e
-amos	-emos	-imos
-ais	-éis	-ís
-an	-en	-en

Pretérito imperfecto

-aba	-ía	-ía
-abas	-ías	-ías
-aba	-ía	-ía
-ábamos	-íamos	-íamos
-ábais	-íais	-íais
-aban	-ían	-ían

Pretérito indefinido

-é	-í	-í
-aste	-iste	-iste
-ó	-ió	-ió
-amos	-imos	-imos
-asteis	-isteis	-isteis
-aron	-ieron	-ieron

Futuro imperfecto

-é	-é	-é
-as	-ás	-ás
-á	-á	-á
-emos	-emos	-emos
-éis	-éis	-éis
-án	-án	-án

Condicional simple

-ía	-ía	-ía
-ías	-ías	-ías
-ía	-ía	-ía
-íamos	-íamos	-íamos
-íais	-íais	-íais
-ían	-ían	-ían

MODO IMPERATIVO

Presente

-a	-e	-e
-ad	-ed	-id

MODO SUBJUNTIVO

Presente

-e	-a	-a
-es	-as	-as
-e	-a	-a
-emos	-amos	-amos
-éis	-áis	-áis
-en	-an	-an

Pretérito imperfecto (primera forma)

-ara	-iera	-iera
-aras	-ieras	-ieras
-ara	-iera	-iera
-áramos	-iéramos	-iéramos
-árais	-iérais	-iérais
-aran	-ieran	-ieran

Pretérito imperfecto (segunda forma)

-ase	-iese	-iese
-ases	-ieses	-ieses
-ase	-iese	-iese
-ásemos	-iésemos	-iésemos
-áseis	-iéseis	-iéseis
-asen	-iesen	-iesen

Futuro imperfecto

-are	-iere	-iere
-ares	-ieres	-ieres
-are	-iere	-iere
-áremos	-iéremos	-iéremos
-áreis	-iéreis	-iéreis
-aren	-ieren	-ieren

Basta observar el anterior cuadro de desinencias de los tiempos simples para ver que coinciden casi todas en los verbos de la segunda y tercera conjugación, salvo en tres personas: las dos primeras del plural del presente de indicativo y la persona vosotros del imperativo. Por eso la conjugación regular española es sumamente fácil.

TIEMPOS COMPUESTOS

Hasta ahora hemos estudiado la derivación castellana de los tiempos simples. Tenemos que estudiar también los compuestos o perifrásticos, que se forman con el auxiliar *haber* y el participio pasado del verbo que se conjuga.

Los tiempos compuestos del verbo español son los siguientes.

En el *modo indicativo*, el pretérito perfecto o definido, el pretérito anterior, el pluscuamperfecto y el futuro perfecto.

En el *condicional*, el compuesto.

Y en el *subjuntivo*, el pretérito perfecto, el pretérito pluscuamperfecto y el futuro perfecto.

Por tanto, tendremos:

MODO INDICATIVO

Pretérito perfecto

Yo he amado, temido, partido

Tú has amado, temido, partido

El ha amado, temido, partido

Nosotros hemos amado, temido, partido

Vosotros habéis amado, temido, partido

Ellos han amado, temido, partido

Pretérito anterior

Yo hube amado, temido, partido

Tú hubiste amado, temido, partido

El hubo amado, temido, partido

Nosotros hubimos amado, temido, partido

Vosotros hubisteis amado, temido, partido

Ellos hubieron amado, temido, partido

Pretérito pluscuamperfecto

Yo había amado, temido, partido

Tú habías amado, temido, partido

El había amado, temido, partido

Nosotros habíamos amado, temido, partido

Vosotros habíais amado, temido, partido

Ellos habían amado, temido, partido

Futuro perfecto

Yo habré amado, temido, partido

Tú habrás amado, temido, partido

El habrá amado, temido, partido

Nosotros habremos amado, temido, partido

Vosotros habréis amado, temido, partido

Ellos habrán amado, temido, partido

Condicional compuesto

Yo habría amado, temido, partido

Tú habrías amado, temido, partido

El habría amado, temido, partido

Nosotros habríamos amado, temido, partido

Vosotros habrías amado, temido, partido

Ellos habrían amado, temido, partido

MODO SUBJUNTIVO

Pretérito perfecto

Yo haya amado, temido, partido

Tú hayas amado, temido, partido

El haya amado, temido, partido

Nosotros hayamos amado, temido, partido

Vosotros hayáis amado, temido, partido

Ellos hayan amado, temido, partido

Pretérito pluscuamperfecto

Yo hubiera o hubiese amado, temido, partido

Tú hubieras o hubieses amado, temido, partido

El hubiera o hubiese amado, temido, partido

Nosotros hubiéramos o hubiésemos amado, temido,
partido

Vosotros hubierais o hubieseis amado, temido, par-
tido

Ellos hubieran o hubiesen amado, temido, partido

Futuro perfecto

Yo hubiere amado, temido, partido

Tu hubieres amado, temido, partido

El hubiere amado, temido, partido

Nosotros hubiéremos amado, temido, partido

Vosotros hubiereis amado, temido, partido

Ellos hubieren amado, temido, partido

INFINITIVO

Pretérito Haber amado, temido, partido

Futuro Haber de amar, temer, partir

Gerundio comp.^o Habiendo amado, temido, partido

Ger. de futuro Habiendo de amar, temer, partir

Existe además la conjugación llamada por algunos gramáticos *perifrástica* o de futuro, porque se forma con el auxiliar *haber* y el infinitivo precedido de la preposición *de*. Así, el presente de indicativo del verbo *amar*, en esta conjugación, sería: *Yo he de amar, tú has de amar*, etc.; el pretérito imperfecto: *yo había de amar, tú habías de amar*, etc., y así sucesivamente.

MODELOS LITERARIOS

LUIS MALDONADO

EL TÍO CLAMORES

Era el tío *Clamores* un hombre verdaderamente extraordinario y capaz de llamar la atención, no sólo de sus paisanos, sino de toda España. Lo de menos era el que apalease las onzas, aunque de estos malos tratos que daba a su dinero todo el mundo tenía noticia; lo de más era el ruido de sus "haciendas", porque en este bendito campo de Salamanca, donde Dios ha derramado el garbo y la largueza, se estima el *dulún-dulún* de los zumbos y cencerrillos, el sonar de las espuelas y el *táca-táca* de la airosa marcha castellana, más que el estrépito de una catarata de monedas de cinco duros.

No quiere esto decir que el charro tenga en poco los dineros, sino que sabe que oro es lo que oro vale, y vale más, como dijo el pastor, la lluvia menuda de un día de mayo, que todo el inmenso tesoro que le mostraban reunido en los sótanos del Banco.

¡Y qué tesoros el de una buena y variada ganadería como la del tío *Clamores*! Allá en Extremadura la baja, cerca de la Serena, en las fértiles

dehesas que riega el Guadiana, las marinas cargadas hasta las pezuñas de lana finísima como la seda; la cercanía de *Pedrahita*, en unos campos *tendíos* al *meodía*, más calientes que solana de comadres, las vacas *parías*, con la rastra de becerrillos que triscan arqueando el lomo entre los carrascos del vaquerío; más acá, en tierra de Alba, el *ganao* machorro y los novillos, cuyos ocios convierten en campo de Agramante las extensas riberas en que pacen; y aquí en el *reñón* de la charrería, la casa solera, alrededor de la cual verdeguea la guadaña, en cuyas altas mieses se entofian veinte pa-rejas de *gües* de trabajo y otros tantos holgones, que no los hay mas *lúcios* y galanes en diez leguas a la *reonda*. Y no digamos los innumerables cochinos que hozan en los majadales buscando criadillas y cebollinos; y las cabras que saltan por las cercas y desgajan ramones de las encinas; ni el averío que cloquea al abrigo del hastial grande de la casa; ni—lo mejor es siempre lo postrero—la docenita de yeguas de vientre, mas cerriles que palomas torcaces, que, al ver gente, huyen sonando sus arrapeas, y las jacas de fatiga, que libres de trabas, abrevan en la charca cercana. mientras las urracas o maricas las espulgan a picotazos, campando libremente sobre sus lomos.

¡Y cómo gobernaba el tío *Clamores* todas estas haciendas! A quien no estuviera en el secreto de su vida, no le alcanzaba, sino atribuyéndolo al don de ubicuidad, que en época en que no ha-

bía carreteras, ni trenes, ni telégrafos, aquel hombre atendiese a todo y estuviese en todas partes. y cuidase una a una de sus reses con el esmero del más humilde piojarero.

Pero el tío *Clamores* tenía un secreto, que con decirlo a voces continuaba gozándolo él sólo, porque nadie se consideraba con voluntad suficiente para privarle de la exclusiva. Tal secreto, que hizo grande a Napoleón, estaba encerrado en este sencillo aforismo: "Entre el día y la noche no hay *paredes*".

Y en verdad que no la había para el tío *Clamores*; su caballo dormía cuando él echaba pie a tierra; él dormía sobre su caballo en marcha, y con este trueque de sueños se establecía entre ambos una compensación, gracias a la cual se resolvía el problema del movimiento continuo.

Así se comprende que el tío *Clamores* estuviese hoy aquí, mañana en Extremadura y pasados tres días en León, y tuviese a los ganaderos siempre en jaque y sobre aviso, seguros de la vigilancia del amo y temerosos de sus duras reprimendas. Hasta los perros, criados y educados por él, antes de enviarlos a las majadas, ayudaban a aquél hombre incansable, no denunciando su presencia a los ganaderos cuando, atravesando matorrales, llegaba de noche a los chozos o casetas.

De sus *Cuentos*

EL AMA

Yo aprendí en el hogar en que se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fuí como mi padre, y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquélla!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda,
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!

Una sencilla labradora, humilde
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que ni pudo soñar ningún poeta .

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!
¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo,
donde está la virtud se compenetran!
Lavando en el regato cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...

¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hicieronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena,
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;

y cantaban también aquellos campos,
 los de las pardas onduladas cuevas,
 los de los mares de enceradas mieses,
 los de las mudas perspectivas serias,
 los de las castas soledades hondas,
 los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba
 en la solemne clásica grandeza
 que llenaba los ámbitos abiertos
 del cielo y de la tierra .

¡Qué plácido el ambiente,
 qué tranquilo el paisaje, qué serena
 la atmósfera azulada se extendía
 por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde
 meneaba, amorosa, la alameda,
 los zarzales floridos del cercado,
 los guindos de la vega,
 las mieses de la hoja,
 la copa verde de la encina vieja...

Monorrítmica música del llano,
 ¡qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina
 lloraba las tonadas de la tierra ,
 cargadas de dulzuras,
 cargadas de monótonas tristezas,
 y dentro del sentido
 caían las cadencias
 como doradas gotas
 de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;
 puro y sereno el pensamiento era;
 sosegado el sentir como las brisas;
 mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
 austeros los placeres,
 raigadas las creencias,
 sabroso el pan, reparador el sueño,
 fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma
 tenía de ser buena,
 y cómo se llenaba de ternura
 cuando Dios le día que lo era!

II

Pero bien se conoce
 que ya no vive ella;
 el corazón, la vida de la casa
 que alegraba el trajín de las tareas;
 la mano bienhechora
 que con las sales de enseñanzas buenas
 amasó tanto pan para los pobres
 que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
 se tiñó para siempre de tristeza!
 Ya no alegran los mozos la besana . . .
 con las dulces tonadas de la tierra
 que al paso perezoso de las yuntas
 ajustaban sus lánguidas cadencias .

Mudos de casa salen,
 mudos pasan el día en sus faenas,

tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos ,reunidos, el Rosario ,
sin decirnos por quién... pero es por ella.
Que aunque ya no su voz a orar nos llama,
su recuerdo querido nos congrega,
Y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.

¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!

¡Qué compasión me tienen mis criados
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y tuyas también eran!

Hasta el tosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,

si llevo a su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme: "Animo, amo;
haiga mucho valor y haiga pacencia..."

Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...

¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!

¡Que me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida
la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzuras
y llenaba los aires de cadencias!...

¡Por qué ya no la toca?
¡Por qué los campos su tañer no alegran?

Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba a una mozueta
de aquellas que trajinan en la casa,
¡por qué no ha vuelto a verla?
¡por qué no canta en los tranquilos valles?
¡por qué no silba con la misma fuerza?
¡por qué no quiere restallar la honda?
¡por qué está muda la habladora lengua,
que al amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?

"El ama era una santa..."
me dicen todos cuando me hablan de ella.

“¡Santa, santa!” me ha dicho
 el viejo señor cura de la aldea,
 aquél que le pedía
 las limosnas secretas
 que de tantos hogares ahuyentaban
 las hambres y los fríos y las penas.

Por eso los mendigos
 que llegan a la puerta,
 llorando se descubren
 ¡y un Padrenuestro por el *ama* rezan!

El velo del dolor me ha obscurecido
 la luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas
 en la visión serena
 de los espacios hondos,
 puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía
 mi del alma en la médula me entra
 la intensa melodía del silencio,
 que en la llanura quieta
 parece que descansa,
 parece que se acuesta

Será puro el ambiente, como antes,
 y la atmósfera azul será serena,
 y la brisa amorosa
 moverá con sus alas la alameda,
 los zarzales floridos,
 los guindos de la vega,
 las mieses de la hoja,
 la copa verde de la encina vieja...

Y mugirán los tristes becerrillos,
 lamentando el destete en la pradera;
 y la de alegres recentales dulces,
 tropa gentil, escalará la cuesta
 balando plañideros
 al pie de las dulcísimas ovejas;
 y cantará en el monte la abubilla,
 y en los aires la alondra mañanera
 seguirá derritiéndose en gorjeos,
 musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mundos
 seguirá su carrera
 monótona, inmutable,
 magnífica, serena...

Mas ¿qué me importa todo,
 si el vivir de los mundos no me alegra,
 ni el ambiente me baña en bienestares,
 ni las brisas a música me suenan,
 ni el cantar de los pájaros del monte
 estimula mi lengua,
 ni me mueve a ambición la perspectiva
 de la abundante próxima cosecha,
 ni el vigor de mis bueyes me envanece,
 ni el paso del caballo me recrea,
 ni me embriaga el olor de las majadas,
 ni con vértigos dulces me deleitan
 el perfume del heno que madura
 y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme
 la dulce poesía en que se impregnan

la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas.

Y ya mover no pueden
mi alma de poeta
ni las de Mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas
con cánticos de alondra y con efluvios
de rociadas frescas,
ni estos de otoño, atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja...
ni las noches románticas de Julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de la grandes ideas,
que a la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma
que resbala sobre ella
la dulce poesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!
¡Vuestra paz era imagen de mi vida,
oh, campos de mi tierra!
pero la vida se me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;

en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

.....
Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
"¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!"

JOSÉ M.^a GABRIEL Y GALÁN.

(De *Castellanas*.)

DEL VERBO (*Continuación*)

VOZ PASIVA

La forma sintética de la voz pasiva que existía en el verbo latino se perdió en el castellano y fué sustituida, así como en otras lenguas romances, por medio del auxiliar *ser* y el participio pasivo del verbo que se conjuga. Por ejemplo:

Conjugación de AMAR en la voz pasiva

<i>Infinivo, presente</i>	Ser amado
<i>Infinitivo, pretérito</i>	Haber sido amado
<i>Infinitivo, futuro</i>	Haber de ser amado
<i>Gerundio, presente</i>	Siendo amado
<i>Gerundio, pretérito</i>	Habiendo sido amado
<i>Gerundio, futuro</i>	Habiendo de ser amado
<i>Participio</i>	Sido amado

MODO INDICATIVO

Presente

Yo soy amado	Nosotros somos amados
Tú eres amado	Vosotros sois amados
El es amado	Ellos son amados

Pretérito imperfecto

Yo era amado	Nosotros éramos amados
Tú eras amado	Vosotros érais amados
El era amado	Ellos eran amados

Pretérito indefinido

Yo fui amado	Nosotros fuimos amados
Tú fuiste amado	Vosotros fuisteis amados
El fué amado	Ellos fueron amados

Pretérito perfecto

Yo he sido amado	Nosotros hemos sido amados
Tú has sido amado	Vosotros habéis sido amados
El ha sido amado	Ellos han sido amados

Pretérito anterior

Yo hube sido amado
Tú hubiste sido amado
El hubo sido amado
Nosotros hubimos sido amados
Vosotros hubisteis sido amados
Ellos hubieron sido amados

Pretérito pluscuamperfecto

Yo había sido amado
Tú habías sido amado

El había sido amado
Nosotros habíamos sido amados
Vosotros habíais sido amados
Ellos habían sido amados

Futuro imperfecto

Yo seré amado	Nosotros seremos amados
Tú serás amado	Vosotros seéis amados
El será amado	Ellos serán amados

Futuro perfecto

Yo habré sido amado
Tú habrás sido amado
El habrá sido amado
Nosotros habremos sido amados
Vosotros habréis sido amados
Ellos habrán sido amados

MODO CONDICIONAL

Presente

Yo sería amado	Nosotros seríamos amados
Tú serías amado	Vosotros seríais amados
El sería amado	Ellos serían amados

Pretérito

Yo habría sido amado
Tú habrías sido amado
El habría sido amado
Nosotros habríamos sido amados
Vosotros habríais sido amados
Ellos habrían sido amados

IMPERATIVO

Sé tú amado o sé amado tú
Sed amados vosotros o sed vosotros amados

MODO SUBJUNTIVO

Presente

Yo sea amado Nosotros seamos amados
Tú seas amado Vosotros seáis amados
Ei sea amado Ellos sean amados

Pretérito imperfecto

Yo fuera o fuese amado
Tú fueras o fueses amado
El fuera o fuese amado
Nosotros fuéramos o fuésemos amados
Vosotros fuerais o fueseis amados
Ellos fueran o fuesen amados

Pretérito perfecto

Yo haya sido amado
Tú hayas sido amado
El haya sido amado
Nosotros hayamos sido amados
Vosotros hayáis sido amados
Ellos hayan sido amados

Pretérito pluscuamperfecto

Yo hubiera o hubiese sido amado
Tú hubieras o hubieses sido amado
El hubiera o hubiese sido amado
Nosotros hubiéramos o hubiésemos sido amados
Vosotros hubierais o hubieseis sido amados
Ellos hubieran o hubiesen sido amados

Futuro imperfecto

Yo fuere amado Nosotros fuéremos amados
Tú fueres amado Vosotros fuéreis amados
El fuere amado Ellos fueren amados

Futuro perfecto

Yo hubiere sido amado
Tú hubieres sido amado
El hubiere sido amado
Nosotros hubiéremos sido amados
Vosotros hubiéreis sido amados
Ellos hubieren sido amados

DEL PARTICIPIO PASADO

Existen en español dos clases de participios pasados: unos llamados fuertes o *irregulares* y otros débiles o *regulares*. Los *fuertes* terminan en *so*, *cho* y *to* como de imprimir, *impreso*, de decir *dicho* y de romper, *roto*. Además hay en algunas regiones una forma sincopada del participio regular como *nublo* por *nublado*, *canso* por *canzado*.

Los *regulares* o débiles terminan en *ado* o en *ido*, según correspondan a verbos de la primera o de la segunda o tercera conjugación. Así, de amar *amado*, de temer *temido* y de partir *partido*. En castellano antiguo existían también participios en *udo* como *corrompudo* por *corrompido*, *tenudo* por *tenido*, etc.

La tendencia de la lengua española es a sustituir los participios fuertes por débiles, de ahí que

haya una serie de verbos que nos ofrecen doble participio, como *imprimir* que tiene *imprimido* e *impreso*; *benedicir* que hace *bendecido* y *bendito*, etcétera.

La forma débil o regular es el verdadero participio y la fuerte se emplea generalmente como nombre, ya sustantivo, ya adjetivo. Así se dice: el agua *bendita*, los *impresos*, el *recluso*, etc.

MODELOS LITERARIOS

JOSE MARTINEZ RUIZ (AZORÍN)

BLANCO EN AZUL

En un viejo palacio. La sala es ancha, clara, limpia. Hay espejos en las paredes. Muchos espejos. En la ciudad—una vieja ciudad—, todo es silencio. Se podría partir el silencio con un cuchillo de plata: tan denso es. Por las amplias ventanas entran vívidos rayos de sol. ¿Del sol poniente? Sí; de un sol dorado, tenue, acariciador. De un sol que se despide, falleciente, hasta el otro día. Y nubes áureas, redondas, bellos cúmulos, caminan por el cielo. ¿Caminan por el cielo? No, no; están quietas, inmóviles, encima de las veletas. Los gallos, los angelitos, las estrellas, las palas de las veletas resaltan entre lo dorado de las nubes. En el salón—todo claro, todo

limpio—van y vienen tres muchachas. Están vestidas con trajes sencillos y claros. Una se llama Lucila; otra, Evelia; la tercera, Violante. Cada una tiene los ojos de distinto color. Lucila, Evelia y Violante son gráciles, esbeltas, gallardas. En el ambiente de oro de la tarde—la tarde en su declinación—van y vienen ligeras, graciosas, por la estancia. Pronto comienzan a lucir las primeras estrellas. La primera estrella que luzca en el azul intenso, ya oscuro, parecerá, con su titileo brillante, una gotita de agua que tiembla un poco antes de caer. Pero la estrellita lucidora no caerá. Si cayera, si se desprendiera del traslúcido azul, estas tres lindas muchachas correrían hacia ella y la recogerían en sus manos blancas y finas. Y entre sus manos—en tanto reían a carcajadas, como locuelas—la harían saltar como se hace saltar una piedra preciosa.

Van y vienen por la estancia Lucila, Evelia y Violante. Las tres son gráciles, esbeltas; tan finos y flotantes son los trajes que visten, que a veces, en el voltear continuado, se adivina, se columbra, se entrevé, la carne rosada, blanda, flexible y resistente. Las tres ríen, no cesan de reír; están un poco inebriadas con el sosiego maravilloso, con el oro diluido en el ambiente por el sol que declina, por la frescura gratisísima de la noche propinqua. Del balcón van a un ancho diván; se sientan un instante; parecen, juntas, silenciosas, ahora, que son ya viejecitas y van a recitar unos rezos; pero el

recogimiento dura poco. De nuevo se levantan; sus cuerpos elásticos—tan duros y blandos a la vez—se yerguen, se enarcan, se lanzan rápidos hacia un extremo del salón. Resuenan en el ancho ámbito sus carcajadas cristalinas. El oro del sol crepuscular va desapareciendo. La ciudad se halla en un hondo sosiego. Por el balcón, allá en la plaza, en el centro, del tazón de una fuente caen hebras cristalinas de limpia agua con un murmullo leve.

En este minuto de la tarde, ya en el crepúsculo, las tres lindas muchachas, Lucila, Evelia y Violante, se han quedado otra vez absortas. Del mutismo ha brotado, de pronto, como el canto de un pájaro, la voz de Lucila.

—¡Yo quisiera ser una flor!—ha gritado Lucila.

—¡Y yo también!—ha gritado Evelia.

—¡Y yo lo mismo!—ha dicho Violante.

—Y las tres han reído, a coro, con una estrepitosa carcajada.

Los cuerpos de las tres cimbrean en el aire suave, opaco, del crepúsculo. Las telas claras, un poco flotantes, dejan adivinar, entrever, las líneas armoniosas, duras, flexibles de los cuerpos.

—¡Yo quisiera ser una rosa!—ha vuelto a gritar Lucila.

—¡Y yo un lirio!—ha gritado también Evelia.

—¡Y yo un clavel!—ha dicho Violante.

¡Una rosa, un lirio y un clavel! Lo tarde ya ha acabado. Comienza a brillar en lo alto una estrella. Las tres gráciles muchachas van y vienen, un poco locas ya, por la ancha estancia.

Y un momento en que se hallan juntas en silencio, tornan a decir, al mismo tiempo:

—¡Yo quisiera ser una flor!

Y después:

—¡La rosa que esté más cerca de aquí!—grita Lucila.

—¡El lirio que se halle más próximo a esta casa!—gritaba también Evelia.

—¡El clavel que se encuentre en la casa más cercana!—dice, por último, Violante.

De sus Cuentos

ELEGÍA A GRANADA

¡Granada! ¡Granada!

¡De tu poderío
ya no resta nada!

Lloran elegías las aguas del río
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áuros minaretes y torres bermejas.

Ya tus tejedores no entonan cantares
mientras sus telares

hilan las más ricas y frágiles sedas.

Mudas se quedaron tus alfarerías.

¡Tan solo las brisas lloran elegías
entre los verdores de tus alamedas!
El agua, que en todo su frescor diluye,
es llanto que eterno de tus ojos fluye,
llorando la antigua grandeza pasada.

De tu poderío
ya no resta nada...
¡Tu gloria, Granada,
pasó como pasa bajo el puente el río!
Hoy entre tus muros no hay un alarife
que tenga el ensueño de un Generalife
con gemas de perlas y randas de encaje,
ni al marcial estruendo de atambor sonoro
cruzan por tus plazas los Abencerrajes
vestidos de plata y armados de oro.

¡Ya las callejuelas de tu Alcaicería
no invade el tumulto, ni la algarabía
de hombres que discuten en lenguas extrañas,
ni sueñan princesas tras los alhamíes
ni en Bib-Rambla, justando, sus cañas,
gallardos Gomeles y altivos Zegríes!

¡Ya por Puerta Elvira
la plebe de activos obreros no mira
pasar los botines guerreros..., altivos
que arrastran cadenas de tristes cautivos
por largas hileras de picas guardados;
ni ve los camellos de las caravanas...
que vienen cargados
con oro y perfumes de tierras lejanas;
ni entre la arboleda que asombra el camino

contempla un relámpago de armas que se aleja
ni de las antorchas de la luz bermeja
levanta palacios dignos de Aladino...!

¡Ya el Darro no copia sobre sus cristales
ojos negros entre nubes de almaizales,
ni a beber sus aguas inclinan sus cuellos
caudillos de polvo, de sangre bañados
mojando las crines ágiles corceles
mientras de la luna los blancos destellos
riman con la albura de los alquiceles!

¡Ya el Genil no riega
las huertas floridas
que pueblan la vega,
ni en sus frescas aguas lavan sus heridas
soldados que tornan de alguna algarada!
Su corriente gime como avergonzada;
una pena eterna suspira en su canto
cuan si en vez de agua arrastrase llanto...

La Alhambra está sola. Entre la floresta
ya no queda un eco de la antigua fiesta.

Bajo los encajes de los ajimeces
la voz de la guzla no solloza amores
mientras entre aromas y entre ruiseñores
da la luna al mármol áureas palideces.

Ni en las alcatifas de sus patios mudos
tejen odaliscas con los pies desnudos
todas las lascivas danzas del Oriente
entre los perfumes de los pebeteros,
ni por sus mosaicos resbalar se siente
la espuela de oro de altivos guerreros.

¡Granada! ¡Granada!... Tu Alhambra está en ruinas.

Llorando hasta Africa van las golondrinas
a dar a tus hijos el triste mensaje
y tus nobles hijos lloran de coraje;
ensillan los potros, empuñan la espada
y aullando de rabia se van hacia el mar,
y al ver los perfiles de Sierra Nevada
se postran de hinojos y gimen: ¡Granada!
y las olas lloran al verlos llorar.

¡Granada! ¡Granada!

¡De tu poderío
ya no resta nada!

Lloran elegías las aguas del río
y entre sus cristales ya no te reflejas
como una sultana, la sien coronada
de áureos minaretes y torres bermejas .

Francisco Villaespesa

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los modelos anteriores.
- 2.º Hacer un resumen de la poesía de Villaespesa.
- 3.º Señalar las palabras más raras del cuento de Azorín dando una explicación de las mismas.
- 4.º Póngase en la voz pasiva cualquiera de los verbos que aparecen en el mencionado cuento.

5.º Indíquense los participios pasados, clasificándolos, que se encuentran en la poesía de Villaespesa.

6.º Conjúguese la voz pasiva y el verbo *temer*.

7.º Ortografía de la *g* y la *j*, indicando las palabras que aparecen escritas con *j* en el citado cuento.

CAPITULO VI

De las partículas

Del adverbio.—Definición y clasificación.—Principales adverbios de lugar, tiempo, modo, cantidad, orden, afirmación, negación y duda.—De la preposición: su división.—De la conjunción: sus clases. De la interjección.

Partículas.—Se conocen en todas las lenguas con el nombre genérico de *partículas* las llamadas partes invariable de la oración, a saber: el adverbio, la preposición y la conjunción. La interjección ya hemos dicho que no la consideramos como parte de la oración.

Del adverbio: su definición. — Etimológicamente de *ad-verbum* (junto al verbo), es la parte de la oración que se une al verbo, al adjetivo o a otros adverbios para modificar su significación. Por ejemplo: estudia *mucho*; *muy* bonito; *más* temprano.

Clasificación.—Al unirse al verbo puede calificarle o determinarle, de ahí que se equipare el adverbio a los adjetivos, y, como éstos, pueda ser calificativo del verbo o determinativo. En el ejemplo *Juan come bien*, el adverbio *bien* califica al verbo *comer*. Pero si digo *Juan come mucho*, el adverbio *mucho* determina la cantidad que come Juan.

Pueden también los adverbios expresar ideas de correlación, como hemos visto en los pronombres llamados *correlativos*, que son los interrogativos, demostrativos y relativos, como puede apreciarse en el siguiente cuadro:

ADVERBIOS			
Conceptos	Interrogativo	Demostrativos	Relativos
<i>Lugar</i>	¿dónde?	Aquí, allí, acullá	do, donde
<i>Tiempo</i>	¿cuándo?	Hoy, ayer, mañana, etc.	cuando
<i>Modo</i>	¿cómo?	Así, bien, mal, etc.	como
<i>Cantidad</i>	¿cuánto?	Mucho, poco, etc.	cuanto, cuan

Otra división de los adverbios es por su forma en simples y compuestos, y dentro de éstos están las llamadas *locuciones adverbiales*, como *a ciegas*, *a sabiendas*, *a pie juntillas*, etc.

Pero la verdadera y principal clasificación adverbial se hace atendiendo a su significación y pueden ser de *lugar*, *tiempo*, *cantidad*, *orden*, *afirmación*, *negación* y *duda*.

Adverbios de lugar.—Los principales son: *aquí*, *allí*, *allá*, *acá*, *acullá*, *aquende*, *allende*, *cerca*, *lejos*, *junto a*, *cabe*, *dentro*, *fuera*, *abajo*, *arriba* y los an-

ticuados *suso* y *yuso*, que significan *arriba* y *abajo*, respectivamente.

Adverbios de tiempo.—Son: *hoy*, *mañana*, *ayer*, *ahora*, *antes*, *después*, *entonces*, *luego*, *temprano*, *pronto*, *presto*, *siempre*, *nunca*, *jamás*, *mientras*, *todavía*, *antaño*, *hogaño* y el relativo *cuando*.

Adverbios de modo.—Son los principales: *bien*, *mal*, *así*, *alto*, *bajo*, *adrede*, *fuerte*, *recio*, *duro*, *conforme*, etc., y los acabados en *mente*, como *buenamente*, *malamente*, *ciertamente*, etc. En castellano antiguo, en vez de la terminación *mente* se añadía el germanismo *guisa* (significando manera) y se decía: *de buena guisa*, *de mala guisa*, etc.

Adverbios de cantidad.—Son: *muy*, *mucho*, *bastante*, *más*, *menos*, *algo*, *nada*, *tanto*, *cuanto*, *casi*, etc.

Adverbios de orden.—En general derivan de los adjetivos ordinales o de otros adverbios, singularmente de los de tiempo y lugar. Así *primeramente*, *sucesivamente*, *antes*, *después*, etc.

Adverbios de afirmación.—Son: *sí* *cierto*, *en verdad*, *también*, *ciertamente*, *verdaderamente*, etc.

Adverbios de negación.—Son: *no*, *nunca*, *jamás*, *tampoco*, y las locuciones *de ningún modo*, *de ninguna manera*, *en absoluto*, etc.

Adverbios de duda.—Son, entre otros: *acaso*, *quizás* o *quizá*, *si*, *tal vez*, *es posible*, etc.

DE LA PREPOSICION

Es la parte invariable de la oración que sirve para expresar la relación o dependencia que existe entre dos palabras. Se dividen por su estructura en *inseparables* y *separables*. Las primeras se usan a modo de prefijos, como *anteojò*, *recorrer*, *adjuntar*, *exdiputado*, etc., y las segundas o separables son las verdaderas preposiciones y en español son las siguientes: *a*, *ante*, *bajo*, *cabe*, *con*, *contra*, *de*, *desde*, *en*, *entre*, *hacia*, *hasta*, *para*, *por*, *según*, *sin*, *so*, *sobre* y *tras*.

DE LA CONJUNCION

Etimológicamente, de *cum-junctio* (unión con), es la partícula o parte invariable de la oración que sirve para enlazar las palabras en la frase o las oraciones en el discurso.

Existen, no obstante, conjunciones que *desunen* en cuanto al sentido, como son las *disyuntivas*: *o*, *ya*, *ora*, *bien*, *sea*, *que*; por eso, el nombre de *conjunción disyuntiva* aparentemente es una antinomia, atendiendo al significado, pero no lo es gramaticalmente.

Las conjunciones se clasifican en copulativas, disyuntivas, adversativas, condicionales, finales, causales, ilativas, etc.

Conjunciones *copulativas* son: *y*, *e*, *ni*, *que*.

Las *adversativas* son: *pero*, *aunque*, *mas*, etc.

Finales son: *para*, *para que*, *a fin de que*.

Condicional es *si*.

Causales son: *por*, *porque*.

Ilativas son: *empero*, *ya que*, *pues*, *pues que*, *sin embargo*, etc.

DE LA INTERJECCION

Hemos dicho y repetimos que no es una verdadera parte de la oración, sino más bien una oración completa sintetizada o condensada en una palabra que expresa un estado del ánimo. Las principales son: ¡ay!, ¡ah!, ¡oh!, ¡ea!, ¡hola!, ¡cáspita!, ¡sus!, ¡ojalá!, ¡zape!, ¡uf!, y cada una representa el efecto que produce en el alma humana un suceso inesperado y momentáneo.

Como interjecciones se emplean también otras muchas palabras que son verdaderos sustantivos, adjetivos, verbos o adverbios, como ¡diablo!, ¡bravo!, ¡anda!, ¡ya!, etc.

MODELOS LITERARIOS

GABRIEL MIRÓ

AGUA DE PUEBLO

El cantarero y la fuente.

¿Quién recogió las aguas entre los brazos como una túnica?

Únicamente Dios. Ya lo sabe Sigüenza.

Sigüenza y muchos quisieran gozar del agua, cogiéndola, ciñéndola, moldeándola como una ropa dócil a nuestros dedos. Se lo hace decir a Salomón en sus Proverbios que sea el agua tan infinita en sí misma, tan incorpórea en su cuerpo, y la codicia de tenerla y de romperla en su unidad fugaz y perdurable.

Si ve, Sigüenza, bullir el agua en la sierra o en la vega, la sentirá con los ojos, con las manos, con la boca, con el pecho, aspirándola desde la superficie al fondo. Si pasa Sigüenza por los secanos, se incorporará su carne la sed de los terrones. Y en la sed se le aparece el agua en todas sus imágenes: agua de hontanada, delgada y virgen; agua despedazada por los berrocales; agua de rambla con guijas tibias de sol y adelfos rojos; agua celeste de álbercón; agua de pozo, que siempre está esperando nuestra mirada; agua de surtidor, que sube soltándose entera en cada gota, cada gota cerrada con luz y júbilo de ser ella hacia el cielo, y arriba se dobla el tallo de toda el agua y cada gota vuelve a ser agua lisa de balsa; agua hacendosa de molino; agua que aprieta los alcorques, calando las cepas y los troncos; agua de lluvia; agua cogida viva dentro de la mano; agua de la peña a la boca como una miel mordida en la bresca y como una fruta en la rama; agua recién nacida, que se arranca con cantarillo de lo más profundo del origen, que todavía sale con el helor duro de la piedra, y viene

sin sol, sin cielo, sin campo encima y dentro de ella; agua afilada y desnuda; agua de roca... ¡Quién la recogerá y torcerá como un paño precioso!

Dios.

Pero, además de Dios, ¿no cae también en poder de los hombres que la uncen como un buey a todos los trabajos y servicios, y la ciegan en cañutos de plomo y de cemento, y la cuentan, la miden y la envuelven en fojas de escrituras de propiedad? Esta es el agua urbana; y el agua es creación y corazón que estremece todo lo creado, espejándolo y comprendiéndolo todo: tierra, firmamento, aire, soledades. Agua en la inocencia y la gracia antes de los primeros hombres de empresas hidráulicas.

¿No es esa misma agua la del cantarero de las casas levantinas? Esa, pero de cada pueblo. El primitivo lar se ha trocado en cantarero, y la brasa en frescor. Un poyo de yeso o de manises, o de madera de pino y chopo, siempre recién fregada. Arriba, la leja donde están los tazones redondos, con un poncil encima, los vasos tallados, con geranios, albahacas y mirtos, las copas con un clavel, con una biznaga de jazmines que llevó la hija de la casa entre sus dedos o entre su pecho, y se le ha quedado el olor de virgen que hace pensar en la muerte. Cuelgan del muro los platos de Valencia y Murcia, de orlas azules, y, en medio, un pájaro, un pez, un ciervo, un pomo de flores o de frutas, un pescador, un cazador, todo balbuciente como pintura de niño rural de esta comarca. Pla-

terras y lebrillos, con sus bordes de rizo de una cerámica de ágatas; picheles de reflejos de lumbres antiguas; lo mejor de la loza y del vidrio que trajo la mujer el día de la boda. Y en los ruedos de los poyos, o encima de la piedra, de pie, se levantan los cántaros, de un blancor rubio y tierno, de caderas finas y húmedas, y las asas como unos hombros y codos redondos que parecen de pasta de candeal. Siempre llenos. Se les siente siempre llenos, cerrados con limones grandes olorosos. Pero hay, por lo menos, dos cántaros que tienen en su boca la magnolia de la jarra, el bernegal de labios ondulados como un follaje de arcilla dulce. También siempre llenas las jarras; con tapa de respiraderos, porque el agua de de respirar y mirar para que no se duerma o se quede encantada; y el agua se siente a sí misma. En ella está todo el campo, el campo del pueblo, del que recibe su nombre; allí quietecito en el cantarero. Y aunque no tengamos sed, cogemos la jarra de las dos asas y bebemos despacio, mirándonos los ojos en el guardado corazón del agua. Enseguida nos circula una claridad de inocencia rebrotada, una intimidad de viejas memorias con las vigas del techo, un reposo de principio de tiempo que ha de durar mucho. La familia se acordará de otro forastero que también bebía y se sentaba como nosotros y que ya no sabe por dónde camina, ni si camina siquiera.

El agua del bernegal nos hace sentir al lado toda la fuente del pueblo; la de la cuesta con el ruido

de los once chorros dentro del ruido alto de los grandes follajes de los álamos. Manan los caños en la pila morena y larga del abrevadero y lavadero. Vienen y vuelven las mozas con los cántaros acostados o rectos sobre su frente nazarena; niñas en filas, con cántaros cogidos de la mano como criaturas; mujeres de luto con el cántaro en los ijares, mendigos, ovejas, jumentos de aguador. mulos con el arado en el lomo y al aire el filo de la reja untado de madre de bancal.

Suenan más puros y más frescos los caños en el atardecer. Hora bíblica y de romance, hora vieja de humanidad, como en todas las fuentes del mundo; como siempre. Olor íntimo del agua que toca las raíces profundas en la tierra tan tierna como un fruto descortezado; olor del agua desde el tiempo. Como en todas partes; es verdad; pero en cada pueblo, su olor. El de la fuente del pueblo donde está Sigüenza, el suyo, el mismo que recogió Sigüenza en otros años, que era el mismo de siempre; el aliento de aquel lugar desde su principio. Allí, en esa eternidad y fugacidad del agua, se quedaba el tiempo inmóvil y solo.

Agua de pueblo, de este pueblo, que Sigüenza bebió hace veinte años. Tiene un dulzor de dejo amargo, pero de verdad química, que todavía es más verdad lírica. Bebiéndola se le aparece en la lengua el mismo sabor preciso del agua y de su sed de entonces. En aquella sed estaban contenidas todas las promesas de las claridades de un agua

lejana para todas sus avideces. Desde aquella sed, junto a la pila de esta fuente, ¡cuánto mundo. Señor, cuánto mundo se le deparaba entre el arco de sus sienes! Y ahora, todos esos años, los veinte años venían dóciles como corderos y se paraban a beber y mirarse en la pila viejecita donde caía temblando el firmamento.

—¡Como esta agua no habrá catado ninguna! —le dicen las gentes—¡Ya es usted otro hombre desde que llegó de Madrid y bebe de nuestra agua! ¡Un hombre nuevo!

¡Hombre nuevo! ¡El hombre nuevo a costa del hombre de antes, como el de las Sagradas Escrituras!

Del libro *Años y leguas*.

LAS FUENTES DE GRANADA

Sobeya

Las fuentes de Granada...
 ¡Habéis sentido
 en la noche de estrellas perfumada
 algo más doloroso que su triste gemido?
 Todo reposa en vago encantamiento
 en la plata flúida de la luna.
 Entre el olor a nardos que se aspira en el viento,
 mano que refrescase la sien calenturienta.
 El agua es como el alma de la ciudad. Vigila
 su sueño, y al oído

del silencio le cuenta
 las leyendas que viven a pesar del olvido,
 y bajo las estrellas de la noche tranquila
 tiene palpitaciones de corazón herido.
 ¡La voz del agua es santa!
 Quien la profunda música de su acento adivina,
 comprenderá algún día la palabra divina...
 ¡El agua es guzla donde Dios sus misterios canta!
 Las fuentes de Granada...
 ¡Habéis sentido
 en la noche de estrellas perfumada
 algo más doloroso que su triste gemido?
 Una, gorgoteante, suspira entre las flores
 de un carmen, esperando la mano de un ensueño
 que abra a la blanca luna sus claros surtidores
 para dar a la noche sus diamantes de sueño;
 y mientras sobre el mármol, una a una, desgrana
 las perlas de sus ricos collares la sultana.
 Algunas se despeñan como ecos de torrente
 y entre las alamedas descienden rumorosas,
 arrastrando en el vivo fulgor de su corriente,
 en féretros de espumas, cadáveres de rosas.
 Otra por las paredes resbala lentamente,
 y entre las verdes hiedras lagrimear se siente,
 como si poco a poco por una estrecha herida
 se fuese desangrando hasta quedar sin vida.
 Las hay ciegas, y en ellas
 llora toda la móvil plata de las estrellas.
 Hay en el aire tanta humedad que da frío.
 La noche un fresco aroma acuático deslíe.

El agua llora, gime, suspira, canta y ríe,
 y dominando el gárrulo y eterno murmurío
 se oyen plañir las roncás serenatas del río...
 ¡La sangre de Granada corre por esas fuentes,
 y en el hondo silencio de las noches serenas,
 al escuchar sus músicas sobre sus viejos puentes,
 la sentimos que corre también por nuestras venas!
 Aduerme nuestro espíritu su musical encanto;
 bebemos el ensueño de sus respiraciones;
 penetra hasta la carne en lentas filtraciones,
 y huye por nuestros ojos en un furtivo llanto...
 Las fuentes de Granada...

¡Habéis sentido,
 en la noche de estrellas perfumada,
 algo más doloroso que su triste gemido?

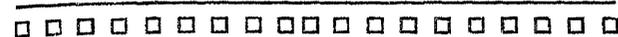
FRANCISCO VILLAESPESA.

(De *El Alcázar de las Perlas*. Acto I, escena VI.)

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos.
- 2.º Describa el alumno una fuente y la importancia que tiene el agua para la vida individual y social.
- 3.º Señale las palabras más raras (y explíquelas) que encuentre en el fragmento de la obra de Gabriel Miró.

- 4.º Indique las partículas que halle en los anteriores modelos, clasificándolas.
- 5.º Conjugue un verbo en los tiempos compuestos.
- 6.º Ortografía de *s* y *x*, señalando las palabras que se escriben con *x* en los modelos citados.



SEGUNDA PARTE

De la Sintaxis

Sintaxis: su definición.—Partes de la Sintaxis.—De la concordancia.—Sus clases.—Del régimen.

Sintaxis: su definición.—Es la parte de la Gramática que estudia el modo de relacionarse las palabras en la oración y las distintas clases de oraciones de que se compone el discurso.

Partes de la Sintaxis.—Son tres las partes en que ordinariamente se divide la Sintaxis, a saber: estudio de la Concordancia, del Régimen y de la Construcción.

A) DE LA CONCORDANCIA

Definición.—Es la conformidad de accidentes gramaticales entre dos o más palabras flexionales que concurren en una oración. Puede ser de dos clases: de dos sustantivos, de sustantivo y adje-

tivo, de sujeto y verbo y de relativo y antecedente.

De dos sustantivos.—Si van unidos sin formar oración, esto es, sin cópula, se dice que están en *aposición*, como, por ejemplo: *el rey Teodorico; el río Ebro.*

Cuando van unidos por el verbo *ser*, es cuando existe verdadera concordancia. Por ejemplo: *La caridad es la reina de las virtudes. Aquí caridad y reina concuerdan en género femenino, número singular y caso nominativo. Pero basta que concierten en caso. Por ejemplo: El amor es la gloria del vivir.*

De sustantivo y adjetivo. — Conciertan el sustantivo con el adjetivo en género, número y caso. Por ejemplo: *La doncella es honesta y pura.* Lo mismo ocurre cuando van en *aposición*, o sea, están meramente yuxtapuestos; como: *la mujer honrada. el niño bueno.*

De sujeto y verbo.—El verbo concierta con el sujeto en número y terminación personal. Así: *Juan estudia la lección; nosotros vamos de paseo.*

De relativo y antecedente.—El relativo *que* es invariable y no concierta, por tanto, con el antecedente. *El perro que compraste; los hombres que estudian; la niña que encontramos.*

Quien y cual conciertan con el antecedente sólo en número, pues son invariables en cuanto al género, y se refieren siempre a personas. Por ejemplo: *Ví a tu madre, quien (o la cual) me dijo que vinieras*

conmigo; he estado con unos hombres, quienes (o los cuales) me han recomendado a usted.

Cuyo-a conciertan no con el antecedente, sino con el consiguiente, o sea, con la cosa poseída, en género y número, ya que *cuyo* indica idea de posesión. Por ejemplo: *He visto al hombre cuya es la casa que habitamos.* Equivale, por tanto, el relativo *cuyo* a *de quien* o *de quienes* si se refiere a personas, y a *del cual* o *de la cual*, si se refiere a cosas, en cuyo caso concierta con el antecedente. Ejemplo: *Esta es la película cuyo asunto te referí, y equivale a decir: Esta es la película de la cual (o de la que) te referí el asunto.*

B) DEL REGIMEN

Es la parte de la Sintaxis que estudia la relación o dependencia que guardan las palabras en la oración. La *Propiedad* estudia el uso de las palabras y de sus accidentes.

Como se ve por ambas definiciones, su contenido es casi análogo, así que los modernos gramáticos se limitan a estudiar en esta parte de la Sintaxis el uso de las diversas partes de la oración.

Por el Régimen se dividen las palabras en *regentes* y *regidas*, según la dependencia que existe en su significación.

Por la *Propiedad* se clasifican las palabras en *propias* e *impropias*, según que estén o no consagradas por el uso.

MODELOS LITERARIOS

A M A D O N E R V O

EL LEÓN QUE TENÍA DIGNIDAD

Los autores primitivos, guiados por apariencias engañosas, por analogías vagas, atribuyeron a los animales cualidades y defectos que están muy lejos de tener. La melena del león, su aspecto majestuoso, les sugirió la idea de ofrecerle el cetro y la corona de los irracionales, y lo hicieron rey, sin que él se diese cuenta de tamaña dignidad ni pareciese importarle un ardite; y lo literaturizaron, y lo esculpieron en mármoles, y lo fundieron en bronces, y lo grabaron en los sellos reales, y estamparon su silueta en escudos, en banderas, en estandartes y lo troquelaron con las monedas, a lo cual se debe por cierto, en España, que los cuartos se llamen "perros gordos" y "perros chicos", por una de esas ironías que suelen perpetuarse...

Pero vinieron los naturalistas modernos y rectificaron desdeñosamente la mayor parte de los conceptos legendarios que a las bestias se refieren. El león, tan exaltado antes, fué deprimido con pasión: ni era valiente, ni era tan fuerte como se creyó, ni merecía en modo alguno el cetro.

Se le negó, pues, la majestad real, que casi por

derecho divino creíasele otorgada, y quién estimó que debía conferírsele al toro (que jamás mostró miedo a nada ni a nadie: que lo mismo embiste a un hombre, a un paquidermo o a una locomotora), y quién pretendió que merecía la realeza el elefante, que, tras de ser el más fuerte de todos los animales, era el más inteligente y el más noble.

La verdad, en esto como en todas las cosas, a semejanza de la virtud, no estaba en los extremos, sino en el medio; *in medio stat veritas*. El león no era ciertamente el más fuerte de los animales; pero poseía algo merecedor de la realeza con que lo habían obsequiado los antiguos, algo que muchos hombres, muchísimos, suelen no tener: la dignidad.

De ello ha dado pruebas en ocasiones muy diversas, y últimamente yo he sabido un hecho que ha aumentado notablemente mi estimación por el viejo rey, moviéndome, en mi humilde fuero, a acatarlo de nuevo como a monarca.

Es el caso que, hará apenas seis meses, un grande de España, cazador *par devant l'éternel*, de los más perseverantes y resueltos, hizo un viaje al Atlas, con el ánimo decidido de matar algunos pobres leones, que después de disecados, con las enormes fauces abiertas, serían ornato de su museo cinegético.

Una tarde, estando él con algunos cazadores en acecho, frente a una colina boscosa en la falda (donde había guaridas de leones) y pelada en la cima, de pronto un espléndido ejemplar salió de

su refugio y ascendió hasta la pequeña eminencia.

Apenas la fiera había dado algunos pasos fuera de los árboles y matorrales, cuando descubrió a los cazadores. Su olfato y su mirada avizora se los mostraron enseguida.

Un sol... africano, naturalmente, iluminaba la escena.

El león pudo y "debió", en cuatro saltos elásticos y vigorosos, ponerse a salvo de los magníficos fusiles de precisión, cuyos efectos conocía, merced a la terrible experiencia acumulada en el genio de la especie... Los cazadores esperaban esto y apuntaban ya, teniendo en cuenta la movilidad de la bestia...

Pero entonces, con pasmo de todos, aconteció algo extraordinario: el león, "que sabía que era visto" por tantos ojos de hombres, ¡tuvo vergüenza de huir! Un sentimiento estupendo de dignidad se sobrepuso en él al pánico de la bala explosiva y certera, que no perdona, y pausada, majestuosamente, ascendió por la colina, volviendo a cada paso la cabeza para mirar a sus enemigos...

No quería, no, que lo viesan correr... Aquellos instantes supremos ponían en su corazón, sin duda, un temblor formidable: la muerte, a cada instante, lo amagaba..., mas él seguía ascendiendo lenta, muy lentamente.

Cuando llegó a la cúspide, empezó a descender, con la misma lentitud, hasta que juzgó que "ya no le veían", y entonces, encogiendo todo el resorte

de sus músculos poderosos, dió un salto, dos saltos... y se perdió en los declives de la parte opuesta de la loma. ¡Quizá con un sentimiento inmenso de liberación!

La dignidad estaba a salvo: ya podía escapar.

Los cazadores, conmovidos ante aquella actitud tan clara, tan bella, tan poco humana, no habían disparado. ¡El león obtuvo gracia de la vida, merced a la sugestión de su maravillosa dignidad!

De sus *Cuentos misteriosos*.

ESTIVAL

I

La tigre de Bengala,
con su lustrosa piel manchada a trechos,
está alegre y gentil, está de gala.
Salta de los repechos
de un ribazo, al tupido
carrizal de un bambú; luego a la roca
que se yergue a la entrada de su gruta.
Allí lanza un rugido,
se agita como loca
y eriza de placer su piel hirsuta.

La fiera virgen ama.
Es el mes del ardor. Parece el suelo
rescoldo; y en el cielo
el sol inmensa llama.
Por el ramaje oscuro
salta huyendo el kanguro.

El boa se infla, duerme, se calienta
a la tórrida lumbre; el pájaro se sienta
a reposar sobre la verde cumbre.

Siéntense vahos de horno;
y la selva indiana
en alas de bochorno,
lanza, bajo el sereno
cielo, un soplo de sí. La tigre ufana
respira a pulmón lleno,
y al verse hermosa, altiva soberana,
le late el corazón, se le hincha el seno.

Contempla su gran zarpa, en ella la uña
de marfil; luego toca
el filo de una roca,
y prueba y lo rasguña.
Mírase luego el flanco
que azota con el rabo puntiagudo
de color negro y blanco,
y móvil y felpudo;
luego el vientre. Enseguida
abre las anchas fauces, altanera,
como reina que exige vasallaje;
después husmea, busca, va. La fiera
exhala algo a manera
de un suspiro salvaje.
Un rugido callado
escuchó. Con presteza
volvió la vista de uno a otro lado.
Y chispeó su ojo verde y dilatado
cuando miró de un tigre la cabeza

surgir sobre la cima de un collado.
El tigre se acercaba.

Era muy bello:
gigantesca la talla, el pelo fino,
apretado el ijar, robusto el cuello;
era un don Juan felino
en el bosque. Anda a trancos
callados; ve a la tigre inquieta, sola,
y le muestra los blancos
dientes y luego arbola
con donaire la cola.
Al caminar se vía
su cuerpo ondear, con garbo y bizarría.
Se miraban los músculos hinchados
debajo de la piel. Y se diría
ser aquella alimaña
un rudo gladiador de la montaña.
Los pelos erizados
del labio relamía. Cuando andaba,
con su peso chafaba
la yerba verde y muelle;
y el ruido de su aliento semejaba
el resollar de un fuelle.
El es, él es el rey. Cetro de oro
no, sino la ancha garra
que se hinca recia en el testuz del toro
y las carnes desgarras.
La negra águila enorme, de pupilas
de fuego y corvo pico relumbrante,
tiene a Aquilón; las hondas y tranquilas

aguas, el gran caimán; el elefante,
la cañada y la estepa;
la víbora, los juncos por do trepa;
y su caliente nido,
del árbol suspendido,
el ave dulce y tierna
que ama la primer luz.

El, la caverna.

No envidia al león la crin, ni al potro rudo
el casco, ni al membrudo
hipopótamo el lomo corpulento,
quien, bajo los ramajes de copudo
baobab, ruge al viento.

Así va el orgulloso, llega, halaga;
corresponde la tigre que le espera,
y con caricias, las caricias paga,
en su salvaje ardor, la carnífera.

Después, el misterioso
tacto, las impulsivas
fuerzas que arrastran con poder pasmoso;
y, ¡oh, gran Pan!, el idilio monstruoso
bajo las vastas selvas primitivas.
No el de las musas de las blandas horas
suaves, expresivas,
en las rientes auroras
y las azules noches pensativas,
sino el que todo enciende, anima, exalta,
polen, savia, calor, nervio, corteza,
y en torrentes de vida brota y salta
del seno de la gran Naturaleza.

II

El príncipe de Gales va de caza
por bosques y por cerros,
con su gran servidumbre y con sus perros
de la más fina raza.

Acallando el tropel de los vasallos,
deteniendo traillas y caballos,
con la mirada inquieta,
contempla a los dos tigres, de la gruta
a la entrada. Requiere la escopeta,
y avanza, y no se inmuta.

Las fieras se acarician. No han oído
tropel de cazadores.
A esos terribles seres,
embriagados de amores,
con cadenas de flores
se les hubiera uncido
a la nevada concha de Citeres
o al carro de Cupido.

El príncipe atrevido,
adelanta, se acerca, ya se para;
ya apunta y cierra un ojo; ya dispara;
ya del arma el estruendo
por el espeso bosque ha resonado.
El tigre sale huyendo
y la hembra queda, el vientre desgarrado.
¡Oh, va a morir!... Pero antes, débil, yerta,
chorreando sangre por la herida abierta,
con ojo dolorido

miró a aquel cazador; lanzó un gemido como un ¡ay! de mujer..., y cayó muerta.

III

Aquel macho que huyó bravo y zahareño a los rayos ardientes del sol, en su cubil después dormía. Entonces tuvo un sueño: que enterraba las garras y los dientes en vientres sonrosados y pechos de mujer; y que engullía por postres delicados de comidas y cenas, como tigre goloso entre golosos, unas cuantas docenas de niños tiernos, rubios y sabrosos.

RUBEN DARIO.

(De *Azul*).

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Haga el alumno una descripción de los principales animales fieros que conozca. Y describa sus costumbres si tiene alguna noticia de ellas.
- 3.º La afición a la caza: sus ventajas y sus inconvenientes.
- 4.º Señale las palabras más difíciles o las lo-

cuciones raras que encuentre en los anteriores autores americanos.

- 5.º Indique las concordancias que encuentre en el cuento en prosa de Amado Nervo.
- 6.º Indique algún neologismo introducido por el mencionado escritor.
- 7.º Conjugue alguno de los verbos que encuentre en el poema de Ruben Dario.
- 8.º Señalar las palabras de más dudosa ortografía que se hallen en los dos modelos enunciados.

CAPITULO VII

De la Construcción

La oración gramatical.—Sus elementos

Construcción.—Sus clases.—Construcción regular y figurada.—Sus especies.—División de las oraciones.—Sintaxis de la oración simple.—Sintaxis de las oraciones compuestas.

Oración gramatical.—Se llama oración gramatical a la expresión de un juicio por medio de la palabra.

Dos son los términos esenciales en toda oración. *sujeto* y *predicado*. Sujeto es el ser o seres de quienes se afirma algo, y predicado es la cosa que se afirma del sujeto. Si decimos *Pedro es dócil*, *Pedro* es el sujeto de la oración, y *dócil*, el predicado, unido al sujeto por la *cópula*, que es el verbo *ser*.

El predicado puede ser nominal y verbal, según que sea un nombre, como en el ejemplo anterior, o un verbo atributivo. Por ejemplo: *Pedro estudia*. Este predicado verbal puede ser sustituido

por uno nominal con la cópula del verbo ser. Así, *Pedro estudia* equivale a *Pedro es estudioso*.

Tanto el sujeto como el predicado o atributo pueden llevar complementos que son las palabras que vienen a precisar y completar las ideas expresadas por el sujeto o por el predicado. Si decimos *Pedro estudia*, tendremos una oración, pero si añadimos *El joven Pedro estudia matemáticas*, tendremos dos complementos: uno del sujeto, *joven*, y otro del predicado, *Matemáticas*.

La primera es una oración pura o simple y esta última es una oración compleja. Ambas constituyen el objeto principal de la Sintaxis.

De la Construcción: sus clases. —La construcción estudia el orden de las palabras en la oración. Puede ser de dos clases: *natural* y *figurada*.

Construcción *regular*, *lógica* o *natural* es la colocación de las palabras según van apareciendo las ideas en nuestra conciencia. Esto no es cierto en absoluto, sino que la expresión obedece siempre a algún criterio establecido de antemano en el idioma que se habla.

Así en español, y en general en las lenguas románicas, el orden lógico consiste en colocar primero el *sujeto* con todas las palabras unidas a él por concordancia o por régimen; después, el *verbo* con los adverbios modificativos, y por último los complementos directos, indirectos y circunstanciales.

Sin embargo, nuestra lengua puede a veces posponer el sujeto al verbo, cosa que no suele ocurrir en las demás lenguas romances. Así podemos decir: *Visitó el padre a su hija*.

Construcción *figurada* es la que permite, para mayor elegancia o energía, algunas licencias opuestas a la construcción regular. Estas licencias es lo que se llama *figuras de construcción*, y son cuatro: *hipérbaton*, *pleonasm*, *silepsis* y *enálage*.

Hipérbaton, transposición o metátesis, es la inversión del orden lógico de las palabras. Así, en el Quijote se lee: "*Pidió las llaves a su sobrina del aposento*" en vez de *Pidió a su sobrina las llaves del del aposento*, o mejor, *Pidió las llaves del aposento a su sobrina*. Fué muy usado el hipérbaton como licencia poética. Así Zorrilla, en *Margarita la Tornera*, una de sus más bellas leyendas dice: "*De una Concepción había primorosa imagen una*".

El hipérbaton caracteriza a la lengua latina. Por eso nuestros escritores culteranos, como Góngora, y antes su paisano Juan de Mena, abusaron en sus composiciones de esta especie de construcción figurada o licencia poética.

Pleonasm. Quiere decir repetición o redundancia. Consiste en el empleo de vocablos al parecer superfluos para el sentido, pero necesarios para dar mayor energía a la frase. Así, al decir: *Lo he visto con mis propios ojos*, añadimos estas dos últimas

palabras para dar mayor fuerza a la expresión. El pueblo emplea mucho esta figura cuando dice *bajar abajo, subir arriba, volar por el aire*, etc.

La *elipsis*, por el contrario, consiste en suprimir palabras que, si bien son necesarias para la construcción gramatical, no son para comprender el sentido. Así, en el Quijote se lee: "*La del alba sería...*" por *La hora del alba sería... cuando don Quijote*, etc.

La *silepsis* consiste en alterar aparentemente las leyes de la concordancia, como al decir: "*Su majestad Católica fué aclamado por sus súbditos*".

Por *análage* se entiende el empleo de unas partes de la oración por otras, o consiste también en alterar los accidentes gramaticales. Ej.: *Mañana voy al teatro*, por *Mañana iré al teatro*, empleando en el primer caso un presente por un futuro.

MODELOS LITERARIOS

WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ

LAS SIETE COLUMNAS

...—El hombre más soberbio que hubo en la tierra, señores míos, murió hace veinte años. Era barón de la Cetea y se llamaba José; pero él cambió este nombre, demasiado vulgar, por el de Everardo,

después de comprobar que en toda la provincia no existía nadie ofrecido a tal devoción.

De lo que el caballero de mi historia hiciese durante su vida, nada he de decir, porque no me cuidé de averiguarlo. Sé únicamente que podía vestir quince o veinte uniformes distintos, cada uno de los cuales le procuraba un distinto privilegio, aunque todos venían a quedar reducidos a reunirse con otros señores igualmente trajeados. El servidor que durante algún tiempo fué a llevar flores a la tumba de nuestro personaje explicó que tales reuniones tenían por objeto principal murmurar de los moros, aburrida labor a la que se obligaban al adoptar a alguno de aquellos extraordinarios figurines, y dirigir aplausos a sus propios antepasados. El barón de la Cetea estaba especialmente orgulloso de su primer abuelo y lo citaba con cualquier pretexto y ocasión. Sé también que, entre todos los trajes, el que hacía más feliz al noble caballero era uno que le daba derecho a estar en pié cuatro horas diarias ante la puerta de una de las habitaciones del palacio real. El mismo criado me dijo que su difunto señor era tan orgulloso que nunca había frotado dos veces una cerilla para encenderla. Si al primer roce del fósforo en la cajita no brotaba la llama, el altivo Everardo lo arojaba y requería otro, porque insistir con el mismo le parecía que era humillarse y deber un favor.

No extrañará a ustedes saber que este hombre dedicó unos cuantos pliegos de su testamento a

precisar cómo había de ser enterrado. Pocos vanidosos se resisten a esta preocupación. El de mi historia se preparó un entierro sensacional. Fatigó al morir a mucha más gente de la que otros humanos pueden molestar en toda su vida. Primero se hizo meter en un féretro de maderas preciosas, y estuvo tieso y grave, envuelto en su más hermoso uniforme, dejándose ver por todo el que quiso un día entero, como si su carroña fuese algo excepcional. A las diez de la noche, los primeros gases de la descomposición conmovieron levemente su boca, e hizo "puah". Precisamente acababan de entrar en la cámara mortuoria el primer ministro y otros personajes de excepcional categoría.

—¡Qué fastidio!—pensó el orgulloso difunto—. ¿Cómo juzgarán estos señores mi corrección?

Y los miró con el rabillo del ojo, buscando en aquellas caras alguna mueca de reproche o de burla; pero no vió más que seriedad y tristeza. Y se tranquilizó.

... Aparte de este detalle sin importancia ningún cadáver como el del barón conservó un gesto tan solemne en el ataúd. Veinticuatro horas estuvo expuesto, y no se aburrió ni un instante. Era el difunto más dignamente difunto que pudiera encontrarse, y quienes le vieron entonces con su uniforme blanco y su gola rizada y su buen crucifijo de marfil entre las manos y las botas con espuelas que imponía la Orden, lustrosas como espejos, y un párpado caído y el otro entre abriéndose para

mostrar un poco de la córnea, no lo habrán olvidado aún.

Sin embargo, el momento más sabroso para el fallecido personaje fué aquel en que se sintió deslizado suavemente sobre el fondo pulimentado del coche mortuorio, el coche a la Federica que él había requerido en su testamento. Todo era magníficamente luctuoso: los caballos, la carroza, las plumas, las libreas, los lacayos..., y aunque alguno de estos galopines no fuese tan gordo como vendría a su casaca, se le podía perdonar muy bien en gracia al sufrimiento que, sin duda, había de causarle la peluca demasiado pequeña. Se puso en marcha el entierro y, detrás de él, el discordante alboroto de los sacerdotes—a los que en vano parecía querer avenir el fagot melancólico—y el rastrear de los pies de la muchedumbre; más allá, una interminable hilera de coches con coronas. Gasas, guantes negros, chisteras, y, en la presidencia del duelo, el representante del rey, un cortesano lívido y flaco, de pecho hundido y lento andar, al que, por su aspecto de cadáver, aprobado y sin plaza, conferían casi siempre en Palacio estas delegaciones, de las que él estaba legítimamente orgulloso.

Ver detrás de la carroza a aquel personaje fué la mayor alegría que el difunto debió a su nuevo estado. Y pronto estuvo por otros motivos tan satisfecho de haber muerto, que ni pudo encontrar goce alguno para comparar a este goce. Pasar en

una carroza a la Federica, interrumpiendo el tránsito, con centenares de personas bien vestidas, a pie, detrás de uno, es un placer inefable; pero ser saludado por todo el mundo, provocar en el viejo y en el niño, en el rico y en el pobre un grave ademán que deje largo tiempo descubierto el cráneo calvo o rizado, nevado o rubio, es un deleite que muy pocos hombres conocieron en su vida. El barón recibía aquellos saludos con la impasible gravedad que procura el convencimiento de haberlos merecido.

—Al fin—pensaba—se me hace justicia.

FRATERNIDAD UNIVERSAL

Uno es el sol que a todos ilumina,
Uno también el padre y uno el cielo;
Muros, caed; y el hombre que camina
No tenga por extraño ningún suelo.

Caed, porque esa bóveda tan pura
Es toda de zafir, toda de estrella,
Y entre su inmensurable curvatura
No hay división ni valladar en ella.

Y mientras nuestra patria de reposo
Nos muestra su esplendor con tanto brillo,
Ponemos al destierro muro y foso
Y torres almenadas y castillo.

¿Por qué el hombre infeliz del mismo hermano
Se recata entre hierros y prisiones?

Muros tristes, caed cual polvo vano:
Un Dios y una familia en las naciones.

¿Y por qué disputar llanura o fuerte
Si un viento ha de llevarse nuestra tienda,
Y doquier hallaremos en la muerte
Lugar para caer, tumba en ofrenda?

¿Si es lo mismo yacer en cenotafio
Con el oro y los mármoles cubierto,
Que sobre el polvo vil sin epitafio...?
¿Quién leyó su inscripción después de muerto?

Un bien hay a la tumba destinado,
Y es una tosca cruz; y al verla el hombre,
Su plegaria dirá por el finado,
Sin cuidar de su estirpe y de su nombre.

Cada pueblo tremola sus banderas
Al fuego del cañón, que muertes lanza,
Procurando humillar las extranjeras,
Que flotan en los aires en bonanza:

Al fuego del cañón, pues, los mortales
Terribles en la lid y horrendo ensayo,
Roban a las esferas celestiales
La voz del trueno y el herir del rayo.

El pabellón de Nápoles se enreda
Sobre el asta tenaz que lo mantiene,
Con mil vistosos pliegues de oro y seda
En que retoza el aire y se entretiene.

Constantinopla turca sus tres colas,
Que van alrededor de media luna,
Hace brillar en medio de las olas,
Y es reina de los mares por fortuna.

Mi patria, que a dos mundos dió sus leyes,
Fecunda en generosos corazones,
Adorna las insignias de sus reyes
Con sus fuertes castillos y leones.

El águila bifronte de los Zares
Tiene un mundo en sus uñas encorvadas:
Y el Austria va enseñando por los mares
Otra también con alas levantadas.

Ostenta su oriflama la Inglaterra;
La Francia sus enseñas tricolores;
Y todas se amenazan con la guerra,
Y las azota un viento de furores.

¡Cuándo será, Señor, que sosegadas
Se humillen en tu templo al adorarte
Y que todas las razas hermanadas
Alcen tu santa Cruz por estandarte!

¡Y el maná de tu paz caiga en las rocas
Que defienden los ásperos caudillos,
Y cierre para siempre duras bocas
Del bronce que retumba en los castillos!

¡Y no se alce jamás polvo de lucha;
Ese polvo infamado, que es un velo
Con que el sordo mortal, que no te escucha,
Quiere comunicarse con el cielo!

¡Y al arco que describe en los espacios
Con fuego abrasador la bomba dura,
Suceda en tus magníficos palacios
El Iris de tu amor y tu ventura...!

De la guerra civil no arda la tea
Consumiendo los pueblos y comarcas;
Tierra de promisión el mundo sea;
Con hijos de piedad, reyes patriarcas.

Ríos, corred, y a círculos lejanos
Llevad sobre el cristal pintadas flores,
Cual símbolo de paz, que a sus hermanos
Envían los remotos moradores:

Y del mar a las aguas procelosas,
En vez de rotos yelmos y lorigas,
Coronas conducid, si os quedan rosas,
Que arrojen a raudal manos amigas.

A pie de cada choza el peregrino
Encuentre blanda sombra y buen asiento;
Y al pasar por el borde del camino
No le incomode el can, ladrando al viento.

Y deponga el sombrero y el cayado,
Y al decir su oración humilde y pía,
Oiga una dulce voz que con agrado
El pan le ofrece y da de cada día:

Y nadie le pregunte dó ha nacido,
Despreciando su patria por esclava,
Despreciando su idioma no entendido:
Toda lengua es de Dios, si a Dios alaba.

Hijos somos de Dios: su Omnipotencia
A todos nos da el ser, la luz y vida;
Seguro es el valor de nuestra herencia,
Inmortal nuestra gloria esclarecida,

Si nos une el amor; si nuestros brazos
Se abren al infeliz en sus dolores;
Si no rompen la paz de nuestros lazos
La envidia, la codicia y los rencores.

Bendígante, Señor, todas las zonas;
Bendígante, Señor, todas las razas,
Pues nunca las olvidas ni abandonas,
Y con tu providencia las abrazas;

Bendígante las tribus de Occidente,
Las del helado Norte y Mediodía,
Y las que al alba nítida y naciente
Beben las frescas lágrimas que cría.

Y bendigan tu sol y sus hechizos
Los débiles, los fuertes y constantes,
Los blancos y los negros y cobrizos,
Y también los pigmeos y gigantes:

Los niños con su cándida inocencia,
Los adultos y ancianos con fe pura,
Los enfermos con ínclita paciencia,
Los ancianos con cantos de ventura;

Los ricos dispensando de sus sobras,
Los pobres con humilde sufrimiento,
Todos con esplendor de buenas obras
En la tribulación y en el contento.

Si algún pueblo infeliz duda o delira

Y a venerar le dan profetas vanos,
Dioses de execración y de mentira,
Simulacros malditos y profanos,
Destruya del delito los altares,
Y escupiendo a sus ídolos dañinos,
Derrúmbelos en sucios muladares
Al lado de sus falsos adivinos;

Y adore a Jehová que es trino y uno,
Que, aunque a los hombres dió varios colores,
No excluyó de sus reinos a ninguno
Que invocare su nombre y sus favores.

JUAN AROLAS.

(De sus *Poesías religiosas*.)

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Hacer un resumen en prosa de la poesía del P. Arolas.
- 3.º Señale las figuras de construcción que encuentre en los trozos señalados, singularmente el hipérbaton.
- 4.º Explique las palabras o locuciones más raras que encuentre en el fragmento en prosa.
- 5.º Conjugue en activa y pasiva alguno de los verbos que se hallen en la poesía de Arolas.
- 6.º Señale las palabras de más difícil ortografía que perciba en el fragmento en prosa y explique la regla ortográfica pertinente al caso.

CAPITULO VIII

De las Oraciones

Su división.—Hemos dicho que oración es la expresión oral de un juicio. El elemento esencial de toda oración se dice que es el verbo, pero esto no es cierto en absoluto, pues tan esencial es el sujeto, sin el cual no puede existir oración.

Las oraciones se dividen en *simples* y *compuestas*, según que consten de un solo sujeto y un solo predicado o de más de un sujeto y más de un predicado. Ejemplo de oración simple: *Pedro estudia la lección*. Compuesta: *Pedro y Antonio juegan* o *Antonio estudia y juega*.

Atendiendo a la índole del predicado, las oraciones simples pueden dividirse en *atributivas* o de verbo sustantivo y *predicativas*.

Son *atributivas* las que constan sólo de sujeto y un predicado nominal unidos por la cópula del verbo *ser*, o las que llevan simplemente un verbo atributivo, que puede ser sustituido por el predicado nominal unido al sujeto mediante el verbo *ser*. Así, *Antonio juega* es una oración atributiva que equivale a *Antonio es jugador*. Son, pues, atributivas todas las oraciones de verbo sustantivo, como *Pedro es bueno*, *Ramón es inteligente*, etc.

Son *predicativas* las oraciones simples que constan de un sujeto y un predicado verbal. Por ej.: *Pedro duerme; Juan come pan.*

Estas oraciones predicativas se dividen a su vez, atendiendo a la índole del verbo, en: *transitivas, intransitivas, pasivas, reflexivas, impersonales y unipersonales.* Y según el modo del verbo pueden ser: *aseverativas, interrogativas, admirativas, desiderativas y exhortativas.*

Oraciones *transitivas.* Se llama oración transitiva la que tiene un verbo transitivo, o sea, cuando recae la acción del verbo en persona o cosa distinta del sujeto. Ej.: *Pedro estudia la lección.*

Tres son los elementos de esta clase de oraciones: *sujeto, verbo y complemento directo.* En el ejemplo citado, el sujeto es *Pedro*; verbo, *estudia*, y complemento directo, *la lección.* A estas oraciones completas se les llama también primeras de activa. Las segundas carecen de complemento y constan solamente de sujeto y verbo. Por ej.: *Pedro estudia.* Coinciden éstas por su forma con las

Oraciones *intransitivas,* o sea, las que, teniendo un verbo intransitivo, o de los llamados de estado, la acción del mismo no pasa del sujeto. Verbi gratia: *Juan duerme, Antonio piensa.*

Del mismo modo que las oraciones transitivas si suprimen el complemento pueden convertirse en intransitivas, éstas, añadiendo un complemento, pueden ser transitivas. Así: *Juan duerme un sueño tranquilo; Antonio piensa en drama.*

COMPLEMENTOS DIRECTOS, INDIRECTOS Y CIRCUNSTANCIALES DE LAS ORACIONES TRANSITIVAS

Tanto el sujeto como el verbo pueden llevar complementos, o sea, palabras que completan o aclaran la significación expresada por aquéllos. Estos complementos, tratándose del verbo, pueden ser de tres clases: directos, indirectos y circunstanciales.

Se llama *complemento directo* de un verbo la palabra o vocablo que precisa la significación del mismo, y que representa a la persona o cosa sobre quien recae la acción verbal. Así, al decir: *Pedro entregó el libro,* la palabra *libro* completa la significación de *entregar,* y sobre ella recae la acción de dicho verbo. Suele estar en acusativo, por eso se llama también complemento directo o *acusativo paciente.*

Complemento *indirecto* es el vocablo que expresa la persona o cosa en quien termina la acción del verbo transitivo recaída ya en acusativo. Por ejemplo: *Pedro entregó el libro a su padre.* Aquí el complemento indirecto es *a su padre,* que por estar generalmente en dativo, se llama también *complemento dativo.*

Por último, decimos *complemento circunstancial* a la palabra adverbial o frase que se une al verbo modificándole y denotando una circunstancia de lugar, tiempo, cantidad, modo, materia, etc. Así, en la oración *Pedro entregó anteayer de buen grado el libro a su padre,* el adverbio *anteayer* y la locu-

ción *de buen grado* son los complementos circunstanciales de *tiempo* y de *modo*, respectivamente.

El sujeto a su vez puede llevar complementos. Complementos del sujeto pueden ser los adjetivos tanto calificativos como determinativos y el artículo. Así: *El niño aplicado es querido de todos: este perro come carne.*

En estos ejemplos, el artículo *el*, el adjetivo *aplicado* y el adjetivo demostrativo *este* son los complementos de los sujetos *niño* y *perro*.

MODELOS LITERARIOS

RUBEN DARIO

LAS PÉRDIDAS DE JUAN BUENO

I

Este era un hombre que se llamaba Juan Bueno. Se llamaba así, porque desde chico, cuando le pegaban un coscorrón por un lado, presentaba la cabeza por el otro. Sus compañeros le despojaban de sus dulces y bizcochos, le dejaban casi en cueros, y cuando llegaba a la casa, sus padres, uno por aquí, otro por allá, a pellizco y mojicón, le ponían hecho un San Lázaro. Así fué creciendo, hasta que llegó a ser todo un hombre. ¡Cuánto sufrió el pobrecito Juan!

Le dieron las viruelas y no murió, pero quedó

con la cara como si hubiesen picoteado en ella una docena de gallinas. Estuvo preso por culpa de otro Juan, que era un Juan Lanás. Y todo lo sufría con paciencia, a punto de que todo el mundo, cuando alguien decía: *¡Allá va Juan el Bueno!*, soltaba la risa. Así las cosas, llegó un día en que se casó.

Una mañana, vestido con manto nuevo, sonriente, de buen humor, con su gloria de luz en la cabeza, sus sandalias flamantes y su largo bastón florido, salió el señor San José de paseo por el pueblo en que vivía Juan Bueno. Se acercaba la noche de Navidad e iba él pensando en su niño Jesús, y en los preparativos del nacimiento, bendiciendo a los buenos creyentes y tarareando de cuando en cuando uno que otro aire de villancico. Al pasar por una calle oyó unos lamentos que partían el alma y el excelente santo, llevado por su generoso corazón, se dirigió a la casa de donde salían lamentos y encontró, ¡oh, cuadro lastimoso!, a la mujer de Juan Bueno, pim, pam, pum, magullando a su infeliz consorte.

—¡Alto ahí!—gritó el padre putativo del divino Salvador—. Delante de mí no hay escándalo.

Así fué. Calmóse la feroz gorgona, se hicieron las paces, y como Juan refriese sus cuítas, el santo se condolió, le dió unas palmaditas en la espalda, y, despidiéndose, le dijo:

—No tengas cuidado. Ya cesarán tus penas. Yo te ayudaré en lo que pueda. Ya sabes, para lo que

se ofrezca, en la parroquia, en el altar de la derecha. Abur.

II

Contentico quedó el buen Juan. Y no hay palabra para decir si iría donde su paño de lágrimas, día a día, y casi hora a hora: —¡Señor, que esto! ¡Señor, que lo otro! ¡Señor, que lo de más allá!

Pedía todo y todo le era concedido. Lo que sí le daba vergüenza contarle al santo era que su tirana no perdía la costumbre de aporrearle. Y cuando San José le preguntaba:

—¡Qué es ese chichón que tienes en la cabeza?

El se reía y cambiaba de conversación. Pero San José sabía... y le alababa la paciencia.

Un día llegó con la cara muy afligida:

—Se me ha perdido—gimoteó—una taleguilla de plata que tenía guardada. Quiero que me la encontréis.

—Aunque esas son cosas que corresponden a Antonio, haremos lo que se pueda.

Y así fué.

Cuando volvió Juan a su casa, halló la taleguilla.

Otro día llegó con un carrillo hinchado y un ojo a medio salir:

—¡Que la vaca que me disteis me ha desaparecido!

Y el bondadoso anciano:

—Anda, que ya la encontrarás.

Y otra vez:

—¡Que el mulo que me ofrecisteis se fué de mi huertecito!

Y el santo:

—Vaya, vaya, vete, que él volverá.

Y otras cosas por tal tenor.

Hasta que en una ocasión el santo no se encontraba con muy buen humor y se apareció Juan Bueno con la cara hecha un tomate y la cabeza quebrantada. Desde que le vió, ¡hum, hum!, hizo el santo.

—Señor: vengo a suplicaros un nuevo sacrificio. Se me ha ido mi mujer, y como vos sois tan bueno...

San José alzó el bastón florido, y dándole a Juan en medio de las dos orejas, le dijo con voz airada:

—¡Anda a buscarla a los infiernos, zopenco!

De sus *Primeros cuentos*.

SALAMANCA

Alto soto de torres que, al ponerse
tras las encinas que el celaje esmaltan
dora a los rayos de su lumbre el padre

Sol de Castilla;

bosque de piedras que arrancó la Historia
a las entrañas de la Tierra Madre,
remanso de quietud, ¡yo te bendigo,
mi Salamanca!

Miras a un lado, allende el Tormes lento,
de las encinas el follaje pardo,

cual el follaje de tu piedra, inmoble,
denso y perenne.

Y de otro lado, por la calva Armuña,
ondea el trigo, cual tu piedra, de oro,
y entre los surcos, al morir la tarde,
duerme el sosiego.

Duerme el sosiego, la esperanza duerme
de otras cosechas y otras dulces tardes;
las horas al correr sobre la tierra
dejan su rastro.

Al pie de tus sillares, Salamanca,
de las cosechas del pensar tranquilo
que año tras año maduró en tus aulas,
duerme el recuerdo.

Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
y es el tranquilo curso de tu vida,
como el crecer de las encinas, lento,
lento y seguro.

De entre tus piedras seculares, tumba
de memorias del ayer glorioso,
de entre tus piedras recogió mi espíritu
fe, paz y fuerza.

En este patio que se cierra al mundo
y con ruinoso crestería borda
limpio celaje, al pie de la fachada
que de plateros

ostenta filigranas en la piedra,
en este austero patio, cuando cede
el vocerío estudiantil, susurra
voz de recuerdos.

En silencio Fray Luis quédase solo
meditando de Job los infortunios,
o paladeando en oración los dulces
nombres de Cristo.

Nombres de paz y amor con que en la lucha
buscó confort, y arrogante luego
a la brega volvióse amor cantando,
paz y reposo.

La apacibilidad de tu vivienda
gustó, andariego soñador, Cervantes;
la voluntad le enchizaste y quiso
volver a verte.

Volver a verte en el reposo quieta;
soñar contigo el sueño de la vida;
soñar la vida que perdura siempre,
sin morir nunca.

Sueño de no morir es el que infundes
a los que beben de tu dulce calma;
sueño de no morir, ese que dicen
culto a la muerte.

En mí florezcan, cual en ti, robustas,
en flor perduradora las entrañas,
y en ellas talle con seguro toque
visión del pueblo.

Levántense cual torres clamorosas
mis pensamientos en robusta fábrica,
y asíentese en mi patria para siempre
la mi Quimera.

Pedernoso cual tú sea mi nombre,
de los tiempos la roña resistiendo,

y por encima al tráfago del mundo
resuena limpio.

Pregona eternidad tu alma de piedra
y amor de vida en tu regazo arraiga;
amor de vida eterna, y a su sombra
amor de amores.

En tus callejas que del Sol nos guardan
y son cual surcos de tu campo urbano,
en tus callejas duermen los amores
más fugitivos.

Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.

El dejo amargo del Digesto hastioso
junto a las rejas se enjugaron muchos,
volviendo luego, corazón alegre;
a nuevo estudio.

De doctos labios recibieron ciencia,
mas de otros labios palpitantes, frescos,
bebieron del Amor, fuente sin fondo,
sabiduría.

Luego en las tristes aulas del Estudio
frías y oscuras, en sus duros bancos,
aquietaron sus pechos encendidos
en sed de vida.

Como en los troncos vivos de los árboles,
de las aulas así en los muertos troncos
grabó el Amor por manos juveniles
su eterna empresa.

Sentencias no hallaréis del Triboniano,
del Peripato no veréis doctrina,
ni aforismos de Hipócrates sutiles,
jugo de libros.

Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olalla, Concha, Blanca o Pura,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho.

Así bajo los ojos la divisa
del Amor, redentora del estudio,
y, cuando el maestro calla, aquellos bancos
dicen amores.

¡Oh, Salamanca!, entre tus piedras de oro
aprendieron a amar los estudiantes,
mientras que los campos que te ciñen daban
jugosos frutos.

Del corazón en las honduras guardo
tu alma robusta; cuando yo me muera,
guarda, dorada Salamanca mía,
tú mi recuerdo.

Y cuando el Sol al acostarse encienda
el oro secular que te recama,
con tu lenguaje de lo eterno heraldo,
dí tú que he sido.

MIGUEL DE UNAMUNO.

(De sus Poesías.)

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Haga el alumno una descripción del pueblo que le vió nacer o de la ciudad que conozca mejor.
- 3.º Indique las palabras o locuciones más difíciles que halle en la poesía de Unamuno.
- 4.º Señale las oraciones simples que encuentre en el fragmento en prosa.
- 5.º Clasifique alguna de estas oraciones distinguiendo los elementos de que consta.
6. Conjugue el verbo *enhechizar*, tanto en la voz activa como en la pasiva.
- 7.º Señale las palabras de ortografía más difícil que aparezcan en ambos modelos, haciendo aplicación de las reglas ortográficas que conozca.



TERCERA PARTE

Ortografía

Definición.—Empleo de las letras mayúsculas.—Uso de las letras en particular.

Ortografía (del griego *orthos*, recto, y *graphía*, escritura) es la parte de la Gramática que enseña a escribir correctamente.

Tres son los principios esenciales en que se fundan las reglas ortográficas: la *fonética*, o pronunciación de los sonidos; la *etimología*, u origen de las palabras, y el *uso* de los buenos escritores.

Empleo de las letras mayúsculas. — Las letras de nuestro alfabeto se dividen en mayúsculas y minúsculas. Las mayúsculas son: A B C D E F G H I J K L M N O P Q R S T U V X Y Z y las minúsculas son a b c d e f g h i j k l m n o p q r s t u v x y z.

Se escribirá siempre con letra mayúscula:

- 1.º La primera palabra con que se inicia un escrito y después de punto final.

2.º Los nombres propios y apellidos, como *Juan, Pedro; Roma, Atica; Rodríguez, Fernández*.

3.º El nombre de Dios y sus atributos, como *Supremo Hacedor, Sumo Bien, Criador, Redentor*, etc., así, como los pronombres que se refieren a *El*.

4.º Los títulos y nombres de dignidad, como el *Papa*, el *Romano Pontífice*, el *Conde de Buelna*; el *Rey Sabio*, etc.

5.º Las palabras que denotan autoridad o poder en las leyes o decretos, como el *Presidente*, el *Ministro*, el *Senador*, el *Fiscal de la República*, etcétera.

6.º Los nombres o títulos de libros o periódicos si no son muy largos, como *Gaceta del Sur; El Imparcial; Aritmética práctica*.

7.º Los nombres de Instituciones, Cuerpos o establecimientos, como *Liceo de Huesca; Cámara de Comercio; Instituto de Baza; la Bolsa de Madrid*.

Antiguamente se empleaban al comienzo de cada verso, de ahí el nombre de *versales* o *versalitas* dado a estas letras por los impresores. Pero hoy se toleran sólo al comienzo de cada estrofa o cuando van después de algún punto. La moda ha hecho siguiendo a los poetas ultraístas, que hasta los nombres propios se escriban en algunos libros o revistas con letra minúscula, lo que no deja de ser una aberración muy siglo XX.

USO DE LAS LETRAS EN PARTICULAR

Trataremos singularmente de las letras unisonas o que se confundan en el sonido, pero no en la escritura.

B y V

Se usa *b* y no *v*: 1.º En las voces que originalmente tenían *b* o *p*, como *haber*, que deriva del latín *habere*; *obispo*, de *episcopus*; *cuba*, de *cupa*.

2.º En los infinitivos y sus derivados de los verbos en *bir* y *ber*, como *recibir*, *escribir*, *haber*, *deber*, *beber*, *caber*, etc. Se exceptúan *hervir*, *servir*, *vivir*, y *ver* y sus compuestos.

3.º En todos los imperfectos de indicativo de la primera conjugación que terminan en *aba*, y el del verbo *ir* que hace *iba*.

4.º Siempre que vaya precediendo la *b* a *r*, *l* o, en general, a toda otra consonante, como *abrir*, *cable*, *abstraer*, *abjurar*, *obvio*, etc.

5.º En las palabras que tengan por sufijos *bilidad* o *bundo*, como *amabilidad*, *meditabundo*. Se exceptúa *movilidad*, porque deriva de *móvil*.

Se emplea la *v*:

1.º En las voces que comienzan con el prefijo *ad*, como *adverso*, *adviento*, etc.

2.º En los adjetivos terminados en *ava*, *avo*, *ave*, *eva*, *eve*, *evo*, *iva*, *ivo*, como *dozava*, *ochavo*, *suave*, *nuevo*, *nueve*, *breve*, *activo*, *pensativa*, etcétera.

3.º En los pretéritos indefinidos y sus derivados de los verbos *andar*, *estar*, *tener* y sus compuestos. *Yo anduve*, *tú estuviste*, *él tuviera*, etc.

4.º En los presentes del verbo *ir*. *Ejemplos yo voy*; *vé tú*; *él vaya*.

5.º En las palabras que terminan en *viro*, *vira*, *ivoro*, *ivora*, como *triumviro*, *Elvira*, *herbívoro*, *carnívora*. La excepción de *víbora* obedece a que la *b* no pertenece al sufijo, sino que procede de la *p* latina de *vípera*.

C y Z (interdentales)

Debemos distinguir en el signo *c* dos sonidos: el interdental de *ce*, *ci* y el velar *ca*, *co*, *cu*.

Se escribe *c* y no *z* ante *e*, *i*, como *cereales*, *ci-güña*. Se exceptúan voces exóticas como *Zelanda zinc*, *zeda*, *zig-zag*, *zipizape*, etc.

Se escribe *z* y no *c*, ante *a*, *o*, *u*, como *Zacarías*, *zorro*, *zum*, y al final de sílaba o dicción, como *diezmar*, *luz*.

C, K, Q (velares)

Se emplea *c* (velar): 1.º Ante *a*, *o*, *u*, como en *carbón*, *cochera*, *cuchara*.

2.º Al final de algunas voces exóticas o de origen griego, como en *Kilómetro*, *Kiosco*, *Kiries*, *Kermés*.

Se emplea *q* seguida de *u* muda ante *e*, *i*, como en *querer*, *quimera*.

D y Z

El sonido final de sílaba o palabra de la *d*, se confunde, de ordinario, en la pronunciación con el interdental de la *z*, de ahí que en la escritura puedan también a veces confundirse.

Como regla práctica puede darse, que en final de palabra basta formar *in mente* el correspondiente plural para saber cuál de ellas debe ser la letra final. Así, de *bondad*, *bondades*; de *tapiz*, *tapices*. En final de sílaba se pone siempre *z*, excepto en los compuestos del prefijo *ad*, así *juzgar*, *portazgo*, *diezmo*, *izquierdo* etc.

MODELOS LITERARIOS

JUAN RAMON JIMENEZ

PLATERO Y YO

XVIII

La fantasma

La mayor diversión de Anilla la Manteca, cuya fogosa y fresca juventud fué manadero sin fin de alegrones, era vestirse de fantasma. Se envolvía toda en una sábana, añadía harina al azucenón de su rostro, se ponía dientes de ajo en los dientes, y cuando, ya después de cenar, soñábamos, medio dormidos, en la salita, aparecía ella de improviso por la escalera de mármol, con un farol encendido, andando lenta, imponente y muda.

Era, vestida ella de aquel modo, como si su desnudez se hubiese hecho túnica. Sí. Daba espanto la visión sepulcral que traía de los altos oscuros, pero, al mismo tiempo fascinaba su blancura sola, con no sé qué plenitud sensual...

Nunca olvidaré, Platero, aquella noche de septiembre. La tormenta palpitaba sobre el pueblo hacía una hora, como un corazón malo, descargando agua y piedra entre la desesperada insistencia del relámpago y del trueno. Rebosaba ya el aljibe e inundaba el patio. Los últimos acompañamientos—el coche de las nueve, las ánimas, el cartero—habían ya pasado... Fuí, tembloroso, a beber al comedor, y en la verde blancura de un relámpago, ví el eucalipto de las Velarde—el árbol del cuco, como le decíamos, que cayó aquella noche—, doblado todo sobre el tejado del alpende...

De pronto, un espantoso ruido seco, como la sombra de un grito de luz que nos dejó ciegos, conmovió la casa. Cuando volvimos a la realidad, todos estábamos en sitio diferente del que teníamos un momento antes, y como solos todos, sin afán ni sentimiento de los demás. Uno se quejaba de la cabeza, otro de los ojos, otro del corazón... Poco a poco fuimos tornando a nuestros sitios.

Se alejaba la tormenta... La luna, entre unas nubes enormes que se rajaban de abajo a arriba, encendía de blanco en el patio el agua que todo lo colmaba. Fuimos mirándolo todo. *Lord* iba y venía a la escalera del corral, ladrando loco. Lo seguí-

mos... Platero; abajo ya, junto a la flor de noche que, mojada, exhalaba un nauseabundo olor, la pobre Anilla, vestida de fantasma, estaba muerta. aún encendido el farol en su mano negra por el rayo.

LXIX

El canto del grillo

Platero y yo conocemos bien, de nuestras correrías nocturnas, el canto del grillo.

El primer canto del grillo, en el crepúsculo, es vacilante, bajo y áspero. Muda de tono, aprende de sí mismo y, poco a poco, va subiendo, va poniéndose en su sitio, como si fuera buscando la armonía del lugar y de la hora. De pronto, ya las estrellas en el cielo verde y transparente, cobra el canto un dulzor melodioso de cascabel libre.

Las frescas brisas moradas van y vienen; se abren del todo las flores de la noche y vaga por el llano una esencia pura y divina de confundidos prados azules, celestes y terrestres. Y el canto del grillo se exalta, llena todo el campo, es cual la voz de la sombra. No vacila ya, ni se calla. Como surtiendo de sí propio, cada nota es gemela de la otra, en una hermandad de oscuros cristales.

Pasan serenas, las horas. No hay guerra en el mundo y duerme bien el labrador, viendo el cielo en el fondo alto de su sueño. Tal vez el amor, entre las enredaderas de una tapia, anda extasiado, los ojos en los ojos. Los habares mandan al pue-

blo mensajes de fragancia tierna, cual en una libre adolescencia candorosa y desnuda. Y los trigos ondean, verdes de luna, suspirando al viento de las dos, de las tres, de las cuatro... El canto del grillo, de tanto sonar, se ha perdido...

¡Aquí está! ¡Oh canto del grillo por la madrugada, cuando, corridos de escalofríos, Platero y yo nos vamos a la cama por las sendas blancas de relente! La luna se cae, rojiza y soñolienta. Ya el canto está borracho de luna, embriagado de estrellas, romántico, misterioso, profuso. Es cuando unas grandes nubes luctuosas, bordeadas de un malva azul y triste, sacan el día de la mar, lentamente...

EL POEMA DEL HIJO

Cae la tarde dorada
tras de los verdes pinos.
Hay en las altas cumbres
un resplandor rojizo,
y el perfil de los montes
se recorta en un nimbo
de luz verdosa, azul, aurirrosada.
En el añil el humo está dormido.

Quieta la tarde y dulce.
—Ven al campo, hijo mío:
comeremos majuelas,
iremos al endrino,
te alcanzaré las bayas de los robles,

y, en aquel regatillo
de los helechos, cogerás las piedras
y cortarás los lirios.

Entre mi mano, suave,
su manecita oprimo,
y avanzamos parejos
por el albo camino.

Los cuencos y colodras
del viejo cabrerizo,
llenando va la ordeña
con blanco chorro, mantecoso y tibio.
Y la leche, aromada
de menta y de tomillo,
sus fragancias esparce
por el verdor ya seco del aprisco.

—¿Tienes hambre? Si vemos
al pastor de los chivos,
al que en las "Maribuenas"
la otra tarde te dijo:
"Vaya un zagal con los ojuelos guapos",
llámale, y le pedimos
una cuerna de leche
y el cantero de pan que te ha ofrecido.

Es tarde. Los trucheros
se recogen del río;
cubren con sucias ropas
los cuerpos renegridos,
y entre la malla de la red, platea
la pesca que rebosa del cestillo.

De su pinar se tornan los hacheros;
aire lento y cansino;
en los hombros, las hachas,
y en sus gastados filos,
un reflejo fugaz, que a ratos hiere
los semblantes cetrinos.

Se acercan: —Buenas tardes.
—Vaya con Dios, amigo...
—¿Pero no los conoces?
El de la aijada es Lino,
el que la otra mañana
trajo al Paular el nido,
el que baja en el carro de sus bueyes
los troncos de los pinos...

—¿Te fatiga la cuesta?
Descansaremos, hijo.
Aquí, no; más arriba,
que ya se siente la humedad del río.

La espesura del roble
va cerrando el camino;
se oye el graznar de un cuerpo
y un lejano silbido.

—¿Por qué te paras?... ¿Tiemblas?...
¿Acaso sientes frío?...
¡Ah, ya..., Caperucita!...
No temas; vas conmigo.
El lobo vive lejos
y es generoso y noble con los niños.

Finge un céfiro blando
misterioso suspiro;
el pipiar de las aves
ha cesado en los nidos.

—¿Que te lleve en mis brazos?
¡Siempre acabas lo mismo!
Agárrate a mi cuello;
no sueltes y te caigas, hijo mío.

No siento la materia:
es aire y luz mi pensamiento limpio.
De la carne desnudo,
llevo al viento el espíritu.

—¿Vas bien?... No me responde.
Como el humo en el aire, se ha dormido.
¡Ay, deleitosa carga,
de mi cansancio alivio!

ENRIQUE DE MESA.

(De su libro *La posada y el camino*.)

EJERCICIOS GRAMATICALES

- 1.º Lectura y recitado de los anteriores modelos literarios.
- 2.º Haga una descripción del campo al atardecer y de una tempestad en plena sierra.
- 3.º Señale las palabras y locuciones más raras que encuentre en los fragmentos transcritos.

4. Indique las palabras de más difícil ortografía.

5.º Conjugue los tiempos simples de uno de los verbos regulares que aparezcan en la poesía citada.

6.º Enumere las palabras que deban escribirse con letra mayúscula en los trozos reseñados.

ORTOGRAFIA

Uso de letras en particular

G y J

Hay que distinguir dos sonidos diferentes para la *g*, uno *suave* o velar oclusivo sonoro y otro *fuerte* o velar fricativo sordo, que coincide con el de la *j*.

Se usa *g* suave:

- 1.º Ante *a*, *o*, *u*, como en *ganar*, *goma*, *gusto*.
- 2.º Ante consonante *l* o *r*, como en *globo*, *grande*.
- 3.º Ante *e*, *i* intercalando una *u* muda, como en *guerra*, *guitarra*. Si la *u* fuera sonora, esto es, que deba pronunciarse, se pondrá encima de esta *u* la llamada crema o diéresis, o sea, dos puntos encima de los palos de la *ü*. Así *cigüeña*, *argüir*.

Se emplea *j* en el sonido fuerte o velar sordo ante *a*, *o*, *u*, como *jabalí*, *joven*, *judío*.

Ante *e*, *i*, se confunden, pero puede darse alguna regla práctica.

Se prefiere *g*:

1.º En palabras que empiezan por *geo*, como *Geología*, *Geometría*, *Geodesia*, y en las que comienzan por *ge*, como *general*, *gentes*, *gendarmes*.

2.º En las voces terminadas en cualquier sufijo que no sea *aje*, *eje*, *uje*, *ije*. Así *Teología*, *evangélico*, *rígido*, *regia*.

Se emplea *j*:

1.º En el comienzo de algunos nombres propios, como *Jericó*, *Jerusalén*, *Jeremías*, *Jerónimo*, *Jiménez*.

2.º En las formas verbales terminadas en *aje*, *eje*, *ije*, como *traje*, *deje*, *conduje*, *maldije* y sus derivados *trajera*, *condujese*. También en los nombres que terminan en *aje*, *eje*, como en *paje*, *traje*, *hereje*, etc.

3.º En las voces derivadas de otras que tuvieran *j*, como *vejete*, de *viejo*; *espejillo*, de *espejo*; *rojizo*, de *rojo*; *trabaje*, de *trabajar*.

4.º En algunas voces aisladas, como *mujer*, *jigante*, *ajeno*, que el uso ha consagrado.

5.º En las palabras terminadas en *jería*, como *cerrajería*, *mensajería*, *brujería*, que en realidad derivan de voces que tienen *j*, como *cerrajero*, *mensaje*, *brujo*.

H

Esta letra no sonaba en castellano antiguo, lo mismo que sucede ahora salvo en algunas regiones, de ahí que, siendo entonces la escritura esencial-

mente fonética, no se escribiera esta *h* en comienzo de palabra, y así se escribía *ome* y *aver* por *hombre* y *haber*.

En castellano moderno se escriben con *h*:

1.º Las palabras que la tienen en su origen, como *haber*, derivado de *habere*; *hombre*, de *hominine*; *hoy*, de *hodie*; *hierba*, de *herba*.

2.º Las palabras de origen latino que tenían *f* inicial y la perdieron después, como *hambre*, de *famine*; *harina*, de *farina*; *hijo*, de *filiu*, etc.

3.º Las voces compuestas de prefijos de origen griego, como *hidro*, *hiper*, *hipo*. Así *hidrógeno*, *hiperbólico*, *hipócrita*.

4.º Ante palabras que empiezan por el diptongo *ue*, como *huérfano*, *huevo*, *hueso*.

La voz *armonía* puede a veces ponerse con *h*, aunque la tendencia moderna es a escribirla sin ella.

I - Y

Se usa *y* en vez de *i*:

1.º Empleado como conjunción: *Pablo y Virginia*; *mar y cielo*.

2.º Cuando es final de palabra sin llevar ella el acento, como en *soy voy*, *hay*, *ley*, *Bombay*, *Garay*, etc.

3.º Al comienzo de palabra, formando diptongo, unas veces se escribe *y* y otras *hie*. Como *yeso*, *yegua*, *yerba*, *yacer*, pero también *hielo*, *hierna*, *hierba*, *hierro*, *hiel*.

Hay voces que se escriben de las dos maneras.

como la citada *yerba* y *yedra*, que pueden también transcribirse *hierba* y *hiedra*, según hemos visto al tratar de la *h* inicial.

M - N

Se escribe *m* en vez de *n* al final de sílaba cuando le sigue *b* o *p*, como *hambre*, *imperio*. Al final de palabra tan sólo lleva *m* la voz exótica *álbum*, cuyo plural es *álbumes*.

R - RR

Si es sonido fuerte o sonoro, se emplea *r* al comienzo de palabra, como en *Ramón*, *rosario*, *rubio*, *reloj*, y el comienzo de sílaba tras de *l*, *n* o *s*, como *alrededor*, *Enrique*, *israelita*. También al final de palabra, como *amor*. En los demás casos se emplea para el sonido fuerte la *rr*, como en *carrero*, *cerro*, *cerro*, incluso en las voces compuestas, como *enterríos*, *prerrafaelista*, *neorromántico*.

El sonido suave se representa por *r* en el interior de la palabra. Como *cera*, *amaré*.

S - X

No hay más regla que la etimología para el empleo de una u otra.

Llevarán *x* las palabras que la tenían en latín, y las compuestas del prefijo *ex*, como *extraño*, *examen*, *explicar*, *ex-cónsul*. Algunos, por ultracorrección, escriben con *x* palabras que no la llevan en latín, y por tanto, no debe escribirse con ella en castellano, sino con *s*, como *esplendor*, *espléndido*, *escaso*, *espontáneo*.

MODELOS LITERARIOS

MARIANO JOSE DE LARRA (*Figaro*)

LAS PALABRAS

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! Nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto a lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Bomare, me dijese qué animal, por animal que sea, habla y escucha. He aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre, me dirá el naturalista: y he aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo. que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted a un león devorado por el hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse a la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva, que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico, el más lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de orden,

de bienestar, y apártese usted algún tanto; no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérsele a usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera a oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón: a la simple vista huye el segundo del primero, y éste es el orden, el único orden posible. Désele el uso de la palabra: en primer lugar, necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal o cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores, que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán libros, para decir sus opiniones a los demás, a quienes creen que importan; el león más fuerte subirá a un árbol y convencerá a la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir a su albedrío, sino para obedecerle a él; y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre a las cosas, y llamando a una *robo*, a otra *mentira*, a otra *asesinato*, conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delinquentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio; el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará

ante la fantasma de una distinción; y al hermano a quien sólo mataba para comer, matarále después por una cinta blanca o encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra, y mentirán; la hembra al macho, por amor; el grande al chico, por ambición; el igual al igual, por rivalidad; el pobre al rico, por miedo y por envidia: querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo, ¡vive Dios!: éstos se dejarán degollar porque los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar a uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (o, mejor, no sé lo que quiere decir), los que mandan a los de baja cuna; allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusión, qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que ésa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón, ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario: el hombre habla y escucha, el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la

mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. Dígame usted que tiene talento: "¡Cier-to!", exclama en su interior. Dígame usted que es el primer ser del universo: "Seguro", contesta. Dígame usted que le quiere: "Gracias", responde de buena fe. ¿Quiere usted llevarle a la muerte? Trueque usted la palabra y dígame: *Te llevo a la gloria*; irá. ¿Quiere usted mandarle? Dígame usted sencillamente: yo *debo mandarte*: "Es indudable". contestará.

He aquí todo el arte de manejar a los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. —El hambre, ¡oh, lobos!, decidles, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre... —¡Mentira!, gritarán los lobos..., ¡al redil, al redil!; el hambre se quita con cordero... —La hidra de la discordia, ¡oh, ciudadanos!, dice por el contrario un periódico a los hombres, yace derribada con mano fuerte; el orden, de hoy más, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún..., etcétera, etc. ¿Ha dicho usted *hidra de la discordia, justicia, procomún, horizonte, iris y legalidad*? Ved enseguida a los pueblos palmo-tear, hacer versos, levantar arcos, poner

inscripciones. ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir *mañana* de cuándo en cuándo y echarles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... palabras todo, ruido, confusión: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

De sus *Obras completas*.

LOS MADEROS DE SAN JUAN

...Y aserrín
aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, tran!
¡Triqui, triqui, triqui, tran!...

Y en las rodillas firmes de la abuela
con movimientos rítmicos se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán...

Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de largos sufrimientos y silenciosa angustia,
y sus cabellos blancos como la nieve están;
...de un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que a tiempo las formas reflejaron
de seres y de cosas que nunca volverán...

Los de Roque,
Alfandoque...
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

Mañana, cuando duerma la abuela, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave voz que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas volverán...

...Los de Rique.
Alfeñique...
¡Triqui, triqui, triqui, tran!...

En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entrambos agitados y trémulos están...
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en el futuro, de angustia y desengaño
los días ignorados del nieto guardarán...

...Los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque,
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán,
¡Triqui, triqui, triqui, tran!

JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

(De sus *Poesías*.)

EJERCICIOS GRAMATICALES

1.º Lectura y recitación de los anteriores modelos literarios.

2.º Haga el alumno una prosificación de la poesía insertada haciendo resaltar el amor y la veneración que se debe a nuestros abuelos.

3.º Indique las palabras y locuciones más difíciles que encuentre en el fragmento en prosa de Larra.

4.º Conjugue los verbos auxiliares *haber* y *ser*.

5.º Señale algunas de las oraciones simples que encuentre, clasificándola y distinguiendo los elementos de que consta.

6.º Indique las voces de más dudosa ortografía y explique las reglas que deban aplicarse a la palabra en cuestión.

FIN

ÍNDICES

DEL

MANUAL DE GRAMÁTICA ESPAÑOLA

INDICE DE MATERIAS

	<u>Página</u>
Al lector	3
INTRODUCCION	
Gramática: su definición	7
División de la Gramática	8
Ciencias auxiliares	8
El lenguaje	9
Idioma y dialecto	9
Clasificación de las lenguas	9
 PRIMERA PARTE	
CAP. I.—PROSODIA	11
Sílaba	11
Diptongos y triptongos	12
Cantidad y acento	13
División de las palabras por el acento ...	13
Enclíticos y proclíticos	13
Acento principal y secundario	14
Acento ortográfico	14
CAP. II.—MORFOLOGIA	25
Del nombre sustantivo: definición	26
Clasificación del nombre	26
Accidentes gramaticales	35
Del género	35

	<u>Página</u>
Reglas para la terminación del género ...	36
Del número ...	42
Nombres que carecen de plural ...	43
Nombres que carecen de singular ...	43
CAP. III.—DEL ADJETIVO: Su definición	51
Clasificación del adjetivo ...	51
Accidentes gramaticales ...	52
Adjetivos determinativos ...	53
Grados del adjetivo ...	63
Los numerales ...	64
CAP. IV.—DEL PRONOMBRE	
Definición y clasificación ...	73
Pronombres personales: su declinación ...	74
Pronombres posesivos ...	76
Pronombres correlativos ...	85
Pronombres indefinidos ...	86
Del artículo: definición y división ...	86
Flexión del artículo ...	87
Uso del artículo ...	87
Artículo indefinido ...	87
CAP. V.—DEL VERBO	
Su definición ...	99
Accidentes verbales ...	99
Nomenclatura de los tiempos del verbo ...	101
Número y personas ...	101
Raíz, tema y desinencias ...	112
Raíz, tema y desidencias ...	112
Verbos auxiliares ...	126
Conjugación del verbo <i>Haber</i> ...	126
Idem del verbo <i>Ser</i> ...	130

	<u>Página</u>
Verbos regulares ...	140
Conjugación del verbo <i>Amar</i> ...	141
Idem de <i>Temer</i> y <i>Partir</i> ...	144
Desinencias de los tiempos simples ...	154
Tiempos compuestos ...	157
Formación de la voz pasiva ...	173
Del participio pasado ...	177
CAP. VI.—DE LAS PARTICULAS	187
Del adverbio: su definición ...	187
Clasificación de los adverbios ...	188
Adverbios de lugar ...	188
Adverbios de tiempo ...	189
Adverbios de modo ...	189
Adverbios de cantidad ...	189
Adverbios de orden ...	189
Adverbios de afirmación ...	189
Adverbios de negación ...	189
Adverbios de duda ...	189
De la preposición ...	190
De la conjunción ...	190
De la interjección ...	191

SEGUNDA PARTE

DE LA SINTAXIS: Su definición ...	201
Partes de la Sintaxis ...	201
a) De la concordancia: su definición ...	201
Clases de concordancia ...	202
b) Del Régimen ...	203
CAP. VII.—DE LA CONSTRUCCION	
Oración gramatical ...	215

	Página
De la Construcción: sus clases	216
Construcción figurada	217
CAP. VIII.—DE LAS ORACIONES	
Su división	229
Oraciones atributivas	229
Oraciones predicativas	230
Oraciones transitivas	230
Oraciones intransitivas	230
Complementos directos, indirectos y circunstanciales en las oraciones transitivas	231

TERCERA PARTE

ORTOGRAFIA: Su definición	241
Empleo de las letras mayúsculas	241
Uso de las letras en particular	243
Uso de <i>b</i> y <i>v</i>	243
Uso de <i>c</i> y <i>z</i>	244
Uso de <i>c</i> , <i>k</i> , <i>q</i> (velares)	244
Uso de <i>d</i> y <i>z</i>	244
Uso de <i>g</i> y <i>j</i>	253
Uso de la <i>h</i>	254
Uso de <i>i-y</i>	255
Uso de <i>m-n</i>	256
Uso de <i>r-rr</i>	256
Uso de <i>s-x</i>	256

MODELOS LITERARIOS

José M. ^a Pereda.— <i>La noche de navidad</i>	16
Félix M. ^a Samaniego.— <i>El labrador y la</i>	

	Página
<i>Providencia</i> . (Fábula)	21
Juan Valera.— <i>Bondad de la plegaria</i>	28
Juan E. Hartzembusch.— <i>La lluvia en verano</i>	30
Benito Pérez Galdós.— <i>Trafalgar</i>	37
Ramón de Campoamor.— <i>Los dos esposos y el veneno</i>	41
Pedro A. Alarcón.— <i>El Ángel de la Guarda</i>	44
Salvador Rueda.— <i>La clueca</i>	47
José M. ^a Gabriel y Galán.— <i>Es un cuento</i>	55
— — — <i>La pedrada</i>	57
Ricardo León.— <i>Lazarín</i>	67
Tomás Iriarte.— <i>La mona</i> (fábula)	69
Armando Palacio Valdés. — <i>Misterios dolorosos</i>	77
José de Espronceda.— <i>Canción del Pirata</i>	80
Gustavo A. Bécquer.— <i>Maese Pérez el organista</i>	88
— — — <i>Rima LXXIII</i>	94
Fernán - Caballero.— <i>Juan Cigarrón</i>	102
Fr. Diego González.— <i>El murciélago alevoso</i>	106
Eusebio Blasco.— <i>Misa de alba</i>	114
José Zorrilla.— <i>A buen juez mejor testigo</i>	117
V. Blasco Ibáñez.— <i>La caperuza</i>	134
Ramón de Campoamor.— <i>Las dos grandezas</i>	137
P. Luis Coloma.— <i>Las dos madres</i>	147
Antonio Machado.— <i>A orillas del Duero</i>	151
Luis Maldonado.— <i>El tío Clamores</i>	161
José M. ^a Gabriel y Galán.— <i>El ama</i>	164
José Martínez Ruiz (Azorín).— <i>Blanco en azul</i>	178

	<u>Página</u>
Francisco Villaespesa.— <i>Elegía a Granada</i> ...	181
Gabriel Miró.— <i>Agua de pueblo</i>	191
F. Villaespesa.— <i>Las fuentes de Granada</i> .	196
Amado Nervo.— <i>El león que tenía dignidad</i>	204
Rubén Darío.— <i>Estival</i>	207
W. Fernández Flórez.— <i>Las siete columnas</i>	218
P. Juan Arolas.— <i>Fraternidad Universal</i> ...	222
Rubén Darío.— <i>Las pérdidas de Juan Bueno</i>	232
Miguel de Unamuno.— <i>Salamanca</i>	235
Juan Ramón Jiménez.— <i>Platero y yo</i> ...	245
Enrique de Mesa.— <i>El poema del hijo</i>	248
Mariano José de Larra.— <i>Las palabras</i>	257
José Asunción Silva.— <i>Los maderos de San</i> <i>Juan</i>	261